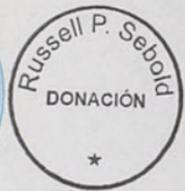


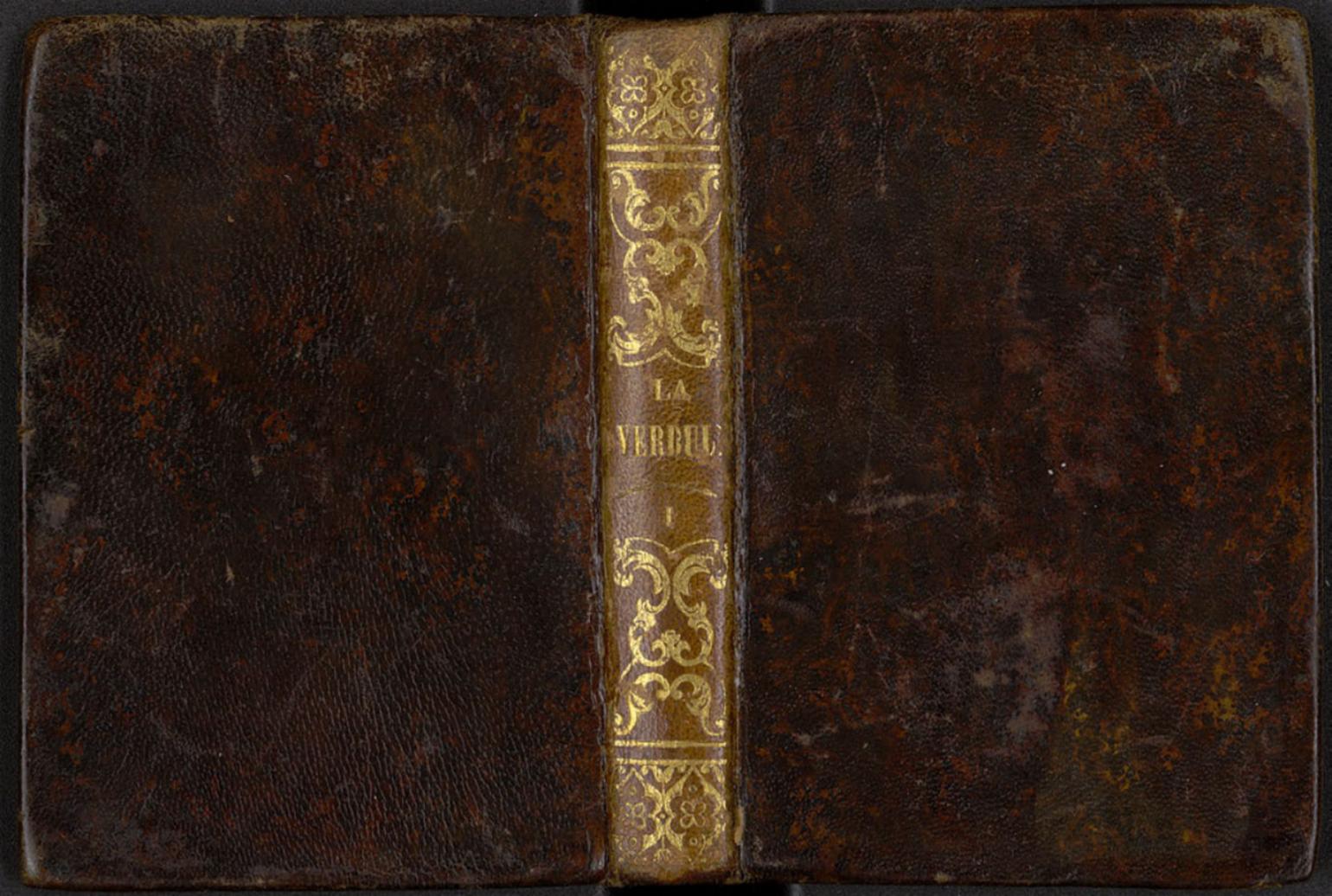
DRPS
FA
505



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500765004



LA
VERDUE

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

21000

FL DMS FA/DSOS
V.1

21000
21000

0500765004

RC/268 pp - VIII -

1 line - 1 h. rasgala

M. T.

II. - 309 pp - 3 h



B. Planella d.

Amillo g.

*Vostra dama! es falta un
guia; osad confiaros à mi.*

LA
VERDULERA

POR

el Visconde de
ARLINCOURT.



Tomo I.

BARCELONA
Llibreria de Oliva
1837

Prólogo.

ANTES que nuestros lectores pasen a recorrer los capitulos de esta interesante novela , debemos advertirles que la principal heroina es en cierto modo un personaje histórico y célebre. En tiempos de revueltas intestinas siempre acostumbran descollar genios superiores, aun entre las mugeres : testigo nuestra guerra de la independecia. Lo mismo aconteció en Francia por aquellos tiempos calamitosos , cuyos horrores nos traza al vivo la imaginacion ardorosa de Arlincourt. Mezerai en su obra del Reinado de Carlos VI tomo 1. hace

mencion de aquella muger extraordinaria , llamándola *herbière* , porque antes de los sacudimientos deplorables de la época vendia verdura en el mercado para alimentar con el producto á su anciano padre. Arlincourt le da el nombre mas sonoro de *herbagère* , que viene á significar lo mismo , y solo puede traducirse por el nuestro castellano de *Verdulera* atendida la ocupacion á que se entregaba aquella jóven. No es , pues , un personaje fingido del todo el ente extraordinario que aquí se menciona : Arlincourt sabe seguir los pasos de la historia , aun al través de los lozanos campos de la fantasía , donde todo es ilusion , todo heroismo , todo amor y melancolía.



LA VERDULERA.

Capítulo I.

La campana de las oraciones nocturnas no habia resonado todavía en Paris. El sol estaba aun en el horizonte , si bien acababan de ocultarle densas nubes. Húmedo y sombrío está el tiempo : el dia se acerca á su fin.

Un caballero de noble linaje bajaba en este momento de las alturas de Santa Genoveva , y se dirigia hácia San Pablo.

¿De donde viene? De muy lejos sin duda, porque el cansancio está impreso en sus facciones; se adelanta penosamente su caballo cubierto de polvo; el escudero que le sigue parece estenuado de fatiga.

Un espantoso rumor salido de las ruinas del palacio de Thermes y de los alrededores del Petit-Chatelet acaba de oírse: es la voz de una asonada que ruge en las orillas del Sena. Respóndense de una á otra orilla los clamores del populacho. Las cavernas del vicio y de la miseria han vomitado esas bestias feroces. La ciudad de Carlos VI se ve sumergida de nuevo en las salvajes delicias de la rebelion. Detiense el jóven viajero: por el camino habia oído hablar de los continuos sacudimientos del pueblo; le eran conocidas las nuevas ideas de independendencia y de libertad, que salidas del seno de las escuelas fermentaban entre los truanes; no ignoraba el odio jurado por las clases inferiores á las superiores. Tal vez seria im-

prudente para un guerrero atravesar con su armadura y alta cimera esas oleadas de estudiantes que siembran horrores espada en mano; tal vez seria culpable de temeridad si desafiaba en cierto modo sin necesidad á esos tumultuosos que esclaman en alta voz: *Guerra á los nobles!* y dicen en voz baja: *Guerra á los ricos!* El descendiente de los paladines vuelve las riendas, y dando un rodeo se dirige á la abadía de San Víctor.

Llama á las puertas del convento.

«Quién? le pregunta un sacerdote.

— Riperto de Savoisy.

— Entrad.

— Está aquí el padre Ambrosio?

— Si, desde ayer.

— Deseo verle.

— Aquí está.

La abadía de San Víctor era en aquella época uno de los mas bellos establecimientos religiosos de la cristiandad. Luis VI habia establecido en ella un capítulo

de canónigos regulares, lo habia dotado ricamente, y desde dos siglos se habia fundado allí una escuela de enseñanza para la juventud. Dentro de aquellos claustros habia dado lecciones Abelardo: en suma la escuela de San Víctor era la mas célebre de Francia (1).

Allí, entre los sacerdotes dedicados á la instruccion pública, uno de los mas afamados era el abate de Champeaux, nieto del famoso Guillermo de Champeaux contemporáneo y amigo de Abelardo. Ambrosio, amigo del jóven rey Cárlos y venerado de un sin número de estudiantes, era á la vez el consejero de la corte y el oráculo de la ciudad. Sus costumbres austeras, su piedad tolerante, su caridad continua y sus virtudes evangélicas habian subido á tal punto su reputacion de santidad, que los fieles del bajo

(1) Esta abadía fué suprimida en 1790 y demolida en 1813. Ahora es un almacén de vinos.

pueblo se persignaban respetuosamente al verle, como ante la imágen del Salvador.

Habia guiado la infancia y educado al caballero Riperto de Savoisy, hijo de un Chambelan de Cárlos VI nombrado intendente de hacienda. Procuró inculcarle esos grandes principios de moral y de religion, sin los cuales no puede haber en la carrera humana recto sendero, ilustracion protectora, guia segura, dulce consuelo, ni verdadera felicidad. Dió al alma de su discípulo el vigor inalterable de las sólidas creencias; y si bien que el heredero de los condes de Savoisy habia pasado su juventud en los palacios respirando la atmósfera del orgullo, conservó con todo la calma de una conciencia pura, y la sencillez de los tiempos antiguos. Modesto á la vez é instruido, caudorosamente se espantaba de su misma superioridad, al modo que un corazón recto retrocede alarmado ante un

error seductor. Elocuente con humildad, se hubiera dicho que cuando dominaban sus opiniones iba entonces á abrazar las de los demas. Su exterior era frio, pero su alma ardiente y viva. Entregándose desgraciadamente con harta facilidad á las impresiones del momento, y haciéndose despues un deber de no desechar su influencia, ofrecia una singular mezcla de imprudencia y de buena fé, de humor variable y de ideas tenaces, de irreflexion y de cálculo, que algunas veces disgustaba, pero frecuentemente arrancaba aplausos. Generoso y desnudo de ambicion, estaba lejos de parecerse al frio egoista de los tiempos modernos, que desprecia soberbamente á los hombres para ocuparse solo de sus propios intereses. Riperto, en la primavera de su vida, caballero y cristiano, sentia su alma atormentada como la de Saul por el demonio de las borrascas. Su arpa eran los libros sagrados, y su David era Ambrosio.

«Riperto! podré creer mis ojos? dice sorprendido el abate de Champeaux percibiendo á su discípulo. Tan pronto de vuelta!

— Acabo de llegar.

— De Nápoles, hijo mio?

— Sí, padre.

— Luego se acabó tu mision? Lograste el fin apetecido?

— Casi enteramente.

— De este modo el duque de Anjou, el Regente...

— Tendrá la corona de Nápoles.

— Casi no acierto á creerlo.

— Porqué?

— Riperto, el Todopoderoso es justo.»

Guárdase Savoisy de pedir la esplicacion de estas últimas palabras, puesto que conoce al abad de Champeaux. Este ha manifestado frecuentemente delante de él su opinion sobre el tio del Monarca, que es un monstruo á sus ojos, y Ambrosio no se decide á creer en los triunfos de

la perversidad mas que cuando son evidentes. Horrorízale Luis de Anjou, al que reputa como un ente degradado por el vicio y las perversidades, y que no puede ceñir la diadema. Si no fuese mas que un rey de aventura, un enviado del destino, uno de esos monarcas improvisados que se entronizan y luego se destronan, entonces el Duque regente hubiera sido para él un hombre colocado en una carrera harto brillante. Ambrosio hubiera querido sobre la tierra ni mas ni menos que en el cielo al crimen anatematizado y á la virtud recompensada.

Abraza á su discípulo, y su conversacion se hace ya un objeto en que se expresa mutuamente su ternura.

«Hijo mio, repone el Abad, ¿sabes los acontecimientos que han trascurrido durante tu ausencia? Son de tal naturaleza que desgarran el corazon. El tesoro real, depositado constantemente por el difunto Carlos en las manos de tu padre

para atender á las necesidades del reino en épocas de calamidad, ha sido arrancado á viva fuerza á Felipe de Savoisy por el mismo duque de Anjou; los verdugos rodeaban á tu padre, y fué preciso ceder á la tortura. Felipe ha muerto de dolor.»

No ignoraba Riperto ninguno de estos detalles; por tanto, no se ha pintado la admiracion en su semblante, y sí solo el dolor. El Abad de Champeaux prosigue:

«Luis, nombrado regente del reino hasta la mayor edad de Carlos VI, reina como déspota en Francia. Ese gefe déspota que no quiere límites á su poder y que todo quiere abarcarlo con su pensamiento, huella con desdeñosa planta la opinion pública, y alambica por decirlo así su soberanía para no dejar de ella mas que una sombra á su hijo. Gobierna tal vez?.... No, que especula. Donde nos conduce semejante principe!... Oyes esos clamores?... Escucha.»

Al pronunciar Ambrosio estas pala-

bras conducía á su discípulo hácia una de las abiertas ventanas de la abadía; el viento llevaba á sus oídos los gritos del populacho; algunos resplandores incendiarios se elevaban de algunos puntos del sitio llamado Petit Chatelet. La sedición se entregaba á sus orgías.

«Qué quiere ese pueblo desencadenado? Pregunta el conde Riperto.

—Franquicias, y no mas cargas. El duque de Anjou, despues de haber dilapidado los fondos públicos ha creado nuevos impuestos. Su lujo en medio de la miseria general ha exasperado los ánimos. El preboste de los mercaderes, Juan Culdoé y el famoso Nicolás Flamand, asesino de dos mariscales de Francia, están á la cabeza de los revoltosos, y la hija del tabernero Pablo Maillard, la bella Elisa es el alma de la rebelion.

—Que oigo! interrumpe Savoisy, Elisa! mi hermana de leche!

—Ella misma, responde Ambrosio:

educada en sus primeros años en casa de la condesa de Savoisy, y restituida al techo paternal despues de la muerte de tu madre, la Verdulera del Chatelet predomina entre el pueblo; es jóven, elocuente y bella, ídolo de los artesanos, de los jornaleros, y en suma del populacho; irrita y apacigua á placer suyo las tempestades revolucionarias. Franca, entusiasta y caprichosa, enciende sonriéndose la antorcha de la insurreccion, y parece jugar con los desórdenes. Víbora peligrosa y al propio tiempo encantadora mariposa, copa de veneno y aliciente de rosas, ofrece un conjunto de bien y de mal, de hermosura y de fealdad, de debilidad y de vigor, de extravagancia y de heroísmo: es el genio de Paris.

Riperto reclina su cabeza sobre su pecho con un gesto de dolor mas espresivo que la palabra.

«Luis de Anjou, prosigue Ambrosio,

ha tomado fuertes medidas contra las asonadas; pero ninguna es suficiente. Primero hizo concesiones, pero el populocho elevó mas sus miras; luego quiso abatir con la fuerza la cabeza de la hidra, pero esa hidra tiene mil cabezas. Nicolás Flamand, arengando á los sediciosos les ofrece á los de Gante por modelo. No mas rey, esclaman estos. Jacobo Artevelle y el pueblo de Flándes, Guillermo Tell y el gobierno suizo, estos son los ejemplos radiantes que se ofrecen á la Francia. A los clérigos y estudiantes les encanta la palabra república porque han leído la historia de Roma. Todos deliran; todos sueñan una edad de oro imposible. Ay de mí! las revoluciones que empiezan de este modo casi siempre por sofismas, ilusiones y regocijos, acaban tambien siempre por horrores, crímenes y remordimientos.

—Pero el duque de Anjou, dice Riperto, habrá convocado los Estados.

—Sí, hijo mio; y en Paris mismo; pero de ello han resultado solo nuevas turbulencias. El gobierno tenia necesidad de leyes sabias, de subsidios indispensables y de reformas prudentes: y los Estados generales han votado locas libertades, han quitado de por medio tributos insuficientes, han hecho oír discursos incendiarios, y el palenque de los sacudimientos políticos se ha ensanchado mas que nunca á vista de los diputados.

—Pobre Francia! dice Savoisy.

—Riperto! continúa Ambrosio, existen ideas y palabras que pronunciadas delante del pueblo producen efectos terribles. Los Estados generales han hablado, y ha recibido la soberanía un golpe fatal. No siempre mata el hierro y las llamas, pero las ideas y las palabras asesinan casi siempre. El prestigio de la corona ha sido combatido, y se sabe que los prestigios se desvanecen muy pronto. Todas las ambiciones se han alarmado al grito

de libertad de los Estados. Sin embargo, el patriotismo de los diputados no era una mentira, y sí solo una fiebre ardiente. Solo querían reconocer como real y positivo lo que podían tocar y retocar, manejar, construir, y desplomar. Agujoneando el orden social del genio que los atormentaba, se creían los artífices de un monumento, y solo delineaban una ruina. Mas dejemos esas cosas. Donde vas á pasar la noche?

— A San Pablo, junto al Rey.

— Te espera el duque de Anjou?

— Sí, padre.

— No existiendo ya tus mayores, estás desierto el palacio en que naciste: ¿piensas habitarle?

— Sin duda.

— Y casarte?

— También.

— Vuelves de Italia con el corazón libre?

— Muchas beldades he visto en Nápo-

les, responde tristemente el guerrero; pero mi corazón permanecía mudo. Tal vez me ha creado el cielo para no conocer jamás las delicias del sentimiento; ay! así lo temo. Sentía sin embargo una inclinación al amor, porque al entrar en la vida el género humano me parecía un hermano; le tendía con ardor los brazos; y persuadido que me decía: *Ven*, me precipitaba feliz hácia un mundo encantador á mis ojos. Ciertamente veía algunos abismos, pero me sentía con alas para permanecer sobre de ellos. Ah! porque los primeros desengaños han destruido estas primeras ilusiones? He visto de cerca á mis semejantes, y mi corazón se ha cerrado yerto.

— Como, pues! bajo el sol ardoroso del mediodía nada han podido las seducciones del amor?

— He pasado tranquilo por delante de ellas; sin embargo debo confesar que he tenido una idea confusa de este bienes

tar, de ese éxtasis, de ese júbilo del corazón al que llaman amor. Mas donde está, donde encontraré, como podré gustar á la que me hechice? No lo sé.»

El abad de Champeaux se sonrie. ¿Por qué desconfía tanto de sí mismo el jóven y gallardo Riperto? Sus grandes ojos llenos de elocuencia despiden esas miradas magnéticas que pasan al alma de una muger y se sepultan en ella. Unia la elegancia al vigor y la gracia á la nobleza, su varonil hermosura era en extremo atractiva, y sus espresivas palabras manifestaban tan claramente lo que él sentia, que se las hubiera podido llamar colores sonoros. Cuando queria convencer sabia insinuar sus ideas de tal modo, que las entrañaba en las conciencias de los demas. Sin su cristiana modestia el orgullo le hubiera preparado una magnífica morada en que podria afianzarse sin temor.

«Te casas sin amor», dice Ambrosio será sin duda por cálculo.

— No, que es por deber.

— Por deber!

— Conoceis á Juan Desmarets, al ilustre abogado general, honor de la toga de Paris, y orador famoso?

— France Champeaux las cejas.

— Si, responde con voz cortada; y bien!

— Pues tiene una hija.

— Inés!

— Modelo de virtud...

— Y de piedad, lo sé. Vas á casarte con ella?

— Mi padre me hizo dar palabra.

— Es posible! Cuando?

— Al salir para Italia, junto al lecho mortuorio de mi madre. «Hijo mio, soy viejo y padezco, me dijo en tono solemne; tal vez no te veré mas: oye un secreto importante. El abogado general Desmarets me ha prestado durante mi vida uno de esos servicios señalados para los que no alcanza el reconocimiento.

No puedo detallártelo; sabe únicamente que está fuera del alcance de cuanto podría concebir tu imaginación. Paga mi deuda, hijo mío: sé el esposo de Inés Desmarets, y haz su felicidad sobre la tierra; te bendeciré desde el cielo, y Dios te recompensará.»

—Cual fué tu respuesta?

—Vuestros deseos son sagrados para mí; no olvidaré jamás vuestras palabras.

—Y no intervino juramento?

—Ninguno. Mi padre repuso: «Si la desgracia persiguiese á Juan Desmarets, sé su protector; sacrificate por él si es necesario. Cuando yo muera pasa á ser hijo suyo.»

—Y qué intentas ahora?

—Casarme con Inés Desmarets.

—En este caso, repone el Abad de San Víctor, porque te pesa no haber encontrado entre las bellezas de Italia alguna jóven que seducir ó noble dama que amar? No supongó que hayas podido de-

sear un ídolo para tributarle incienso y luego hacerle pedazos. Mengua y desprecio al ser cobarde y sensual que solo atrae á la paloma para hacer las veces de milano.

Tórnase pálido Riperto.

—Razon teneis, responde; considerando el amor como mandano le veia risueño y puro, se me presentaba radiante, y yo deseaba sus dulces llamas; pero vos dissipais mis sueños: os doy gracias.

—No te creas al abrigo de los lazos del amor, repone Ambrosio con dulzura. El ser insensible es aquel que todavía no ha encontrado el objeto á quien debe amar. Conoces á Inés?

—Sí, padre.

—Y no la amas?

—La admiro.

—Dios la ha dotado con todas las perfecciones del alma.

—Porqué pues la ha negado los encantos de la hieldad?

— Te pertenece aun tu corazón?

— Lo ignoro.

— Desmarests te destina á su hija?

— Conoce mi resolución, dice Savoisy con voz sombría. Pero Desmarests os es odioso; lo leo en vuestras miradas, en vuestro acento; ¡unido á vos desde la infancia, os he estudiado tanto!

— Querido jóven, no lo oculto: Desmarests, cuyo inmenso talento aprecio, es sin embargo un genio que temo. Sabe alucinar al pueblo, y cree que podrá utilizar sus pasiones dirigiéndolas: como doctor en política estudia la fiebre revolucionaria, y calculando sus pulsaciones con interés curioso, cree que un transporte convulsivo puede ser un movimiento creador. Las borrascas que profetiza parecen preludios á una regeneración. Peligroso y culpable error! Ay de mi! vendrán las tempestades, transcurrirán los desastres; pero el profeta perecerá con ellos, y la regeneración será solo una fantasmagoría.

Despide Savoisy un profundo suspiro.

— Fuerza será que os deje, padre mio.

— El momento no es favorable, ruge la tempestad, y vas á esponerte.

— Quiero dejar mis armas, y pasaré desconocidò por entre la muchedumbre: es el mejor modo de observarla. ¿Segun eso el pueblo insulta la nobleza?

— Insulta hoy dia á cuantas grandezas puede. Algunos retóricos le han dicho que las superioridades de la tierra eran cadenas para él, y hele aquí fogoso ya contra ellas: trono y altar, en todo abre brecha.

Riperto se quita la armadura. Su casco, en el que ondea un orgulloso penacho, es trocado por un modesto sombrero; ya no es un noble, es un escolar, un truan; deja á su escudero y caballos en la abadía de San Víctor, y parte solo y á pie.

Redoblaban los clamores populares en cuanto se iba acercando la noche. Riperto se dirige hácia el Chatelet, de donde

salen los mas ardorosos gritos. Deslizase junto al claustro de las Bernardinas; pasa por Mauvoisin, donde se habian reunido muchos grupos; y llega al fin casi en brazos de la muchedumbre á la calle de Toaurre.

Qué tumulto! qué desórden! Todos los escolares de la ciudad se habian reunido en el cuartel de la universidad. Los estudiantes, juventud turbulenta venida no solo de las provincias si que tambien de paises extranjeros, eran entonces el terror de Paris: las asonadas eran sus elementos favoritos. ¿Qué pedian hoy dia con tales vociferaciones? La muerte del famoso Aubriot, ministro de Cárlos V.

Los escolares de la capital, en perpetua lucha con los paisanos, ya por el domicilio que pedian con altivez, ya por las limosnas que arrancaban daga en mano, ya por amoríos con las jóvenes á quienes insultaban, eran unos jóvenes que lo osaban todo y no temian nada. Hugo Au-

briot, preboste de Paris, queriendo poner un freno á estos odiosos escesos habia fortificado el Chatelet para hacer de él un baluarte contra sus violencias. Algunas compañías de archeros á sus órdenes debian ayudarle á asegurar la tranquilidad pública, y algunos calabozos del Chatelet estaban destinados para los culpables. Ya el sabio ministro habia empezado á poner sus planes en ejecucion; pero los gefes de la universidad, creyendo competelerles esclusivamente el derecho de castigar á sus discípulos, y declarándolos inviolables, se habian sublevado contra las medidas de Aubriot. Los doctores y teólogos habian desencadenado contra su persona las aulas; y luego la corporacion de eruditos sostenida por el populacho habia jurado su muerte. Las arengas de los bonetes cuadrados de la instruccion habian escitado el entusiasmo de la hez del pueblo. Los truanes armados se habian apresurado á elevar su voz de trueno

bajo los balcanes del palacio de S. Pablo; la corte se estremecía, y el desgraciado preboste, arrestado, juzgado y condenado, se habia visto cobardemente abandonado del poder á merced del furor de sus verdugos.

Hugo Aubriot, ministro inteligente y celoso, habia prestado inmensos servicios á Paris, habia construido puentes y varias otras obras públicas, pero queria ejercer una policia severa. Amaba la justicia, odiaba la rebelion, habia construido la Bastilla: y semejante hombre era un monstruo para los enemigos del orden (1).

El mismo dia en que Riperto llegaba á la abadía de San Víctor iba el populacho á dar tortura á Aubriot. El Duque re-

(1) El gobierno abandonó á los furiosos á Hugo Aubriot, ese hombre ilustre á quien la Grecia hubiera levantado estatuas. *Levesque* tom. 2.º pág. 476.

gente habia probado por la mañana á salvar á la ilustre víctima; pero tronaba la rebelion: aterrado Luis de Anjou, acababa de hacer una nueva concesion á la anarquía. El desgraciado preboste habia sido echado como presa á la animosidad de los doctores de la Sorbona, á los clericillos de Bruneau y á los descamisados de distintas aulas.

Savoisy, confundido entre la muchedumbre miraba con la mayor sorpresa las oleadas de estudiantes que se prolongaban recorriendo las calles con las convulsiones del delirio. Estos, con la cabeza desnuda, descabellados, el semblante encendido por efecto del vino, blandian agudas dagas y marchaban con bandera desplegada. Esotros, grotescamente vestidos, y llevando imágenes sagradas, entonaban los himnos de los escolares. Estas tumultuosas hordas insultaban las ricas moradas, en tanto que los despilfarrados truanes aplaudian con transporte y desa-

foradamente tan monstruosas bacanales.

Oyese la campana de las oraciones. Los que guían al populacho, y los archeros con capacetes de hierro daban orden para la retirada. Vanos ensayos de un poder sin nervio! Solo los silbidos contestan á sus palabras.

«Fuera los estafermos de San Pablo!» exclamaba la muchedumbre desenfrenada.

—Al saco con ellos! respondían las prostitutas.

—Una cuerda para el cuello de los notables! reponía la hez del pueblo.

Y los clérigos dando carcajadas respondían entonando ó mas bien rugiendo estas palabras:

—Gloria á los hombres del saco y de la cuerda!

La obscuridad empezaba á difundirse por la poblacion; aparacen encendidos muchos faroles en atrios subterráneos. Savois, ignorando aun la causa de tan

extrañas saturnales, anhelaba saber su esplicacion, cuando de improviso algunas aclamaciones mas ardorosas, y nuevas oleadas del pueblo mudan en horror su sorpresa. Las masas negras que se precipitaban hácia él escoltaban una especie de carro fúnebre en el que aparecia de pie una imágen con la frente coronada de una mitra, en camisa, y con una cuerda al cuello. Esta inconcebible figura, pálida, y casi cubierta de lodo, es puesta al escarnio público, y maniatadas sus manos sobre su espalda, era el gran preboste de Paris.

Los archeros arrollados por los escolares triunfantes, dejaban libre el campo al desorden. El populacho desencadenado marchaba entre las glorias de la asonada y las sublimidades de la destruccion. Palabras de odio, de amenaza y de ironia resonaban al rededor de Aubriot. Una alegría salvaje animaba el rostro de los canibales. Estallaba á la vez en todas

partes una risa estrepitosa como un trueno y dando silbidos como los dragones, una risa infernal. Se hubiera dicho que era un soplo de fuego, y su contagio eléctrico enardecía los furores y venganzas: ah! sin duda desde lo alto de los cielos, la patrona de Lutecia, velado el rostro, volvía la cabeza... y lloraba.

—Ea! caballero preboste! esclama un discípulo de la universidad, ya estás en el garlito. Llama á tu socorro la Bastilla que creaste. Tal vez acudirá de parte de San Roque, San Pedro, y Saint-Cloud tus amigos en arquitectura. Muy bueno fuera que una hija bien educada, y que estima á su padre, le tendiese la mano cuando yacila.

—Creo que su hija tiene el corazón muy duro, responde un bribonzuelo.

—Por vida de Dios! dice un escolar, sus entrañas son calabozos.

—Que entre pues en el seno de su hija! añade un malandrín descamisado; há-

gale la negra Bastilla veces de madre.
—No, no, no hay prision: un cadalso; que nos den una buena cuerda; el cáñama le irá mejor al cuello.

—Mira! tiene miedo. Qué facha de magistrado! Cáspita que el hombre es curro.

—Estoy seguro que ya no tiene ideas. Su facha es toda animal: ya solo le queda una probabilidad de hombre.

—Ola, seor Daniel! tú cuyo santo patron tenia amigos que permanecían no sé cuantas horas en un horno ardiente sin quemarse un pelo: acércate; Aubrio. tin está á obscuras; colócale tu farol debajo de la nariz para que nos vea y nos arengue.

—Ya no tiene palabra.

—Y sin embargo en San Pablo hablaba mas que siete.

—¿Recordais su charla cuando se burlaba de la Sorbona y quemaba sus privilegios?

— Muera Balaan! grita un borracho; de sus cuernos que le sirven para escucharnos quiero hacerme un par de zapatos, para que sus mismas orejas puedan aplastarle la nariz.

— Truanes! grita de improviso una voz fuerte; faroles, vengan faroles y antorchas! la casa del colector será un lumínar admirable. Fuego con el preboste.

Mil aclamaciones responden á estas palabras. La muchedumbre se ha alineado con respeto delante del gefe incendiario. Era Nicolás Flamand, el famoso bandido cuya mano feroz habia en otro tiempo asesinado á dos mariscales de Francia ante el delfín Carlos. Este ente horriblemente afamado en los fastos de la sedición, era pequeño, fornido y barbudo. Sus ojos encendidos eran de fuego en una órbita estrecha y cóncava. Su calva era de color aceituno. Sus labios gruesos y sombreados de largos y sucios pelos,

dejaban entrever dientes de una blancura admirable, pero agudos como los del tigre. Llevaba oculto un puñal.

Nicolás acababa de llegar de Inglaterra, lleno de ideas revolucionarias del célebre John Bull, habia aprendido de este demagogo á predicar al pueblo la igualdad de condiciones, los derechos sagrados del ciudadano, y la destrucción de los tronos. Habiale acompañado en Londres, donde ayudó á sus discipulos á degollar á los gentilhombres, á incendiar, á llenar las cárceles, á saquear el palacio del Rey, y á poner en fuga á la misma Reina. Feliz con haber figurado en todos esos triunfos de gloria popular, Nicolás Flamand, misionero de lo que él llamaba santos furors de la libertad, habia vuelto á Paris. Su dignidad de hombre y asesino se habia aumentado en el suelo británico, realzándole las extravagancias que habia oido y las atrocidades que habia cometido. Sus palabras tenian aquella

elocuencia salvaje que inflama las pasiones del populacho. Poseía en alto grado los dones que encantan á la muchedumbre: una actividad devoradora, unas inspiraciones ardorosas, una voluntad fuerte, un brazo y unos pulmones de hierro, la mirada del ave de rapiña y la osadía del león.

Sé ha puesto fuego al edificio que acababa de señalar; elévanse nubes de humo, y al través de esos negros vapores prosigue su marcha el carro de Aubriot.

«Adelante bravos compañeros! repone Nicolás Flamand; no es esta la primera madriguera que he reducido á cenizas esta noche. Mirad allá bajo! de allí llevo. Que haceis aquí del gran preboste, de este noble amigo de los parapetos y barbacanas, de este agente de las insolencias aristocráticas, de ese hombre que no dejaría permanecer nuestras cabezas sobre sus cuellos si en los tuétanos de los huesos se encontrase polvo para hacer

oro, de ese cobarde, en otro tiempo tan fiero, y que hoy día recibe los sarcasmos sin murmurar? Vamos, acabemos con él! Fuera esa ilustracion de fantasmagorías! No queremos nosotros esos ciudadanos que se han vuelto barones, y que solo saben arrastrar en pos de sí al pueblo. Nuestra monarquía, á Dios gracias, si es que Dios existe, está ya de patitas al cielo. Su caída se acerca, y por cierto que ninguno de nosotros la levantará de nuevo.»

Esta multitud de imágenes, esta incoherencia de ideas y de amenazas, á las que mezcla el bandido las blasfemias con acento sonoro acompañado de gestos terribles, todo maravilla al populacho. Nicolás Flamand prosigue:

«Amigos! Qué pequeños son nuestros tiranos cuando levanta su cabeza el pueblo! ya desde mucho tiempo esos pechos de doradas insignias han hecho íntimo conocimiento con los filos de mi daga.

Arrancando sus nobles entrañas se las he tirado al rostro. Antes me faltará materia que destruir que no vigor á mi brazo. Compañeros, libertades y franquicias! vale mas que nuestros vestidos sufran por los filos de la espada que por los de la miseria. No sé como no me admira esa vuestra cobarde necesidad: pues qué! vuestros bolsillos están limpios, y los de los nobles rellenos; ¿sois los mas fuertes en número, y dormís sobre paja cuando pudierais acostaros sobre pluma? Pueblo ciego abre pues los ojos.

Los escolares le aplauden.

— Doctos clérigos! añade Nicolás, Aubriot acaba de ser juzgado: cual es la sentencia?

— Prision perpetua.

— Debía ser quemado vivo: así nos lo habian prometido.

— Sí; pero el oro, el temor, las amenazas.

— El tribunal nos lo ha entregado,

clama un grupo de estudiantes; hagámonos nosotros mismos justicia. La hoguera! la hoguera!...

Precipitanse á procurarse faginas; para principiar el suplicio, un truan pasa por delante del rostro del preboste una barra de hierro ardiente. Aubriot, levantando sus ojos al cielo, ofrecia sus padecimientos al Eterno. Solo esperaba la muerte... Pero, he aquí que á la estreñidad de la calle se deja oír un extraño ruido. Acaba de circular un nombre entre la muchedumbre; es mágico el efecto que produce, da á las ideas una nueva direccion, y á las pasiones un nuevo arranque. Los artesanos, el pueblo todo acude al encuentro de la inesperada falange, que se adelanta juguetona, viva y risueña hácia el carro fatal. Cánticos alegres, voces argentinas, y ruido de campanas, todo llena el aire de extraños sonidos. ¿Qué enjambre es ese prodigioso, que en medio de un vapor opaco y ame-

nizador cruzado de rayos rojizos y sinietros, se adelanta al modo de una ráfaga de luz que rasga la nube de la borrasca? Es un pequeño cuerpo de Amazonas.... ¿Quién las manda?... Elisa, la Verdulera del Chatelet.



Capítulo II.

LA Verdulera del Chatelet á la cabeza de sus amigas es saludada con transporte por los clérigos y los truanes. Su admirable beldad, su gracia prodigiosa y su extraño carácter la habian grangeado sobre el pueblo de que era idolo un poderoso predominio. Nadie podia desafiar impunemente su mirada ni los encantos de su voz; se dirá que las frescas guirnaldas de su primavera forman en torno suyo un círculo mágico dentro del cual se pierden todas las imaginaciones y se cautivan los corazones. El aire que respira Elisa tiene vertientes invisibles por donde derrama el amor sus perfumes. Sin embargo, al

través de su sonrisa hay un fondo de graves pensamientos, de melancólicas ilusiones y alguna vez de elevados designios. Semejante á la Velleda de la isla de Sayna por sus inspiraciones semi-salvajes y su energía semi-profética, reúne á la intrepidez guerrera y á los prestigios de la sacerdotisa, la imprevision de un niño y el rendimiento de una muger. Sus ojos son negros y brillantes, y sus cejas suavemente arqueadas. La vivacidad de su lenguaje templada por la dulzura de su sonrisa tenía un encanto irresistible. Su genio era el de un héroe y su candor el de una virgen.

Única hija de Pablo Maillard-Morand, rico tabernero del Chatelet y hermana de leche de Savoisy, había pasado sus primeros años, junto la madre de este, en los dorados salones de Paris. La condesa de Savoisy, á quien entró en cariño, la tuvo á su lado durante quince años; y admitida Elisa á los juegos de las nobles

de su edad, había tomado desde su niñez sus maneras elegantes, las elevadas ideas y el acento puro de las altas clases. Su posición era feliz y su suerte parecía asegurada.

Pero una imprevista desgracia, la muerte, se cebó en su protectora. Riperto el amigo de su infancia sirve bajo los estandartes del Rey; van á lucir para ella días desgraciados.

El tabernero del Chatelet acababa de perder á su mitad: y se había echado entre las oleadas de los revoltosos jurando guerra á los nobles. Cierta día, deplorable para siempre, se dirige á la morada de Savoisy; y pidiendo con insolencia á su hija al chambelan de Carlos V., roba á la vez á Elisa su porvenir, su fortuna y su felicidad.

Morand era entonces rico todavía; pero comprometido pronto en conspiraciones, arruinado por los sediciosos y perseguido de la justicia, vió acercarse su

ruina. Todo eran desgracias y pérdidas: Morand queda sepultado en la indigencia.

Qué fué de Elisa? Ay de mí! abrumada por el destino, le fué forzoso dar un adios á todas las comodidades de la vida. Condenada á penosos trabajos, verdulera del Chatelet, se veía en la necesidad de sustentar á su padre. La muchedumbre corría á verla en la taberna de Morand: era tan graciosa!... se hablaba de ella con entusiasmo como de un modelo de amor filial y un ejemplo de virtud. Nada le faltó desde aquel momento á su padre. Su fama se aumentaba de día en día, y la rodeaba un enjambre de admiradores. En efecto, sus encantos eran extraordinarios. Misteriosa amalgama de abandono plebeyo y de dignidad noble, al conformarse Elisa con su posición tomando los modales de la ciudad había guardado como en reserva las gracias de la corte. Frecuentemente mezclaba entrambos géneros. En su ademan y en su

acento se columbraban dos seres distintos, la verdulera y la noble dama. El conjunto era un atractivo encantador, una originalidad embelesadora. La delicadeza de sus formas corría constantemente en contraste con las exigencias de su estado. Su lenguaje adaptado á las circunstancias, y pendiente de las dos estremidades de la cadena social, era poético ó vulgar segun la situación y el auditorio. Grande en fin hasta en su abatimiento, era una estatua sin modelo, que no representaba nada conocido, ni divinidad, ni mortal, sino una mezcla de todo, no obra de artífice, sino formada como por vía de encantamiento.

Y su corazón? otro motivo de pasmo: parecía enteramente negado al amor. Por entre los homenajes se adelantaba con la calma de la insensibilidad, y se reía de las adoraciones como de unas armas inútiles. Muy fácil era hechizar á mil amantes con esos medios que tienen tan á la

mano las mugeres; pero su divisa era guerra al amor.

¿Puede decirse sin embargo que su corazón estuviese muerto para todas las seducciones del sentimiento? Ah! no; sobradamente habia hablado. Pero el sér que le hizo latir era un secreto: secreto impenetrable y profundo, secreto oculto hasta para el que le habia encontrado. Elisa amaba á Savoisy.

Conocia muy bien la distancia que la separaba del Conde para no soñar en ser su esposa; era harto orgullosa y pura para poder ser su cortesana: ay de mí!.. y el pueblo con quien trataba no podia ofrecerle un refugio ni un consuelo. Esos hombre ignorantes, sin educacion y sin modales, estaban tan lejos de su altura! los desechara tanto su corazón!.. En tan fatal posicion, sin presente y sin porvenir, no pudiendo subir hasta un noble esposo ni bajar hasta un marido vulgar, no pudo menos de abrazar con ardor las

opiniones democráticas que tendian á nivelar las clases. Mas no era como furia salvaje que presidia ella á los revoltosos: solo volaba allá para moderar sus efectos. Hubiera querido sin ayuda del crimen aumentar el poder del pueblo y disminuir el de los grandes, equilibrar los derechos de cada cual y hacer felices á todos: voto seductor, pero absurdo sueño. Compeliendo al pueblo á defender sus intereses, la Verdulera del Chatelet idolatraba el bien hasta en el extravío de las pasiones, aborrecia los crímenes, y era entusiasta del valor y de los sublimes arranques de las virtudes. La desgraciada daba candorosamente un impulso hácia el mal: mas, al verle delante de ella, cuando la revolucion tronaba, arrepentida Elisa hubiera querido detener su curso: ¡vanos esfuerzos!. Ya no era tiempo. Entonces, triste á la vez y risueña, desolada y puesta á las nubes, la heroína triunfaba, y la bella jóven derramaba

amargas lágrimas por los desórdenes.

Al ruido de las aclamaciones apresura Elisa sus pasos. Su ademan tan caprichoso como notable por su gracia, ni mas ni menos que su trage, ofrecia una mezcla singular de sencillez y de nobleza, de descuido y palidez. Un sombrerillo verde, ladeándose sobre su frente con una pluma de pavo daba á su fisonomía algo de marcial. Su jubon de un tisú grosero era sin embargo de un corte elegante; un ropaje de lana purpurina señalaba sus formas divinas; flotaba sobre sus espaldas un velo en extremo fino y blanco, pendia de su cuello una santa imágen; y al rededor de su cintura brillaba una cadena de metal.

«Elisa! esclamaba la muchedumbre, viva la bella Elisa!»

La Verdulera del Chatelet sentia su corazon latir de orgullo; su pecho estaba oprimido, sus penetrantes miradas al través del caos de la asonada aparecían

como luminosas estrellas. Jóven obscura y beldad poderosa, sentia en este momento, en medio de las adoraciones públicas, una de esas felicidades del amor propio, vagas é indefinidas, que se contemplan con admiracion y se catan con transporte.

«Mandadnos! mandadnos!»

Tal era el grito general.

«Pronto, traed las insignias para nuestra soberana.»

Pocos momentos han bastado para formar una especie de trono portátil, desde el cual Elisa, al modo de la hija de las Druidas, ha podido servir de oráculo al pueblo.

¡Cuan hermosa era en esta tribuna aérea, rodeada de antorchas y de una muralla animada! Un indecible respeto contenia los transportes del populacho en sus justos límites, era un sacrificio tanto mas prodigioso, quanto se ofrecia á los encantos del bello ideal por los héroes

de raza innoble, á lo gracioso por lo diforme, al pudor por el vicio.

«Amigos! dice la Verdulera, ¿porqué esas antorchas de incendio? porqué ese aparato de muerte? La libertad, la libertad; mas fuera crímenes! No haya sangre!»

Elisa estaba, por decirlo así, dotada de ese gesto mágico, que conjura el espíritu del mal, y de las palabras de las Hadas, que realzan el genio del bien. La muchedumbre repetía en torno suyo:

«No mas crímenes! no mas incendio, tiene razon; vigor y clemencia! ilustracion y libertad!»

Pero un escolar atrevido, de ronca voz y de corazon fiero, interrumpe á los suyos, y esclama:

«Piedad para Aubriot! no, perezca! Anatema á los grandes! solo su sangre puede romper nuestras cadenas.»

Mas la muchedumbre le silba.

«Fuera ese lobo salvaje! de donde

sale? quien le mete en este asunto?

— Es el retoricillo Calmon, dice uno de sus compañeros, el que sostenia ayer en cátedra pública que madama Eva habia sido creada fuera del paraíso. Elisa, respondedle.»

Sonríese ligeramente la jóven, y se vuelve hácia Calmon.

«Eva ha nacido en el paraíso, porque ella es quien le ha creado. Existia tal vez antes que ella? No: no hay paraíso sin muger.»

Un vivo entusiasmo ha recibido esta respuesta. La Verdulera se habia apresurado á coger la tesis, medio seguro y poderoso para cambiar el curso de las ideas, para quitarlas sus feroces tintes, y darlas una direccion risueña. Así es que repone con calor:

«Qué veo! una hoguera!.. y para quien?

— Para el preboste de Paris.

— Cómo! hubierais querido?..

— Su muerte.

— No mas asesinatos! yo me opongo.*

Y tomando en seguida el lenguaje del vulgo, su acento brusco, y los gestos convenientes al auditorio, prosigue:

« Confieso que el caballero preboste habia dirigido contra nosotros unas ideas de tiranía, que al modo de potros salvajes se lanzaban sin freno y sin silla ni jaeces. El cadalso era segun espresion vuestra el honor que pendia de sus orejas: convengo en ello. Pero creedme, dejemos para otra sazón el descartarnos de ese incrédulo que era como el manto del servilismo. Ciertamente que no le escuso, solo le ataco y le condeno. Porque habia de dirigir á sus semejantes? piensa poco, columbra mal, y solo le asiste la fantasmagoría del silencio, del ademan y de la arrogancia. Pero, haced algun sacrificio á la justicia: viejo le veis y casado; esto turba sobremanera el espíritu, como lo veis claramente. Seamos mejores de lo que él era. Observad que esta

ave de rapiña ha contado durante su vida setenta nidos de golondrinas, Sé muy bien que al modo de águila de la corte se ha apoderado del nido del pobre, buscando entre la paja algun oro: pero odiamos los crímenes, camaradas, sea noble vuestra venganza. Harto sabeis que este engañoso compadre ha construido cuevas subterráneas para encerraros en ellas: pues bien, esos calabozos vírgenes no han visto siquiera una víctima: sea esta la primera: tal es además la sentencia de los jueces: pongamos allí un carcelero; y vea el Preboste quien entra primero en la Bastilla.

El gentío aplaude.

— A la Bastilla! a la Bastilla!

No perecerá el Preboste; la Verdulera le salva la vida.

Capítulo III.

RIPERTO de Savoisy no habia visto desde mucho tiempo á la Verdulera del Chalet. La ausencia de Paris y su largo viaje á Nápoles habian en parte borrado de su memoria á la compañera de su niñez. Como la admira hoy dia! Jamás se habia ofrecido á sus miradas una beldad mas hechicera. Alzando la jóven entre el populacho sanguinario su cabeza de querubin, al modo de un rayo celestial sobre un abismo, ofrecia un cuadro nuevo y prodigioso. Su juvenil regocijo y su dulzura semi-salvaje arrebatában el espíritu y el corazon. Esta pastorcilla bacante, esa herbolaria amazona, despedia sin artificio en torno suyo unos resplandores

mágicos. Al acercarse uno á ella, como á una sibila inspirada, apenas se osaba respirar, hincábanse las arterias, y ya no eran distintas las ideas, antes de verla se sentia ya su influencia; entonces se exclamaba con transporte: Vedla ahí!.. y ella llegaba al momento.

Contemplábala Savoisy con una especie de recuerdo melancólico, al través del cual tal vez se hubiera dejado entrever un sentimiento mas tierno y mas vivo. La asonada, Aubriot y los escolares, todo habia desaparecido á sus ojos: ya solo veia á Elisa.

A la dulce voz de una muger, el fuego de los incendios acababa de ser ahogado por los mismos que le habian inflamado. Ya no mas furoros sediciosos. Una turbulencia satírica habia sucedido á una efervescencia feroz. Dirigiase hácia la Bastilla el carro del Preboste, y la asonada, al modo de una tempestad que calma poco á poco, se desvanecia lánguida y fu-

gitiva, alejándose por grados. La Verdulera al frente de su comitiva atravesó el puente de San Bernardo y la isla de Nuestra Señora, y se encontró frente la calle de la Estrella. Al salir del populoso cuartel de los Estudiantes, se acercaba al palacio de San Pablo, poco distante de la Bastilla, cuando al volver de una esquina divisa el pueblo á un palanquin que se deslizaba al través de las sombras. Percíbele Nicolás Flamand.

«Por las lentejas de Esaú, dice el bandido á sus compinches, ved ahí un señor que para comer mejor que Jacobo se encontraba en la cena del Regente, de donde sale ahora. Registremos sus bolsillos, porque esos hombres saben limpiar los nuestros, y es muy justa la represalia. Tal vez tiene joyas, cuyo peso fatiga cuando es necesario dormir: vamos á quitarle ese peso.»

— Al palanquin!.. á la pecoreía!
Empieza de nuevo el desorden, y se

oyen nuevos y estrepitosos clamores.

«Aprisa, al palanquin, y vengan antorchas. Si hacen resistencia, hagamos de sus barbas cenizas.»

— ¿Deberémos saludarle antes? Seria un rasgo de cortesía.

— Saludadle á martillazos.

— ¿Y si es uno de esos sermonistas de la iglesia, que nos hacen desear el infierno cuando nos alaban el paraíso?

— Le enviaremos al seno de Dios; á la suprema bienandanza: será obra pia.

— Camaradas! sin duda es algun alto baron.

— Abajo los grandes! Mueran los nobles!

— Deteneos! esclama la Verdulera, como vosotros aborrezco los nobles: pero...

Se interrumpe de golpe. Una palidez mortal sucede al vivo encarnado de sus mejillas; ciérranse sus párpados, se estingue su voz, y cae el brazo que acaba-

ba de levantar. Ya no mas movimiento, ningun gesto; acaba de ver á Riperto.

Allí está delante de ella; alumbra su rostro una antorcha resinosa; acaba de reconocer sus facciones, y al momento que pronunciaba estas palabras « como vosotros aborrezco á los nobles » habia visto pintarse en la fisonomía del conde la indignacion.

Pero una oleada de bandidos que se precipitaban hácia el palanquin, arrastra á Savoisy y le separa de Elisa. A algunos pasos es extraordinario el tumulto. La presa señalada al populacho se ve ya atacada, habiéndose puesto en fuga los criados. Se golpea, se rompe y se destroza. Al través de los clamores cree oír Riperto la voz de una muger. Lánzase hácia ella; mas ay! qué puede hacer? tiene un acero, pero se encuentra solo.

Hierve su sangre: el coche arrástrase ya en el lodo. Una jóven y noble dama habia sido brutalmente arrancada por

hombres casi borrachos, que la entregaban sin defensa á la codicia, á los insultos de los malandrines, y á la insolencia de los clérigos; era la vizcondesa de Méaux.

Dama de honor de la duquesa de Borgoña, volvía del palacio de San Pablo, donde la habian retenido los deberes de su posicion. Sus criados la habian abandonado cobardemente á vista del populacho, y la desgraciada Vizcondesa en poder de los hijos de la asonada imploraba en vano su piedad. Burlábanse de sus clamores y de su terror; y su desorden, su beldad y hasta su trage, todo era objeto de escarnio.

Todas las almas fuertes están dotadas de un poderoso instinto que arrostra todos los peligros. Precipitase Riperto en medio de los bandidos que rodean á la noble dama: les separa con violencia, y lanzándoles terribles miradas, se abre paso espada en mano. La vizcondesa de

Meaux, casi privada de sentido, permanecía entonces inánime: sus rubios cabellos esmaltados de oro y perlas flotaban sobre sus espaldas blancas como la nieve, su ropaje de escarlata, guarnecido de armiño, con todos los lujosos adornos del arte, dejaba al descubierto un pecho donde brillaba un reliquiario guarnecido de coral. Estaba brillante, y sus brazos hermosos se veían circuidos de piedras preciosas.

Y sin embargo, tanta dignidad, tanta nobleza, se encontraba en la calle sobre el lodo! tantos adornos solo eran objeto de ultrajes! Qué contraste entre su situación y su nobleza!..

Resuena entre la muchedumbre el grito aterrador de Riperto:

«Cobardes!... atormentáis así á una muger?»

Solo ha podido pronunciar estas palabras, pero con aquella fuerza de alma y sublimidad de acento que son una inspi-

ración, que se encuentra sin buscarse. Además: ¿qué hubiera podido añadir?! La indignación de su rostro era un libro abierto, en que estaban impresas las amenazas y un mudo torrente de elocuencia. Sus ojos habían clavado sobre la muchedumbre una de sus miradas de fuego, después de las cuales son frías todas las palabras, y están por demás. En tan fatal momento ese hombre, sin otro apoyo que su espada, y adelantándose contra una masa de furiosos; este hombre lleno de un valor extraordinario, y atreviéndose á llamar cobardes á los que tiene á la vista; ese jóven atrevido, fiero y terrible, ofrece todo un drama de pasiones, todo un poema de padecimientos y todo un mundo de heroísmo.

La noble dama reanimada estendia sus brazos hácia Riperto. Preséntase Nicolas Flamand.

«De qué caverna sale ese tórdo? esclama el infame bandido; ¡no es pájaro de nues-

tra especie, y se atreve contra nosotros el temerario!.. Camaradas, emplumémosle.

— Es un noble disfrazado.

— Es preciso curtirle la piel.

— Es un espía de la corte.

— Al saco con él y al río!

Y el gentío se adelanta contra Savoisy para hacerle pedazos.

Pero nada intimida al bravo, antes resiste y les rechaza.

Muchos clérigos que no habian tomado parte en la escena veian con admiracion los esfuerzos sobrenaturales de Riperto, pronto se declaran en favor suyo; se interponen en la lucha, y se atropellan mutuamente unos á otros. Aquí entran puñadas y amenazas; todo á la vez es furibundo y bullicioso, mortífero y satírico. Empezaba ya á derramar su sangre, cuando de improviso se suspenden en el aire los aceros, y resuenan numerosos vivas. Ya no mas batallas. De nuevo se presenta Elisa.

La inesperada aparicion de Riperto habia vuelto en sí de su sorpresa al oír la voz de trueno del Conde, y el grito del gefe de los bandidos. Poniendo otra vez en juego su vivacidad y caprichoso ademán para seducir al efecto de vencer, habia acudido precipitadamente. Colócase de nuevo entre la desgracia y el crimen.

« Qué haceis? esclama: á qué tanto furor con un hombre solo? un espía! os engaños: le conozco y respondo de él.

— Quién es pues?

— Mi hermano.

— Vuestro hermano!

— Sí, lo juro, un mismo pecho nos ha alimentado.

Resuenan numerosas aclamaciones:

« Soltadle! soltadle!

— Y la desconocida? pregunta Nicolás Flamand.

— La tomé bajo mi protección, responde con energía la jóven; la asisten derechos sagrados, puesto que es muger. »

Y la bella Elisa, levantando su graciosa frente y mirando á sus apasionados se abre un camino hácia Riperto. El mas feroz de los bandidos, el mismo Nicolás se humilla delante de ella y la obedece, El amor habia domado aquel tigre.

Pasa la beldad junto á Riperto é inclinandose á su oído:

«Alejaos! le dice en voz baja.

—No, les pareceria que huyo: me quedo.»

Y el paladin sigue los pasos de Elisa.

Habia dado fin la asonada. Habiéndose acercado la Verdulera á la Vizcondesa, se apresura á dirigirla algunas palabras de aliento y de esperanza. Quiere examinar sus facciones; pero la noble dama en el momento en que se empeñaba el combate en torno suyo, se cubrió maquinalmente el rostro, segun se acostumbraba en aquellos tiempos, con la mascara de seda negra.

Los brazaletes de la Vizcondesa habian

desaparecido, mas no la atormentaba si quiera la pérdida de sus joyas. Permanecian todavía de pie delante de ella los bandidos: vuélvese hácia ellos la Verdulera, y les habla como dueña.

«Id en busca del carro de Aubriot, y conducidle á la Bastilla. Retiraos que ya es de noche. Esa dama desconocida va á seguirme.»

Dirigese en seguida á los escolares.

«Bravos hijos de la independencia! dejadme sola y libre: hasta mañana. Estamos en vísperas de triunfar: Elisa os da las gracias.»

Y con una sonrisa y un gesto se despede de la ciega muchedumbre, sobre la que manda. Todos se someten y se alejan. Solo Savoisy, olvidado enteramente de la inconstante muchedumbre, ha permanecido junto á Elisa.

De improvisó un nuevo tumulto viene á mudar el aspecto de la escena: resuenan regocijados conciertos de instrumentos

músicos. Salidos del interior de la ciudad se dirigen hácia el palacio de San Pablo. Qué objeto llevan? luego va á saberse.

Los colegiales de San Jaime, embriagados con el triunfo que la universidad habia logrado sobre el gobierno, habian determinado venir á cumplimentar con una especie de escarnio salvaje al Regente y á la corte, al pie de las ventanas mismas de palacio. Con cánticos, con bailes y con músicas se iba á insultar al poder. Esos estudiantes, que no habian asistido á los horrores de sus compinches, corrían ahora á reunirse á ellos junto á la morada regia, saliendo de las tabernas y garitas donde habian preparado sus infernales serenatas. Algunos de ellos llevaban nudosos palos para batirse mutuamente en caso de necesidad. Los demas, como si asistiesen á la fiesta de los locos, disfrazados de faunos, de osos, de sátiros y otras bestias salvajes, ejecutaban danzas grotescas, algunos tocaban varios

instrumentos; pero todos ellos estaban ebrios. Esa tumultuosa comitiva daba vueltas á una y á otra parte blandiendo antorchas. Aumentábase á cada paso; tambien han acudido allá las compañeras de Elisa. Todo este tumulto se agita hácia el palacio de San Pablo. Todo sin embargo va desapareciendo por grados, con sus resplandores y sus horrores: solo el ruido permanece estacionario. Ya no hay batallas ni contiendas; aquello es un torrente de estravagancias. Era preciso variar los espectáculos: y heos ahí al populacho que está bailando.

La calle donde habia acaecido el desastre á la Vizcondesa estaba entonces desierta. Solo se veian dos mugeres y el conde de Savoisy.

«Noble dama, dice la Verdulera, ya nada teneis que temer. Apoyaos en mí, levantaos: es una voz amiga la que os habla.»

El acento de la jóven era dulce, co-

mo esas brisas de la primavera que vienen en pos de las borrascas y levantan de nuevo las flores abatidas.

La vizcondesa de Meaux, sostenida por Elisa, es conducida hasta un banco de piedra que está junto á la pared; se sienta desfallecida, y apoyando su cabeza en sus manos, parece que trata de buscar algun recuerdo. La noche la rodeaba con sus sombras.

Coge Riperto una antorcha que brillaba todavía á sus pies, y se acerca.

«Conde! no os adelanteis, le dice la Verdulera en voz baja; todo la espanta; el ruido y la luz. ¡Ha padecido tanto, pobre muger!»

La maliciosa fisonomía de Elisa habia tomado una gravedad tierna y candorosa. Su mirada estaba fija en Riperto con atencion dolorosa; sus labios semi-abiertos parecé que procuran ocultar una secreta angustia; jamás una sonrisa fugitiva se pareció tanto á una lágrima.

«Caballero, repone con el acento de la queja, ¿luego no teneis nada que decir?.. Sin embargo en otro tiempo me amabais...»

— Ah! y te amo todavía, Elisa, responde con ardor Savoisy; pero no hubiera querido encontrarte en las asonadas. Esto me ha llegado al alma... mas no importa. Te vuelvo á ver y te amo todavía. Vamos, fuera quejas; dame tu mano.

— No, le dice la Verdulera; hay contactos que dañan, hay ilusiones que matan.»

Señalándole á la Vizcondesa, prosigue con tono mas tranquilo.

«No pensemos mas que en ella; su situacion reclama nuestros cuidados; al menos ella puede poner su mano entre las vuestras.»

Y se aparta del Conde para dar alivio á la Vizcondesa.

Vuelta esta en sí, se acababa de quitar la máscara de seda que la sofocaba. El

aíre alivia su pecho. Levántase su cabeza, y la antorcha que está en manos de Savoisy hiere con sus resplandores á una nueva beldad.

«Qué elegancia, y qué gracias! No era esta la belleza viva, ardiente y caprichosa de la Verdulera de rostro encarnado, de negros ojos y labios encendidos: la vizcondesa de Meaux, débil, delicada, aérea, muger y nube, era de cutis blanco y transparente que es mas bien objeto de la poesía y de la pintura que de la vida y de la realidad.

«Ah! sin duda habia sido necesaria toda una raza de altos barones y nobles castellanás para producir esta suave combinacion de nobles rasgos, de perfiles puros, de gracia real y majestad lánguida, que la colocaban entre sus semejantes en una esfera radiante. Sus formas, su mirada y sus modales todo en ella era armonía. Y cuando la sangre ardorosa animaba sus mejillas, parecia entonces

un sér divino pronto á huir de este valle de miserias para volar al cielo. Admirado Riperto la estaba contemplando con éxtasis.

Elisa examina al caballero, y ha podido columbrar su entusiasmo.

«Conde! le dice en voz baja, ¿no es verdad que es muy hermosa?»

¿Esperaba tal vez una respuesta de consuelo? Se habia tornado pálida. Entrañaban tal vez sus palabras una respuesta de vida ó de muerte? Ay de mí! se hubiera podido creerlo; porque aunque su acento era el de la ingenuidad, habia no obstante algo de fúnebre en su última palabra: *no es verdad?*

Siguiese un profundo silencio. Este silencio entre tres corazones que están á la vista, era el principio de una larga serie de tormentos y sacrificios, de desgracias y de cariño: camino penoso de empezar, pero vasta carrera una vez dado el impulso.

El conde ha roto finalmente el silencio.

«Noble dama! os falta un guía: osad confiaros á mí. Mi vestido es solo un disfraz forzoso: soy Riperto de Savoisy.»

Clávale la Vizcondesa una lánguida é inquieta mirada. Ciertamente le es conocido el nombre del paládin. Poco antes la habia admirado el denuedo de que Riperto habia dado pruebas, pero su rostro varonil, aumenta ahora su sorpresa. Ya está tranquila, y renacen sus fuerzas como por encanto con la poderosa égida del Conde.

«Caballero, le responde con una voz tierna y reconocida, bendito sea el cielo que os envia á mi socorro. Acepto vuestros cuidados generosos.»

Levántase, y apoyándose en Savoisy con un abandono lleno de encanto, quiere dar algunos pasos, pero tiemblan todavía sus rodillas. ¿Era tal vez un resto de flaqueza, ó habia mezcladas en ello otras causas?

Esto era un secreto aun para ella misma.

La mano delicada habia cogido el brazo de Riperto; dichoso este, pero turbado, se sentia como á la entrada de un nuevo mundo de sensaciones y de ideas. Nada aprisiona con mas fuerza y presteza como los peligros comunes.

Algunos minutos de sociedad en el seno del dolor unen mas intimamente que muchos años de reunion en el seno de los placeres. Su conversacion es animada; se establece entre ellos un cambio invisible de confianza y simpatia. Se hubiera dicho que desde mucho tiempo se buscaban, y solo entonces habian podido encontrarse.

Vivamente oprimido Riperto, no osaba espresarse ni callar. Esta era la muger á la que acababa de salvar contra todo un populacho desencadenado: le parecia conquista suya. Tal vez era la que le destinaba la Providencia, y aquella á

quien llamaba su pecho. Heos aquí que vuelven para él los primeros transportes de la juventud, las primitivas emociones del amor, que suspenden la razón, sobrecogen y atormentan: suplicio encantador de la edad primera, audaz á la vez, estúpido y sublime.

La Vizcondesa habitaba el palacio de Meaux no muy distante. Encaminase allá el Conde, pero le detiene un sordo gemido. La Verdulera del Chatelet, de pie, con una antorcha en la mano, rodeada de sombras nocturnas, helada como una vision lúgubre, inmóvil y olvidada, los veia partir en silencio. Esperaba de Riperto una señal, una palabra, un adiós: ay de mí! el cruel parecia no verla.

Sin embargo, vuelto en sí al oír á la jóven, la llama. Pero ya era tarde: se habia dado un golpe terrible.

—Vuélvese Riperto.

—Ven, Elisa, síguenos.

—Sí, añade con reconocimiento la

Vizcondesa, os debemos tanto... él y yo!

—¡El y yo!... Como tanta intimidad tan pronto! murmura en voz baja la Verdulera.

En seguida añade con conciso tono.

—No importa. ¿Donde vais?

—Al palacio de Meaux.

—Por aquí podemos llegar allá sin peligro?

Esta pregunta es para Elisa un dardo agudo.

—Sin peligro! segun y como, caballero. ¿De quien deseais guardaros? Hay algunos contra los cuales no podria defenderos.

Estas palabras pronunciadas con voz lúgubre han alarmado á la Vizcondesa. Su mirada encuentra en este momento la apasionada de Elisa, y se estremece. Aprieta el brazo de su guia.

«Estraña muger! Noble Conde, sus ideas y sus palabras me espantan.

La ha oido la Verdulera.

— Noble dama! no temais; solo hay desgracia aqui para mí. Os parezco singular... ah! perdonad, es que hay padecimientos ocultos y misteriosos que desorganizan el espíritu. ¡Quiera el cielo que nunca conozcais esos dolores profundos y solitarios que nada puede consolar! Vuestro mundo, noble dama, existe solo para vos y para los que tienen levantado el brazo contra de mí. Ay! tal vez tuviera piedad de la que condena si sabia que solo se ha echado en el huracan de las pasiones populares para arrancarse á las tempestades silenciosas del corazon. Ayer no me hubierais comprendido: tal vez mañana sí.»

Su voz era plañidera y lenta; lo bajo de sus pensamientos, si bien que sombríos y lamentables, tenia un cierto encanto de amor y de misterio, que agitaba el espíritu de la Vizcondesa, y heria vivamente su imaginacion. Savoisy permanecia silencioso.

Detiénese la Verdulera. Su mano agitaba la antorcha para reanimar sus resplandores. Al mirar su rostro pálido, su ademan inquieto, y su belleza desconsolada, se la hubiera tomado por una sombra fugitiva, sombra encantadora pero desterrada de los cielos.

«Señora! continua, no olvidaréis jamás esta noche, ni él tampoco, y yo así mismo. Me atreveria á asegurar: *él y vos*, durante vuestra existencia me tendréis presente tal como me veis en este momento delante de vosotros, pálida y fúnebre. El sonido de mi voz se hará oír de vosotros, y mis ideas incompletas harán eco en vuestro corazon. Seré para vosotros uno de esos signos melancólicos que á pesar de la voluntad se repiten siempre en el alma. ¡Quiera Dios que la fatalidad que nos ha puesto uno delante de otro, haga tambien que no nos encontremos nunca mas!

Estremécese la Condesa.

— ¿Es una amenaza este lenguaje ?
 — Oh ! no : tranquilizaos; ningun odio me anima contra vos. Sois tan dulce, tan hermosa ! Ah ! no deis mucho peso á las alabanzas ! Tambien me dijeron á mí que habia nacido para encantar, y que todos los corazones se me rendian : mentira. Aquel á quien yo amaba no me ha amado.»

Elisa aprieta el paso á estas palabras.

Llega al palacio de Meaux, al tiempo que salian de él una multitud de criados. Avisados del peligro de su señora, acudian á su socorro con antorchas y picas. La ven, la rodean, y resuenan gritos de júbilo.

«Caballero os doy las gracias, dice la Vizcondesa á Riperto, apartando su brazo. Ya estoy en lugar seguro : ¡qué hubiera sido de mí sin vos !

Interrúmpele vivamente el paladin.

— Decid mas bien sin ella.»

Y señalaba á Elisa.

La dama de honor de la duquesa de Borgoña no ignoraba ya que su libertadora era la famosa Verdulera del Chatelet : Riperto se la habia nombrado. Hace por tanto un esfuerzo y se adelanta hácia ella.

«Entrad, jóven, que es de noche. Tengo una deuda para con vos, y es la del reconocimiento. Mi morada está abierta para vos.

Pero Elisa retrocede. ¡Qué gracioso es su saludo !

«Vuestro palacio no está hecho para mí, responde con los ojos bajos, con sencillez y modestia. Permitid que me retire. Echada durante mi infancia fuera de mi esfera entre dos mundos opuestos, los temo igualmente : no pudiendo pertenecer á uno ni á otro, me encuentro en el aire.»

Estas palabras ahogadas por un suspiro probaban una amarga franqueza y una profundidad candorosa, á lo que se ha

conmovido sobre manera la Vizcondesa.

«¿Como pues, rehusais mi asilo? Elisa, esto me aflige. Os habeis grangeado mi voluntad y deseo daros pruebas...

—No, interrumpe la jóven, no; no podré seguiros. Permitid que no acepte ninguno de vuestros generosos dones, que no me acarrearían bien alguno. Veo que sois bondadosa y sabeis compadecer el infortunio: ¡el cielo os lo premie! solo desearia implorar de vos una gracia en memoria de esta cruel noche: cuando alegre y con el corazon fijo lucirá para vos una verdadera felicidad... si orais, orad por Elisa.

Y desaparece al proferir esas palabras.

—Hasta mañana, caballero, dice la Vizcondesa á Riperto.

Y le ha saludado con una especie de agitacion, y la cita que acaba de dar se desliza de sus labios como una de esas frases de política que se profieren al azar. Riperto seguía de lejos con la vista á Elisa.

Vuélvele de repente en sí el ruido de una puerta cochera que se cierra. Recuerda con admiracion que no ha contestado al saludo de la Vizcondesa. Desea lanzarse hácia ella; pero una idea le detiene. La Verdulera se ha alejado sola y sin apoyo, y es ahora la que se ve amenazada. Hiende los aires y la alcanza.

—¿Caballero, qué me queréis? le pregunta la jóven con una sorpresa ingenua; ya no me necesitais.

—Pero tú puedes tener necesidad de mí, repone el guerrero. ¿Como no cuentas con mi auxilio? no eres la amiga de mi infancia?

—Sí; la amiga perdida en el seno de las grandezas, y encontrada en el seno de las asonadas.

—Perdon! te he injuriado sin razon. Olvida mi culpable error: olvídale!... Siempre te amo.

—Quien! vos? vos me amais? le interrumpe tristemente Elisa; ah! no pro-

faneis esta palabra pronunciándola como por piedad ó por política! Riperto, dejemos un lenguaje engañoso. La buena fe del corazón es un tesoro sagrado que un paladin no debe comprometer.

Y aprieta el paso. Habia vuelto el rostro, porque este hubiera hablado demasiado.

Hace mucho tiempo que no os habia visto, continua despues de una pausa; hablemos de nuestros antiguos recuerdos, hablemos sin amargura y con calma. Las tempestades de la vida habrán sin duda pasado sobre vos sin dejar surcos profundos. No así para mí; las mugeres no pueden como los hombres poner la mano sobre su corazón, ahogarle y exclamar: *Paz!* confieso que no deberia hablaros de tal cosa; no os habeis acercado para oír semejante lenguaje; pero, estoy tan turbada!.. ¿Qué me deciais? ah! ya me acuerdo; condenabais mi presencia entre los sediciosos. Y sin

embargo, esta noche solo me han visto entre ellos para detener el mal y ensayar el bien. En todo caso, libre sobre mi suerte, ¿no tengo derecho de dañarme? Lo teneis acaso vos de imponerme una carrera que no esté á mis alcances? Callais... basta. ¿Recordais tal vez, mi jóven hermano, que hemos partido juntos en el camino de la vida dándonos alegremente la mano? Ay de mí! fué preciso separarnos allí donde se divide el camino... vos tomasteis la derecha, yo la izquierda. Dios os preste sus auxilios, caballero.

Y las lágrimas que bañaban sus mejillas caian á la vez amargas con sus palabras, ambas de fuego. Su voz pura y melodiosa era concisa y terrible.

«Elisa! esclama el guerrero, tú, mi primera amiga! mi hermana! ábreme tu alma sin temor; habla.

—No: no mas confesiones, repone vivamente Elisa; dispensadme de esas

preguntas de fuego y de esas respuestas de hielo. Dad un momento de descanso á mis sentimientos; harto agitados están. Esto destroza y devora, ¡y tengo tanta necesidad de reposo!»

Sus bellos ojos estaban animados por la súplica. Pero, fijos en Riperto, tenían una espresion tan tierna, que alarmada ella misma se ha apresurado á elevarlas al cielo para darles un aspecto religioso: dulce refugio, apoyo tutelar, un amor se cobija bajo de otro; el divino salva al terrestre.

« ¡Qué extraño lenguaje! observa el caballero; apenas te reconozco. Tú, en otro tiempo tan viva y tan alegre!.. habrás padecido mucho! confíesamelo.

— Quien no padece, caballero? Preguntádselo al corazon mas tierno, al primero que se os presente, y si quiere ser franco algun peso tendrá de que aliviarse, alguna dolencia de que sanar, algun dolor de que consolarse. Sabio es aquel que

se aísla: pero es dado á muy pocos poder elevarse encima de la vida para no tocar en esta tierra de perfidias, que aja todo lo que acaricia, y acostumbra herir de muerte!...

Detiénese la jóven, y mudando repentinamente de ideas, procura tomar esa fisonomía maliciosa y móvil que poco antes entusiasmaba al populacho.

« A Dios, caballero, repone. Bajo á reunirme con los míos; subid vos á encontrar á los vuestros. Olvidad la especie de desvario que me ha causado vuestra presencia inesperada. Tal vez soy menos digna de lástima de lo que los dos creemos; puede que con las dos educaciones que he recibido logre mirar con desprecio ambos mundos, abandonándolos uno tras otro sin volver la cabeza, dejando solo un recuerdo en lo pasado. No hagais lo mismo, no: no haya semejanza entre los dos; gozad quanto podáis acá en la tierra. La corte y sus beldades os

llaman, el mundo os ofrece sus tesoros, procurad no perder nada á sus ojos, nada de importancia, ni aun el corazón, si es que el mundo os deja uno.»

Elisa se sonreía, pero sus labios no llevaban impresa la alegría. Una ironía secreta y profunda bajaba sobre su semblante, pero se manifestaba altamente en su ademan. Era uno de aquellos sarcasmos que apenas se traslucen, y cuyo soplo es casi imperceptible. Era una cosa sin nombre, sin autoridad, sin aspecto; y sin embargo se imprimía á la vez en el entendimiento y en el corazón.

Riperto estaba abatido é interiormente agitado. Ya no hablaba Elisa. Admirado de este profundo silencio, se estremece y levanta la cabeza. Oh sorpresa!... Ya no la ve; no se oye ningún ruido, y sin embargo está solo.

Capítulo IV.

Todo está tranquilo en Paris. Aabriot cautivo en la Bastilla, espiaba en ella sus esclarecidas virtudes. Los escolares habian emprendido de nuevo sus estudios acostumbrados. La muchedumbre, variable y poco meditadora, daba un curso menos turbulento á sus ocupaciones. Cada cual se habia restituido á sus negocios, como si la víspera no tuviese relacion alguna con el dia siguiente. Los mercaderes habian vuelto á abrir sus tiendas. Los jornaleros volvian á sus talleres, y se reanimaban los semblantes á los dulces rayos del astro del dia, que alumbraba la ciudad inmensa, arenal de locura y po-

blacion admirable, oro y lodo, eden y escoria, gloria y crimen: Paris.

Un caballero de alta alcurnia, el noble Savoisy entraba en este momento en el palacio del Regente de Francia, donde concurrían numerosos paladines. Hugo de Chatillon, de Dampierre, sale el primero á recibir á Riperto.

«Bien venido, ¿de cuando acá?»

—Desde ayer.

—Y la asonada?...

—La he atravesado entera.

—Por la mañana ó por la tarde?

—Por la noche.

Pronto rodean á Riperto la Vizcondesa de Molun, el caballero de Vallemonde, Godofredo de Collon, Enjerrando de Coucy, el conde de Eu, el jóven Etampes y el caballero de la Tremouille. Todos le dirigen á la vez mil preguntas.

«¿Qué semblante ponía Aubriot?»

—Qué decía Nicolás Flamand?

—No han preparado una hoguera?

—Y los estudiantes y la hez del pueblo! iban todos armados?

—Y borrachos tal vez, no es verdad?

—El incendio, el asesinato y el baile! qué abominable espectáculo!

—Has visto á la bella Verdulera?»

Savoisy no podia contestar, puesto que no le daban tiempo ni para oír. Estos se burlaban de la asonada, y esotros declamaban contra ella. A la vez resonaban en la sala risotadas, y tales estallidos de cólera, que para dominar el ruido hubiera sido indispensable la voz de un trueno.

Abrese la puerta, y resuena un grito:

«Señores! el Regente de Francia!»

Se presenta el Duque de Anjou.

Es de mediana estatura, su ademan es noble, pero un soplo de perfidia estaba impreso en su fisonomía y desechaba toda confianza, su corazón avaro y helado solo sentía impulsos hácia la fortuna. La vida era para él una lucha perpetua donde dominaban los acontecimientos, y no

entraban por nada los principios; lanzado en la arena del mundo como un gladiador en el circo, habia dejado su conciencia en la barrera para correr mas libre al combate. Nadie sabia engañar como él; al salir de sus labios la mentira se ofrecia candorosa como una confesion. Nada llegaba entero á su alma, ni equidad, ni injusticia, ni verdad, ni impostura: todo era ya corrompido. Baja en él la iniquidad, no tenia siquiera á los ojos del vulgo la audacia que la realza. Hubiera podido degradarse hasta el crimen.

«Caballeros, dice, Aubriot está en la Bastilla, donde se ha colocado una guardia de paisanos. Pero, lo creeréis? la hez de Paris que adora la destruccion, tanto mas cuanto que es la única cosa que haya sabido perfectamente crear, ya no piensa mas que en el cautivo. El día de ayer pasó ya, cosas nuevas, cosas nuevas!

—Señor Duque! esclama. Chatillon, será forzoso pasar á la Bastilla? debemos libertar al Preboste.

—No hagamos tal necedad, responde el Regente: tomar partido por Aubriot seria completar su ruina: siempre lo dijimos. Hagamos como que su suerte no nos inspira ningun sentimiento, y creed que los Parisienses nos lo agradecerán. Por lo demas, si he de hablaros francamente me interesa muy poco el Preboste: anciano de corta prevision y antiguo ministro del difunto Rey, es ya hoy día un instrumento usado que no da ningun sonido. A guisa de piadoso apóstol se entretenia en predicar la moral al pueblo: pues bien, ¿cuales han sido los resultados? A fe mia, que vale mas dejar al santo en su nicho.

—Pero esos bailes impertinentes al pie de las ventanas de palacio!... Como nos vengaremos?

—Por la reparticion de un nuevo

impuesto: Paris baila , Paris pagará.

—Y la famosa Elisa ?

—Oh! tocante á esta , me inspira horror , responde indignado el Duque ; ya he tomado mis medidas contra de ella.

—Contra ella! le interrumpe Savoisy.

—Ah! sois vos , Riperto! dice el Príncipe ; ya me habian hablado de vuestra llegada. Os esperaba: seguidme.»

Savoisy, solo con el Duque en el fondo de la regia morada , le presenta un rollo de pergamino del que pendia un sello.

« Príncipe! vuestros votos se han cumplido. La reina de las dos Sicilias, Juana, os ha adoptado por hijo , y os declara su sucesor: estoy saludando al rey de Nápoles.

El Regente toma el rollo , lo lee , y brilla en sus ojos la alegría.

—Rey de Nápoles , repite ; sí , esta corona me pertenece , al fin la tengo , y triunfo.

Pero Juana , repone Savoisy , reclama

el apoyo de la Francia. Roma ha lanzado contra ella sus rayos. Carlos de Durás á quien la Reina habia anteriormente señalado para sucederla , acaba de levantar contra de ella un ejército y quiere invadir sus estados.

—Pues bien! responde el Duque de Anjou ; en persona pasaré á Italia seguido de la flor de los valientes ; desgracia á mis enemigos , Nápoles no tiene nada que temer , mi égida cubre á Juana!

—El papa Urbano protege á Durás.

—Pero tengo en mi favor al papa Clemente (1).

—El mas poderoso de los dos está en Roma: el verdadero Pontifice es Urbano VI.

—Por algun tiempo pudo haber sus dudas en esto ; pero la Francia y yo he-

(1) Fleuri, historia eclesiástica. Es sabido que en la edad media , hubo un Cardenal que se abrogaba los honores de papa.

mos decidido la cuestion. El tabernáculo del Señor no está ya en san Pedro de Roma, sino en Aviñon:

—Sin embargo, el sagrado Colegio.

—Basta: me causan vuestras observaciones.

El Príncipe á clavado en Riperto una de esas altivas miradas del poder supremo, que abrumando al inferior, van á paralizar sus facultades; pero Riperto, frunciendo las cejas, levanta sin temor la cabeza, y mira de frente al Príncipe.

Luis de Anjou repone mas tranquilo:

«Nuestro santo padre Clemente VII lanzará su anatema sobre Duras, bendecirá mi nuevo cetro; todavía mas, me ha prometido que en cuanto me halle en Italia unirá á mis estados de Nápoles muchas provincias de la iglesia, bajo el título de reino Adriático. Hombres, pais, campiñas y ciudades, todo me pertenecerá, Savois; porque la Francia secundaria mis esfuerzos. Tocante al debate

teológico, es cosa muy fútil, pero tened entendido que el sofisma y el hierro lo allanan todo.

—Príncipe! la iglesia tiene sus luces.
—Sí; que desde el principio de la era cristiana pasan de mano en mano, que se estinguen; en vano gritan: *Abrid los ojos*; todos miran y no ven nada.

—He concluido mi misión; permitid que me retire.

—Tan pronto? dice el Regente con tono satírico. Paréceme que estás en disposición de tomar partido en las argucias del cisma. En este caso no veo razon porque condenes la asonada de ayer, porque hay algo sagrado que se mezcla en los delirios sediciosos de la universidad, cosa que merece exámen. Tu urbano VI es el ídolo de la Sorbona. Por lo demas, el órden renacerá, mas que sea solo por efecto del desórden; porque el mayor enemigo de la revolucion son sus mismos excesos. Dejadle que arda! el

mismo se devora, y causa su ruina.

— Príncipe! una pregunta, dice Riperto. Se os hablaba hace poco de la célebre Elisa, y vos contabais...

— Castigarla. Esta mañana he dado la orden, y sin duda habré sido obedecido.

Inmútase el Conde.

— Señor! perdon para ella! Su madre ha sido mi nodriza, y quiero á la pobre Elisa; confieso que es culpable, pero mas lo es su familia... el influjo de su padre....

— Sosiega! le interrumpe el Duque. No he tenido la barbarie de ordenar el suplicio de tu protegida: su sexo tiene derecho á la piedad. Pero mi venganza va encaminada contra su padre, á quien he hecho arrestar por los archeros del condestable. Pablo Morand, el incorregible rebelde, despues de un severo castigo ha debido ser desterrado de Paris.

— Qué castigo se le imponia? dice con voz balbuciente el Conde.

— Trescientos palos.

Riperto da un grito de dolor.

— Trescientos palos! pueden acarrear la muerte; es un espantoso suplicio!... Y donde habrá tenido lugar?

— En Montfaucon.

— Pobre Morand! esclama Savoisy. Elisa!... pobre Elisa!...

Lllaman... Preséntase un chambelan.

— Duque de Anjou! el Rey os llama.

Inclinase el Regente de Francia.

— Paso al momento á recibir sus órdenes.»

Y se vuelve hácia Riperto, que abatido y abismado en profundos pensamientos permanecia mudo.

«Hay esta noche fiesta en la corte, y estás convidado á ella. Será regular que asistas, jóven amigo.

— Es un deber?

— Sin duda que sí.

— Pues iré.

E iba á salir de la sala.

— Un momento! continua el Príncipe deteniéndole del vestido con familiaridad; mis muchos negocios de estado no me han dejado tiempo para pensar en tus intereses personales: justo será que supla el tiempo perdido. Has llenado debidamente tu encargo. ¿Qué deseas por toda recompensa?»

Riperto no conocia la ambicion. Adicto desde mucho tiempo al Regente, le habia servido sin segundas miras y sin intriga. Hubiera querido continuar del mismo modo, pero la muerte de su padre, atribuida á las violencias del Príncipe, le habia consternado. Desde entonces, mas ilustrado acerca del carácter de Luis, así por los rumores públicos como por las palabras de Ambrosio, le espantaba la idea de hincar la rodilla delante de tal señor, y solo deseaba abandonarle. Sentia las primeras impresiones del desprecio: pronto se seguiria el odio.

« No busco grandezas, responde con

frialdad el guerrero. Ah! solo pediria al cielo una vida sin brillo, pero pura; una vida sencilla, pero sin mancha.

— En este caso te quiero monge, dice el Duque con ironia; y ciertamente cuando se temen los estímulos de la carne y los desarreglos del vicio, lo mejor es poner una barrera fuerte entre el cuerpo y el mundo: un monasterio. Créeme, jóven amigo, solo debajo de una muralla de piedras está un poco al abrigo de las pasiones.

— Señor Duque, responde Savoisy, ninguna inclinacion tengo á la vida monástica, y si voy al pie de los altares no será como sacerdote.

— Quieres casarte! comprendo. Sea en buena hora, en este caso necesitamos un rico partido, y me encargo de ello.

— Se agradece, señor; pero mi padre antes de morir me escogió una esposa, y su voluntad es para mí una ley.

— Luego tienes ya futura? donde vive?

— En París.
 — Y se llama?
 — Inés Desmarets.
 — Qué oigo! y os casaréis con ella? dice el Príncipe con tono severo. Pues qué! la hija del famoso Juan!... Pero el Rey le detesta, y á todos nos es odioso. Desmarets, héroe popular, es un faro de sedición. Admite á Culdoé en su casa, patrocina á Nicolas Flamand, odia á la monarquía y ama la república. Este magistrado, elocuente sofista, es el mas peligroso de los hombres de nuevo cuño, porque cree de buena fe en los derechos del pueblo, en la santidad de la revolución y en las quimeras de la libertad. El insensato juega con las llamas, y perecerá en ellas. Riperto! os prohibo toda alianza con él.

— Señor Duque! repone el conde, todavía no he hecho una resolución formal tocante al matrimonio proyectado; pero, si mi corazón en armonia con mi con-

ciencia me prescribe obedecer las órdenes de mi padre, me casaré con Inés.

— Vuestro rey al saber el himeneo solo deberá deciros: *Os lo prohibo.*

— He aquí mi respuesta al Rey: *Mi padre me ha dicho: yo lo mando.*

— Locura!

— Sabiduría!

— Orgullo mas bien!... Salid.



Capítulo v.

PREPARABASE todo en el palacio de San Pablo á disfrutar una velada de placeres. Los oficiales de la casa real, de grande gala, brillaban sobre manera. Una multitud de guardas y escuderos se encontraban á cada paso. Los caballeros de honor llenos de anchos bordados de oro, ocupaban la sala del trono. Los demas magnates ocupaban su lugar correspondiente, mientras toda clase de sirvientes corrían de una en otra parte vestidos de blanco. Los criados de cámara llevaban vestidos azules de un lado y negros del otro; otros los traían mitad oscuros y mitad purpurinos. Todo era riqueza y esplendor en la morada regia.

Brillaban ya millares de velas en las dilatadas galerías del palacio. Los dos principales salones ofrecían un lujo extraordinario, pero nada podia compararse á la magnificencia de la sala llamada de Carlomagno: sus paredes de cien pies de longitud estaban cubiertas de una tela azul llena de lises de oro, de estrellas y hojas de esmeraldas. El tapiz del suelo era animado con varios retratos y hermosas figuras. Los pintados vidrios de esta mansión de prestigios representaban una solemne recepción de caballeros del orden del Nudo. Debajo de un dosel de oro y de púrpura aparecía el trono del Rey.

De todos lados brillaban flores de lis, y habian sido preparados asientos para los príncipes de la sangre, los pares de Francia, los altos dignatarios, y las nobles damas que Carlos VI habia convidado. Resonaba bulliciosa música, se organizaba un baile, brillaba la alegría en

los semblantes, y el aire estaba embalsamado con esencias.

Sombrio y con tristado, atravesaba Savoisy la sala real; al salir de la morada del Duque de Anjou, habia volado en busca de Elisa. Ay de mí! víctima del Regente, la Verdulera habia desaparecido; despues de vanas pesquisas, Riperto solo pudo indagar que acompañaba á su padre cuando los soldados de Luis le llevaban al suplicio. Oh! sin duda la desgraciada estaba oyendo en Montfaucon los penetrantes gritos de Morand. Tal vez lo habia presenciado todo, y cuando se echó de la ciudad al proscripto, sin duda permaneció solitaria á su lado.

Continuamente se presentaba á la imaginacion de Savoisy, hasta entre los encantos de San Pablo, la imagen de la jóven, de rodillas y clamando por gracia, por perdón, á los verdugos de su padre. El corazon de Riperto estaba desgarrado, al modo de un hierro ardiente, las fero-

idades de la mañana habian en él desvanecido las alegrías de la noche.

Varias aclamaciones salidas del fondo de la sala de Carlo magno anuncian la entrada del jóven Rey. Llegado Carlos á la dudosa estacion de la vida en que uno no es hombre ni niño, estaba sufriendo los descensuelos de ambas edades sin gozar de sus placeres. Eran azules sus ojos, castaños sus cabellos, magnificos sus dientes, y elegante su estatura. Su rostro era agradable, pero su frente ceñuda. ¿Era tal vez efecto de un negro presentimiento que atormentaba ya su alma? Así hubiera podido presumirse, porque en su inquieta y varia mirada se notaba una espresion vaga y fatal que admiraba al observador. Obligado á entregarse prematuramente á ocupaciones superiores á su inteligencia, habia desarrollado sobradamente sus facultades morales, y no así sus fuerzas físicas. Una continua abstraccion, interrumpida bruscamente por

rápidas carcajadas, una gravedad que á veces se mudaba en precipitacion y ligereza, las reflexiones de un anciano sobre la frente de un jóven, todo le daba un aspecto singular. Su humor era afable y dulce, pero fantástico y melancólico: reia muchas veces sin motivo, y se estremecia frecuentemente sin causa. De antemano y ya de lejos parecia que el futuro esposo de Isabela de Baviera llevaba impreso el sello del infortunio.

Rodeábanle algunos nobles jóvenes. Uno de ellos, que cautivaba la atencion de las damas de la corte era el paje del caballero de Plucilli. Junto á él se notaba Boucicault, que debia immortalizarse un dia en gloriosos hechos de armas. La muchedumbre deseaba acercarse al Monarca: veíanse allí todos los nombres célebres de Francia.

Carlos VI percibe á Riperto. Hijo éste de un favorito del difunto Rey, habia muchas veces entrado en los juegos del

Delfin, si bien que de mas edad que él. Los primeros afectos de la infancia no se borran fácilmente. Carlos VI se interesaba vivamente por sus compañeros, y Riperto era bien quisto en la corte.

«Acércate, dice el jóven Monarca con bondadoso acento; te volvemos á ver con alegría: tu ausencia ha sido muy larga.»

Estas palabras animaban seguramente. El discípulo de Ambrosio se inclina, é iba á salir de sus labios una respuesta respetuosa, cuando el duque de Anjou toma la palabra.

«¿Porqué pues, Riperto, nos has ocultado esta mañana los altos hechos de tus aventuras nocturnas?.. Seguramente nos hubieran gustado, pues no hay nada mas notable. Un populacho desenfrenado, una noble dama entregada sin defensa á la brutalidad mas vil: en seguida como por milagro un guerrero vestido de clérigo, un libertador con espada en mano, un héroe, un dios... Savoisy!»

Al través de esa exageracion de alabanzas se columbraba cierta malicia que en vez de arrancar elogios provocaba solo los sarcasmos. Riperto, aunque zaherido en lo mas vivo, permanece frio y silencioso. La espresion de su labio es desdeñosa; no contesta ni se sonrie. El Príncipe regente continua:

«Que dicha! salvar á la vizcondesa de Meaux, la mas célebre de nuestras beldades, el orgullo de nuestros palacios, nuestra divinidad, admirada de todos, é idolatrada!... Feliz el caballero de Savoisy!»

Torna pálido de cólera el rostro del Conde, pero ningun movimiento de indignacion deja entrever sus secretos sentimientos. Según voz pública, amaba el Duque á la vizcondesa de Meaux; acércase al caballero, tócale ligeramente la espalda, y añade con tono familiar:

«Cuenta sin embargo con ésto, Riperto! la Vizcondesa ya no es libre. Si no ha

entregado su corazon, al menos ha ofrecido su mano.»

Pero el Rey se muestra ceñudo. Las maliciosas palabras de Luis que atacaban altamente al jóven, le han disgustado sobremanera.

«Savoisy! dice el noble Príncipe, tu conducta ha sido la de un valiente, y sabemos apreciarla en lo justo. Aquí está la bella Vizcondesa; ve á presentarla tus homenajes.

— Junto á ella está su futuro esposo, repone el duque de Anjou con tono sardónico; y cierto que el conde de Trie-Chateau es uno de nuestros mas esclarecidos valientes. Algo puede decir de ello el prado de Clercs. (1)

Savoisy levanta la cabeza, y se vuelve hácia el Regente.

— Señor nada me detiene para ponerme á los pies de la Vizcondesa. El Rey me

(1) Sitio donde eran frecuentes los duelos.

obligaba á hacerlo, y vos me decidís.

Eloina de Meaux, dama de la duquesa de Borgoña, habia sido casada á sus quince años por atenciones de familia con un anciano achacoso. Restituida al convento así que salia del altar, no habia vuelto á ver á su marido. El vizconde de Meaux habia muerto pocos días despues de la ceremonia nupcial; y viuda Eloina sin haber sido en realidad casada, habia entrado en el mundo tres años despues con el título de dama de honor, con una inmensa fortuna y con el título de vizcondesa.

Recibe á su libertador con la sonrisa del placer y del reconocimiento. Oh! pálida y exánime la víspera, era sin duda muy bella; pero las tinieblas y el miedo echaban sobre su rostro un velo fúnebre. Qué completo cambio ahora! Ya no mas dolores y espanto. El radiante brillo de las luces reflejaba en su semblante, y al rededor de su frente se notaba una au-

réola de felicidad. Las flores y las piedras preciosas eran para ella un adorno sencillo y á la vez lujoso que la daban una expresión semi-ideal. Sus encantos dominaban con todo su esplendor.

Acostumbrada Eloina á las adoraciones, se entregaba demasiado tal vez á sus prestigios. Idólatra del mundo, reinaba en él. Como hubiera podido Riperto resistir á la hechicera que le dirige la palabra con preferencia en medio de un círculo de rivales! Su lánguida mirada parecia alentar sus homenajes. Qué turbacion agitaba á Savoisy! Entregábase ya á todos los encantos de la velada con todo el abandono de la juventud y de la inesperienza. Elisa, su padre, el duque de Anjou, Trie-Chateau, e Inés Desmarests, todo era olvidado. Sentándose ora al lado de Eloina, ora guiándola á la danza, escuchaba su dulce voz, y mezclaba con ella tiernos suspiros. Luego sus homenajes habian sido bien recibidos!

Oh! todo eran prestigios y maravillas en tornosuyo... Gozaba y se encantaba como si por la primera vez sintiese en sí una alma y sentidos. Un mundo nuevo, desconocido é inmenso se abría delante de él: toda la creación era risueña para su pecho. El vaporoso ensueño de una noche de placeres de música y baile, esos roces de flores y de armiños, esas luces y atmósfera de perfumes, de voluptuosidad, y de amor, esas medias palabras que son el lenguaje del alma y que pronunciadas al azar son acogidas con entusiasmo, esos contactos eléctricos, esos temores de haber hablado demasiado mezclados al pesar de no haber dicho bastante: oh! qué magia! qué delirio! eran sobradas enociones para el momento. La felicidad pasaba sus límites y amenazaba llegar al infortunio. El baile se abría á dar la hora de la media noche. Se abre una nueva galería: se habían colocado en ella mesas con vinos y majjares

esquisitos, con platos, pasteles y dulces de toda especie, miel cristalizada, frutos, licores, conservas, y panes de azúcar de Rodas.

Los convidados dejan el salon del baile y se precipitan con transporte hácia la galería de los banquetes. Riperto guiaba los pasos de Eloina. En la turbacion ocasionada por el movimiento general, qué tiernas miradas! qué tímidos atrevimientos! Las palabras de Savoisy, cortadas, breves y confusas, casi no tenían sentido. O delicias de una pasión en sus asomos! primeros ensayos de un amor niño que juguetea con la turbacion, y hace de los suspiros confesiones!.... Eloina y Riperto, muy agenos del espectáculo que les rodeaba, porque ella Eloina también empezaba á amar, y Riperto en medio de un mundo festivo veían otro mundo para ellos solos, otra fiesta, otro espectáculo á parte: una alma para entrambos.

El conde de Trie-Chateau, señor feudal con infulas de soberanía, de frente varonil y alto talle, se acerca en este momento á Savoisy. Su rostro surcado, sus bruscos movimientos y feroz ademan, aterran á la Vizcondesa.

Se acerca, y habla en voz baja.

«Ignorais acaso, caballero, que hay homenajes temerarios?»

La respuesta es en el mismo tono.

«Ignorais acaso, caballero, que hay observaciones ridículas?»

El ruido, la muchedumbre y la música impiden oír á los rivales. El caballero de Trie continúa:

— Mis consejos...

— Quien los pide?

— Mis derechos...

— Pueden admitir contestacion.

Trie-Chateau no se contiene: su voz es ahogada por la rabia.

— Os prohibo amar á esta muger.

— Os desafio á que lo impidais.

Eloina no ha podido oír estas palabras lacónicas tan rápidamente pronunciadas; pero, su instinto de muger y de amante ha presentido alguna desgracia. Coge del brazo á Riperto, y conduciéndole por entre la muchedumbre hácia la galería del banquete, separa á los dos rivales.

Pero en la precipitacion con que iba á alejarse, un lazo de cintas de color de rosa y verde, colores que habia adoptado, se desprende de su vestido: una mano lo recoge; es la de Savoisy.

«Noble dama, dice el guerrero, en memoria de la última noche concededme este lazo; será para mí un título de gloria y un talisman de felicidad; si no fuese por los que nos observan os lo pediría de rodillas.»

Agitada Eloina, trémula, y atormentada por la idea de que acababa de tener lugar ó podia tenerle una provocacion entre los dos rivales, capaz de serias con-

secuencias, responde sin reflexion.

«Esta cinta! sí, conservadla: pero no permanezcais en el banquete; si en algo apreciáis mi sosiego, dejad la reunion, lo exijo.»

Qué animado es el lenguaje del acento! Riperto ha comprendido por él la turbacion de la Vizcondesa: ha oido mas que sus palabras, puesto que ha penetrado el sentimiento que las dictaba, y su corazon late de orgullo y de alegría.

«Quiero conducirlos á la mesa, responde con tono afectuoso; despues saldré. Oh! cuanto necesito ahora las solemnidades de la corte! Aquí en el fondo del corazon tengo una para mi solo. Un instante, y parto.»

Despues de su conversacion con Trié no aparecia en el rostro del paladin ningun viso de indignacion; su hermosa frente estaba serena, y la Vizcondesa parecia mas tranquila. Un grupo de varones y grandes dignatarios obstruía

el paso: pronto se presenta el Rey con sus tíos.

«Ah! ah! dice el Regente á Riperto con el tono malicioso que le era habitual; caballero de la Vizcondesa! olvidáis á Inés Desmaretz?»

— Inés! interrumpe el Monarca.

— Si, su futura, responde el Duque cargando el acento. A la verdad tiene pocos encantos, pero el amor le pintan vendado, y el caballero de Savoisy, despreciando esta mañana mis observaciones, me ha dirigido estas palabras solemnes: *Me casaré con Inés Desmaretz*. Es cosa singular, mas no por eso menos cierta.

— Riperto, será esto una chanza! repone el Rey descontento.

El tio de Cárlos VI gozaba deliciosamente de la posicion en que habia colocado al jóven. Vengábase libremente de la audacia con que le habia resistido el mismo dia. Habia notado ya con zelos y furor sus ventajas junto á Eloina: despues de

haber herido al padre, su venganza amenazaba al hijo. Ay de mí! el leal caballero, incapaz de proferir una mentira y temiendo comprometer á los ojos del público á Inés Desmarets, titubeaba en dar una respuesta; guardaba un profundo silencio y la Vizcondesa estaba allí.

— Habla pues, Riperto! dice el Rey. Amas tal vez á esa Inés Desmarets?

— Señor! responde Savoisy con tono decidido, hasta hoy dia ninguna muger me ha permitido dirigirle estas palabras *os amo*; y vuelto ayer de Italia, todavia tenia el corazon libre.

Habiéndose desasido la vizcondesa de Meaux del brazo de Riperto, permanecia como clavada á su lado.

— Libre ó no, añade el Regente, tu corazon toma estraños arranques. Qué aventuras vas á arrostrar de frente! Ya se ve, con tales éxitos. lo que es amar *siempre*; casarse *nunca*. Vaya una fortuna decidida! aquí una paisana, mas allá una

noble dama... de una parte Inés, y de la otra Elisa.

— Elisa! esclama el Rey.

— Sí, la Verdulera del Chatelet, la heroina de las asonadas, repone Luis de Anjou; esta por lo menos es hechicera. Savoisy la llama *mi hermana*; y esta hermana, sino nos engañan ciertos rumores, se muere en secreto desde el fondo de las tabernas de amor por su hermano.

— Señor! interrumpe Riperto levantando una frente tranquila, pensad que no puedo defenderme. Señor, el respeto me encadena; si mi indignacion enmudece, no comprendéis la causa! Es que sin arma alguna contra vos, tengo delante de mí al *Tío del Rey*.

Eloina ya no escuchaba: al nombre de Elisa, al recuerdo de la Verdulera y de su lenguaje inesplicable, se apodera de ella un frio mortal: estaba explicado un enigma. Vuélvese lánguidamente hácia un escudero.

— Donde está madama de Borgoña ¿podréis conducirme hasta ella?

— Con mucho gusto.

Atraviesan la muchedumbre, y se alejan.

El Rey, con gesto de soberanía, aparta bruscamente á Riperto. El noble caballero se retira, porque conoce que ha disgustado al Príncipe, aglomerando faltas sobre faltas. Todo le ha sido hostil y fatal; ningun amigo viene á dirigirle el menor consuelo. Todos le evitan, y se vé aislado.

Aun está entre sus manos la cinta de la Vizcondesa. Alguien se acerca y lo nota; es un gefe de áspero lenguaje. Ambos se encontraban á cierta distancia del gentío.

«Ved aquí unos colores bien bonitos.

Riperto ve delante de él al conde de Trie-Chateau.

— Colores de esperanza y de amor, responde con tono seco y frio.

— Esperais?

— Porqué no?

— Os ama?

— Porqué no?

— Osaréis llevar esta cinta?

— Preguntarme de esta suerte, es colocármela en el pecho. Vedla ahí!

— No envejecerá allí.

— Desgraciado quien la toque!

— Salgamos!

— Cabalmente lo habia prometido,

— A quién?

— A la Vizcondesa de Meaux.

— Su objeto?

— No pregunté tanto.

— Impostor!

— Insolente!

— Partamos.

— Las armas?

— Espada y daga.

— El sitio?

— El prado de Clercs.

Capítulo VI.

MIENTRAS que la brisa nocturna llevaba á lo lejos el ruido de la fiesta real, una góndola rápida y ligera subía el Sena hacia la torre de Nesle, cubrían la ciudad densas tinieblas, y el reloj de la catedral daba las dos de la madrugada.

En el barco venían seis hombres, hablando en voz baja. Uno de entre ellos parecía ejercer supremacía sobre los demás; su palabra era áspera: es Nicolás Flamand, el hombre de las sediciones. A su lado estaba sentado Culdoé, preboste de los mercaderes.

«Sí, lo sé de buena tinta, decía Flamand, el tabernero del Chatelet ha

muerto hace poco en brazos de su hija.

— Donde?

— En un foso, junto al camino que conduce á Ruan.

— Como pues! sin socorro? sin asilo?

— Abandonado del cielo y de los hombres, encontrándose durante la noche en un bosque salvaje, ensangrentadas aun sus llagas, y mutilado el cuerpo, no viendo á su lado mas que á Elisa...

— Infamia! esclama Culdoé; y bailan aun en el palacio de San Pablo?

— Oh! dice, Nicolás Flamand, esos hombres dorados que desde allí se burlan de nosotros, alcanzarán tantas victorias sobre el pueblo, que al fin este de caída en caída subirá á arrojarlos á la calle. Compañeros! la venganza se acerca.

— Qué ha sido de la Verdulera?

— Está entre los suyos en Ruan. Su padre era de raza normanda.

— El Regente ha jurado su pérdida.

— Nosotros juramos la del Regente.

— Sí, sí, esclaman sus camaradas: muera el traidor! muera el Regente!

— Su corazón es de seda, y el nuestro es de acero. Podrá la seda contra la espada?

— Nicolás! dice Juan Culdoé, el hombre vil que nos gobierna ha tomado recientemente una nueva barragana: ¿sabéis quien?... la hija del judío Isaac. Todas las noches pasa á su morada, y dicen que para mayor secreto el Duque disfrazado va con barba postiza.

— Impío, vestido de armiño! añade un barbero; de allí pasará sin duda á los altares, y besará de rodillas las reliquias. Por el judío errante del Calvario! marchemos contra él sin descanso; marchemos con los zapatos herrados y las piernas desnudas hasta que hollemos con nuestros pies su rostro.

— Silencio! interrumpe un marinero: oís algún ruido?

— Ya sé lo que es, camarada: un hom-

bre se ha suicidado junto á este sitio la última semana, y de tiempo en tiempo noche y día azotan su cadáver (1).

— Que no sea el del Regente!

— Pobre Morand! dice Culdoé, cuando recibió en Monfaucon trescientos palos no era ciertamente un cadáver á quien azotaban. Cuanto habrá debido sufrir!

— Y su hija!

— Tal vez mas que él.

— De este modo vengará su muerte, repone Nicolás Flamand; los Ruanenses armados hasta los dientes están prontos á romper sus cadenas; solo esperan la señal, y Elisa la dará.

— Qué rey escogerán?

— Ninguno.

— Pues qué no pondrán á nadie en su lugar?

— Muy al contrario, pondrán á todos.

(1) Singular costumbre de la época.

— Mucho será. Y podrán entenderse?

— Procuremos destruir primero, y luego veremos lo que sucederá.

— Algun peligro veo en ello; observa un pescador.

— Tienes miedo? responde Nicolás con tono fiero; ah! miserable pesecillo! en este caso perteneces tú á esa cobarde especie que prefiere ganar el oro tendiendo la mano, antes que buscar la gloria arriesgando la cabeza. Esclavo! si así piensas, sal de nuestras filas: solo quiero hombres.

— Mirad!.. dice otro, hácia aquel lado veo linternas suspendidas de los árboles. Seguramente es un combate nocturno.

Y es que la ley prohíbe los duelos: preciso es esconderse para matarse.

— Se ven desde aquí los campeones?

— No, que la niebla los oculta.

— Chito!.. oigo las espadas que se cruzan; son caballeros, son nobles, noso-

tros solo usamos palos; oid el crujido de las armas.

— Sí, sí, no hay duda, es un duelo. Qué negra está la noche! donde estamos?

— Frente del prado de Cleres.

— Si fuese una emboscada?... un asesinato?

— No: es un combate de muerte: este es el sitio donde se acostumbran matar.

— Silencio!.. oís que grito?

— Alguien ha muerto.

— Amigo! no seria bueno desembarcar? tal vez salvaríamos á un hombre.

— Y á un bravo.

— Corramos! á ello pues!

— Corramos!

La góndola toca en la orilla; Nicolas Flamand y los suyos se dirigen hácia las linternas: oyéanse gemidos plañideros: llegan al teatro del combate: sus pies están pisando sangre.

Dos cuerpos están tendidos sobre el suelo, atravesados ambos de parte á par-

te; la lucha ha debido ser encarnizada, porque están rotas las espadas, y la daga las ha reemplazado. Era preciso que muriese alguien: ahí está la muerte.

«Este, dice Juan Culdoé no da señal de vida: era un robusto guerrero; inútil vigor!.. ya no existe.

—Tocante á esotro, dice Flamand, creo que respira todavía.

—Procuremos curar sus heridas.

—Llevémosle.

—Donde lo colocaremos?

—En el fondo de la barca hay lugar.

—Qué harémos de él despues?

—Verémos; ante todo salvémosle.

—Salvémosle.»

Trasladan al momento al guerrero moribundo, y prosiguiendo su carrera nocturna, va subiendo el rio el barquichuelo.

Capítulo VII.

En el fondo de un vasto y sombrío palacio, en una cámara algo oscura, y detrás de densas cortinas, el gallardo conde de Savoisy gemia en el lecho del dolor. Donde lo habian trasportado? en casa del abogado Desmarets.

Juan Culdoé, preboste de los mercados, habiendo examinado atentamente al herido habia reconocido á Savoisy. Admitido en casa del primer magistrado de Paris, habia visto á Riperto antes de su viaje á Nápoles, y aun habia oido hablar confusamente de una proyectada alianza entre él é Inés; de consiguiente, la casa de Desmarets era á su parecer la

que mas convenia al caballero Riperto, sin conocimiento, no podia espresar sus deseos ni su voluntad. Lleváronle allá; fué llamado al instante uno de los mas famosos médicos; ningun medio perdonó Desmaretts para salvar sus dias; y junto á la cama de su discípulo, Ambrosio oraba noche y dia.

Ah! siu duda los socorros del arte, y solícito cuidado de un segundo padre habian contribuido poderosamente á mejorar á Riperto pero, sus esfuerzos habrian sido insuficientes tal vez sin la ayuda de otro móvil poderoso... junto al jóven estaba Inés Desmaretts.

¡ Cuantos dolores atormentaron su alma durante los accesos del delirio del desgraciado herido! Desde muchos años la pobre Inés amaba á Savoisy.

Riperto, colocado entre la vida y la muerte, ignoraba todavía donde se encontraba: á nadie habia conocido. Su delirio era continuo: y en su deplorable

estado, las pocas palabras que salian de sus labios rompian el corazon de la jóven.

«Eloina! ven... yo te llamo... Y tu cinta!... aquí está... sálvame.»

Despues llamaba á Trie-Chateau.
«Colores de esperanza!... Señor... porque no?... Salgamos!... espada!... muerte.»

Inés escuchaba con dolor estas palabras sin sentido. Otras no hubieran sacado nada en claro, pero ella lo columbró todo.

Con frecuencia habia visto á Riperto antes de su partida para Italia. Una vaga esperanza de matrimonio se habia ofrecido á su pensamiento, como un sueño de felicidad y de alegría. Entonces se entreveia en ella una beldad naciente, y el que poseia su corazon la habia mirado frecuentemente con dulce y tierno interés. Oh dolor! poco despues una enfermedad funesta habia robado á su rostro los claveles de la juventud, y á sus fac-

ciones los encantos de la belleza. Inés, descolorida y enfermiza, solo habia conservado la espresion de su rostro; la elegancia de su talle, lo rubio de sus cabellos, y la blancura de su cutis. Sus manos eran delicadas, sus dientes admirables... pero... habia perdido la flor su lustre.

Graciosa y melancólica se adelantaba en la vida con la triste persuasion de que desgraciada por naturaleza, y condenada por lo mismo á un eterno aislamiento de corazon, jamás seria amada. Exagerando la desgracia su falta de atractivos, habia renunciado á Riperto. Ya no mas matrimonio para ella. Pobre niña!.. buena y resignada, sin salud ni placeres, llegaba apenas á sus diez y siete años, pasaba como errante sombra al través de las alegrías de la tierra, sin suspiros, sin quejas ni murmullos. La tierna jóven miraba; mas luego volvia silenciosa la cabeza, y seguia su camino. Era una alma

pura y serena, á la que Dios por una serie de pruebas queria hacer penar acá en la tierra antes de hacer de ella un ángel en los cielos. Ah! cuando de rodillas, juntas sus manos, y vestida de blanco, clavaba sus ojos en la bóveda inmortal, era tan pura de humanos deslices, tan bella de esperanzas divinas, que se hubiera podido esclamar: *¿Espíritu celestial, donde están tus alas?*

Riperto habia notado vagamente los afectuosos cuidados de la que velaba por sus dias. Observó como curaban sus heridas, y aun como por instinto, la dirigió algunas palabras de reconocimiento. En punto á bebidas, no queria tomarlas mas que de su mano, y solo obedecia su voz. Quién era, pues, la jóven?.. no lo habia preguntado. Conocia sus facciones?.. aun no.

Al fin su razon despierta; cierta mañana, sentado en su cama, ve á su lado á un sacerdote.

« Ambrosio !.. esclama , padre mio !..
— Sí , querido hijo , yo soy , dice el
abad : gracias á Dios , ya estás salvado.
Ah !.. he orado mucho...

— Ella tambien.
— Ella !.. de quien hablas ?
— De la que me cuida.
— Sabes quien es ?
— No , padre.
— Sabes donde estás ?
— Tampoco.

— Pues bien , Riperto , no mas preguntas. Sosiego ante todo : hasta mañana. »

El abad de Champeaux , detenido por deberes religiosos en el convento de San Victor no pudo salir al dia siguiente. Desmaretts estaba ausente , y Riperto solo tenia á su lado á Inés. La mira y la dirige la palabra.

« Mucho os debo ! cuantas penas os he causado !.. Ya que me permiten hablar , séame licito hacer una pregunta. Donde estoy ?

— En casa de Desmaretts. »

El corazon de la jóven palpitaba con violencia. Habia llegado el momento crítico en que Riperto , como vuelto en sí de su letargo , iba á coordinar sus ideas. Toma Inés un semblante resignado y recogido , temblando de que su lenguaje no sea demasiado espresivo. El fuego sagrado del amor , ardorosa poesia del alma , debe quedar como profundo secreto en su corazon.

Inés , bajando los ojos , no esperaba ningun soplo de dicha. Acostumbrada á sacrificios y á la abnegacion de sí misma , amaba como se acostumbra amar en la soledad y en la primavera de la vida , es decir , con un corazon que todo lo exagera. Era tímida su sonrisa , y lenta su mirada. Su lánguida fisonomia ofrecia un compuesto dulce y puro de amor , de oracion y de fe. Era una rosa descolorida y doblada sobre sus hojas ; pero todavia era flor y la quedaban perfumes.

Riperto recoge sus ideas.

«Y vos, á quien debo la vida, repone con voz agitada; vos que velada siempre ocultais vuestro rostro, quien sois?»

—Inés Desmaretz.

—Inés! repite Savoisy con emocion estrema. Ah! lo habia presentado. Inés! descorred estas cortinas; luz! luz!»

La jóven obedece. A los primeros transportes del enfermo, un rayo de esperanza y de dulce ilusion habia pasado rápidamente ante sus ojos. Instante terrible y decisivo! échase atrás el velo, y está alumbrada la cámara.

Inés casi desfallecida vese de pie junto al herido. Savoisy se la figuraba tal como la había visto á sus quince años, como de beldad y de gracias. La mira... y se estremece. Pobre Inés! bastante habia dicho para ella.

Ya no mas incertidumbre. Ha podido leer una penosa admiracion en el rostro de Riperto; no ha encontrado á la Inés

de otro tiempo: tal vez está acordándose de Eloina. La desgraciada dice en voz baja: *Me compara... soy perdida.*

Ya ha tomado su partido: la resignacion es para ella un deber. Su ademan, tan turbado poco antes, recobra enteramente su serenidad. La duda era un suplicio; la decision es un reposo. Se hubiera dicho que con una especie de resignacion volvía á atrincherarse en sus desgracias y abnegacion completa, al modo que uno vuelve á su pais natal, á su morada primitiva, y á sus antiguas costumbres.

«Seguramente no me hubierais reconocido! dice con acento conmovido, pero sin señal de queja.

—Lo confieso, murmura Riperto; mi larga ausencia... mi vista débil...

—Y la mudanza de mis facciones, añade Inés con dulzura. No creais que me hago ilusion; todo lo he perdido, juventud y belleza, esto sin remedio. Cúm-

plase en todo la voluntad de Dios.»

Esta cándida sencillez, tanta modestia y sumision perfecta, han llenado de admiracion á Riperto. Habia levantado Inés sus ojos al cielo, y la contemplaba el jóven con religiosa sorpresa, pareciéndole en este momento una elegida de las santas moradas en comunicacion con Dios. Iba á salir, mas él la detiene.

«Inés! no os alejeis: quedaos: ¿sin vuestros cuidados hubiera vuelto yo á la vida? Ay de mí! Yo soy quien he turbado vuestra existencia con mis desgracias, echando sobre vuestras facciones un velo de cansancio y de dolor que altera sus encantos. Vuelvo á encontraros con transporte, no como antes sino mucho mejor. Oh! es la verdad que os hablo. Inés! ya no mas pesares dolorosos: con una alma como la vuestra todo es juventud y belleza. Inés! nada habeis perdido.»

— Riperto! responde la jóven; me alucinariais, y fuera bastante desgracia.

Solo he plantado por unos momentos, y en la sombra, mi tienda sobre la tierra: ah! dejad que pase tranquilo este dia, ó mas bien esta noche. Siempre ha sido para mí la muerte una esperanza. No me preguntéis porque. Hay heridas que se empeoran enseñándolas; el aire las envenena y el contacto las irrita. Feliz quien pasa sin ser visto por los campos de la vida! sobrado me habrán visto en ellos.»

Algo amargas hubieran sido estas palabras si no las hubiese acompañado una espresion suave. Riperto ha comprendido que en el fondo de aquel corazon tan tierno y generoso existia un dolor secreto, fijo é inconsolable. Enmudece: Inés ha salido.



Capítulo VIII.

RIPERTO ha recobrado sus fuerzas, y puede espresar su reconocimiento al antiguo amigo de su padre. El abogado general Desmaret, dichoso de poder cuidarle como á un hijo, toma la precaucion de alejar de sus ojos y de su pensamiento todo penoso recuerdo é imágen de agitacion. No sale de sus labios la menor palabra que recuerde el proyecto de enlace entre las dos familias. Las mas delicadas atenciones alivian al convaleciente, y principia una dulce intimidad entre el guerrero y el magistrado. Sola, entretanto, Inés lloraba.

Era tan triste su situacion! Sin asomos

de ambicion, solo deseaba los goces de una vida doméstica, y esto le era negado. Su padre, ocupado en el desempeño de sus deberes, se entregaba al mundo, é Inés no tenia madre. Así es que á falta de distracciones positivas buscaba otras imaginarias. Los rayos del sol la encontraban en los campos, abismada en pensamientos que eran todo su encanto y dulzura. La noche tenia para su alma melancólica un lenguaje de misterios y de fantasmas que á su modo se explicaban, segun eran sus temores ó esperanzas. Inés estaba sola... siempre sola.

Mientras peligró la vida de Savoisy, se habia guardado el abad de Champeaux de dirigirle la menor queja acerca del duelo. Pero el herido está restablecido ya, y deja el lecho del dolor: Ambrosio tiene pues derecho á hablarle.

«Hijo mio! es preciso manifestároslo: vuestro duelo ha tenido consecuencias. Hasta ahora os lo habian ocultado para

no agravar vuestros males. Trie-Chateau ha muerto.

— Ha muerto!

— Y á vuestros golpes, la noche del combate.»

Torna pálido Riperto; el abad de Champeaux continua:

« Junto á la punta de vuestra espada; hijo mio, habia una alma, y alma inmortal; sin embargo, la habeis arrancado del cuerpo para enviarla perdida y sin socorro delante del Dueño de los cielos, al pie del tribunal sapremo!.. Tal vez la muerte ha sido doble; para vos es igual el crimen. ¿Y quién os abrió el abismo? la coquetería de una muger.... algunas palabras imprudentes. Por esas vanas miserias, heos aquí inmolado para siempre uno de vuestros semejantes, y perdido de cuerpo y alma para este mundo y el otro!.. ¿Pensaste en ello, hijo mio? »

Un frio mortal recorre las venas del caballero, y se pinta el dolor y el arre-

pentimiento en su demudado semblante.

« Te arrepientes, prosigue Ambrosio; tu falta puede espiarse, mas no sin castigos: los has merecido, y deben pesar sobre ti. Riperto, no imites á la juventud actual que divide su vida en dos secciones, una para la sabiduría y la piedad, y otra para el desórden y la locura. Pasando de este modo de la luz á las tinieblas, y de la oracion á las orgías, mezcla el bien y el mal, atraviesa el cielo y el infierno: « cuando se acabe el placer, dice, habrá lugar de arrepentirse. » De este modo el último refugio, los remordimientos de fatal origen le parecen un puerto de salvacion. Pero... ¿ es segura para él la hora del arrepentimiento? De qué le servirán los remordimientos?... No son mas que la obscura y empañada corona de una soberania; corona que se lleva con frente abatida, porque su peso es fatal.

— Padre mio!

— Carlos VI, continúa el sacerdote, quería vengar la muerte de Trie-Chateau; pero sabiendo que te encontrabas á la orilla del sepulcro, ha suspendido su furor. Sin embargo, todavía no está obtenido tu perdón y te amenaza un decreto de destierro.

— Me someteré sin murmurar.

— No para aquí, repone el Abad; aquella cuyo nombre se encuentra fatalmente mezclado á tus escandalosas proezas, la vizcondesa de Meaux ha dejado París y la corte. Habiendo perecido por tu mano su futuro esposo, ha partido con el alma traspasada...

— Hacia donde?

— A Ruan?

— En busca de un retiro?

— No lo creo, Riperto: no le conviene el retiro: una chusma de adoradores la rodearán en Ruan como en París. Posee allí vastos dominios, y ejerce mucho influjo; por otra parte, el príncipe Regen-

te, que dicen está apasionado por ella, la ha aconsejado un viaje en sus altas miras políticas. La presencia de la Vizcondesa en Ruan puede ser muy útil en las actuales circunstancias. La capital de Normandía está dispuesta á dar un sacudimiento.... engéndrase allí una revolución.

— Ambrosio!... qué peligro para ella!

— Todos la idolatran en Ruan, y el pueblo es su esclavo.

— Y creéis vos en el amor del pueblo?

— No; pero sí en el poder de las riquezas, en el influjo de los grandes, y en el prestigio de la beldad.

— Otras son mis ideas, padre mio; solo creo en la sed del desorden, en la pasión del pillaje, en el amor de los destrozos.

— Tus ideas no escluyen las mias; Dios lo decidirá con el tiempo. El rey reúne sus ejércitos; marchará si conviene á la cabeza de los suyos contra toda ciudad rebelde: si se obtiene tú perdón, si

no recaer sobre ti ningún decreto de destierro, te reunirás á sus valientes.

— Con transporte.... con felicidad.

— Tocante al himeneo prescrito por tu padre, estás resuelto?

— Todavía no.

— Porqué?

— Vos os opusisteis, lo que es para mí un obstáculo.

— Riperto!... quieres seguir mis consejos?

— Sin titubear; qué debo hacer?

— Casarte con Inés Desmarests.

— Qué oigo!... En la abadía, no pensabais así hace poco: no era esta vuestra opinión.

— Las circunstancias han mudado.

— Explicaos!... no puedo comprenderos.

— Pregúntalo á tu conciencia: ya no eres libre de disponer de tu suerte.

— Lo sé... el mandato paternal...

— Era en otro tiempo un secreto; mas

ahora no lo es. ¿Qué le dijiste al Regente de Francia? « *Me casaré con Inés Desmarests: mi padre me lo ha mandado.* » Estas palabras, pronunciadas con energía y repetidas por cien voces, han adquirido fuerza de ley. Publicadas por el duque de Anjou sin que le hayais contradicho, y en presencia del Monarca, son para vos un lazo muy fuerte. Han sancionado el decreto pronunciado por el autor de vuestros días; han comprometido á la hija de Desmarests... y lo repito, hijo mío, si Riperto es hombre, si oye la voz del deber, ya no le son permitidas dudas: su obligación es sagrada. Las pasiones tienen muchos senderos: mas el honor solo uno, Savoisy. »

Nada contesta el caballero, y en el fondo de su corazón medita lo que acaba de oír. El modo como ha hablado el abad de Champeaux de la vizcondesa de Meaux, hiela en su alma terribles recuerdos. Parece que le desencantan. Tal vez lo que

acaba de perder Eloina, lo está ganando Inés.... El santo anciano observa, y prosigue:

«Desecha tu corazón á Inés?»

—No, padre mío; antes la presta homenaje. Espresa lo que siente por ella, que es reconocimiento y admiración...

—Te comprendo: todo.... excepto amor.

—Tal vez necerá.

—Sí, no lo dudo.»

Interrúmpese la conversacion. El abogado general Desmaret, cuya fisonomía habitualmente austera mudaba rara vez de espresion, se presenta inquieto y turbado. Su paso era precipitado.

«Señor Abad! dice el magistrado, llega el caso que yo habia previsto. El fuego de las sediciones, comprimido en París, estalla con violencia en otras partes: Ruan se halla en completa revolucion.

—Qué gefe manda á los rebeldes?»

—Un mercader, llamado Gros, un

miserable sin recursos, Mas, no está aquí el peligro: el verdadero móvil de la rebelion, la rueda de la convulsion, es una muger.

—Es posible?»

—Jóven y hermosa.

—*Jóven y hermosa!* interrumpe el Abad, lo adivino... es Elisa.

—Elisa!... esclama Riperto.

—Ella misma. La guía un poderoso genio, la venganza. Exaltada con su dolor filial, fanatiza al pueblo. El ejemplo de María Gertrudis, que insurrecciona hoy dia la Flándes, anima sus esfuerzos. Es imponderable su elocuencia: les ha dicho *venceremos!* y ha vencido.

—Se vende tal vez por inspirada? pregunta Ambrosio.

—No por cierto, responde Desmaret. Solo la anima una idea: *vengar la muerte de su padre.* Ah!... decidme, señor Abad: Pablo Morand mutilado, asesinado delante su misma hija, ¿no fué un espec-

táculo horroroso?... Tamaños hechos dan margen á terribles conmociones. Luis de Anjou siembra persecuciones, y recoge trastornos. ¿A quien culparán los desórdenes? Hoy día el pueblo francés, como en otro tiempo el egipcio, ya no espera la muerte de los príncipes para juzgarlos: el hecho de ser soberano no dispensa de mostrarse digno del trono. ¿Creeis de buena fe que el gobierno odioso del Regente, que amenaza todas las existencias, pueda exigir en nombre de la sana justicia que jamás ataquen la suya? Bajo la púrpura, dos columnas necesita para sostenerse la monarquía: ante todo su derecho, y en seguida su ejemplo.

— Peligrosa tesis! repone el abad de Champeaux; ella autoriza el desorden y justifica la insurreccion. Discutir sobre los fundamentos de la autoridad suprema es socavar sus fundamentos. Dejemos que los pueblos juzguen á los reyes, y veréis

que ningun potentado, bueno ó malo, piadoso ó cruel, no permanecerá bajo la púrpura: todos acabarán sus dias degollados. El pueblo, dice Platon es un dragon que tiene mil cabezas, y que amenaza devorarlo todo.

— Sobrado lo sé, repone Desmarests; pero tampoco es posible disimular que la generacion actual, tascando el freno y deseosa de innovaciones, comunica á todas partes la agitacion que la atormenta, ha nacido en las convulsiones politicas, y ha recibido una existencia impetuosa. Es imposible hacer carrera con ella ni destruirla. Ah! guardaos de mirar de frente esas imaginaciones generosas, con máximas de independendia: es menester convencer, y no degollar. Por medio de los calabozos y cadalsos no domaréis las inteligencias cuya naturaleza sutil rehuye las impresiones del acero. El arte grande en política es saber dar una direccion sabia y hábil al pensamiento de los tiempos

y de los hombres. Desgraciadamente la Francia ha sido siempre un pais sin prevision. Ha abandonado á sus soberanos un poder sin límites, ó les ha dado un cetro sin vigor: hoy dia son objeto de adoracion y de inciensos; mañana no hay bastante lodo para cubrirlos. Sabeis porqué? por una mala instruccion y direccion. Los que gobiernan se quejan de la corrupcion general, y no saben que esta sale de su mismo seno. Brille la virtud en el corazon del Estado, pronto recorrerá todas las venas.

— Sin duda observa el Abad; pero hay naturalezas que no admiten disciplina, y nuestro reino ofrece muchas de estas. Le es insoportable la paz, y si no mudan las cosas ningun pais podrá aspirar al reposo delante de un pueblo que nunca quiere estar tranquilo. Empeñándose en mil cuestiones sin resolver ninguna, la Francia solo comprende la fuerza, y la prefiere á la justicia: solo ama y admira lo

audaz, el brillo y los triunfos. Emplear con ella miramientos es querer acarrearle su desprecio. Además, ¿hay algo mas destructor en la tierra que la debilidad unida al temor?... Sirvan de ejemplo el niño y el loco.

— ¿De este modo, dice el abogado general, quereis que el pueblo, condenado como los brutos á no tener reflexion, voluntad, ni derechos, se vea eternamente reducido á humillarse cobardemente bajo cualquier yugo, sin osar gemir ni quejarse?... Segun esto la fuerza lo hace todo para vós? Ahora bien! segun vuestro argumento, si el derecho consiste en la victoria, el pueblo tendrá razon si triunfa.

— No, porque cuando el pueblo triunfa, á Dios leyes, reposo y justicia. De los actos y sacudimientos populares, ¿qué han salido mas que ruinas? Qué es lo que ha rodeado á las generaciones amantes de la libertad mas que muerte, desorden y crímenes? Los nobles quemados, los sa-

cerdotes degollados, los fetos arrancados del vientre de su madre y devorados por los canibales, incendios y asesinatos, pillaje y sacrilegio! Y aun declamais contra los príncipes? Tuvieron lugar bajo su yugo semejantes hechos? Muchos sin duda se han engañado: eran hombres como nosotros; sin embargo, comparad los reinados; el del monarca tirano era un ataque deplorable contra las leyes de la moral eterna; el del pueblo soberano era la completa disolucion del edificio social. Confesadlo; la autoridad suprema debe bajar al modo de los ardores del sol y no elevarse como los vapores.

—No pretendo, señor Abad, predicar la destruccion de los reyes, solo defiendiendo la causa de los pueblos. No convenís conmigo en que es forzoso contener al monarca en la carrera del despotismo? Pues bien! Para lograrlo es forzoso hacer saber que no ha sido escogido sino para obrar con justicia, que subien-

do al trono al que le ha elevado la Providencia sube tambien á un altar donde puede ser sacrificado, y que en su augusto santuario participa á la vez de la condicion de ídolo y de víctima.

Desmarts se espresaba con ardor, y parecia inspirado su acento. Lleno de intenciones generosas, creia que para la felicidad de las naciones convenia que el poder real tuviese constantemente á la vista la soberania popular que le contuviese en sus límites. A su modo de ver existian en punto á gobierno obstáculos útiles y enemigos necesarios. Opinaba que para poner en equilibrio los intereses generales y las pasiones particulares, era preciso oponer perpetuamente la doctrina republicana á la creencia monárquica: Pensamiento seductor pero peligroso! combatir al veneno con venenos, y al incendio con las llamas; poner á la vista los partidos, y alizar la discordia para sufoarla: equivaldria á querer vivir por la

muerte, y á crear por medio de la destrucción.

Ay de mí! las revoluciones que abren un vasto campo á la elocuencia, hablan con vigor á las imaginaciones ardorosas. El genio busca en ellas con entusiasmo un mundo nuevo una edad dorada... se lanza... y qué sucede? Inflama y no puede arreglar; destroza y no puede volver á construir.

Savoisy escuchaba con conocida curiosidad; la juventud deja arrebatarde de ordinario por ilusiones generosas: las teorías de Desmarets que constituyen á todos los hombres hermanos, y hacen de todos los pueblos reyes, tenían un brillo seductor, y han conmovido y alucinado al jóven. Para el no es ya el abogado general un gefe de faccion; es un magistrado magnánimo, un noble amigo del género humano.

Resuenan precipitados pasos. Precipitase Inés hácia su padre, pálida y trému-

la. Lleva un rollo de pergamino que acaba de entregarle un oficial de los guardias del Rey. Está sellado, é Inés presiente un golpe funesto.

Desmarets lee el escrito, y no se nota sorpresa en su semblante.

«Riperto! una sentencia real! un decreto de condenacion!... Soy juzgado sin oirme.

— Ah! sin duda Cárlos se ha engañado. Acudid ante el trono y defendeos.

— Me prohibe la entrada en palacio, y me destierra de su presencia. La orden es formal: esta noche debo salir de Paris.

— De qué os acusan pues?

— De fomentar las discordias civiles, de sostener á los sediciosos, de ser la atalaya de la rebelion, de estar relacionado secretamente con todos los países revolucionados, de ser el apoyo de los novadores, y de soñar en la república.

Ambrosio sacude la cabeza.

— Son calumnias, así lo creo, respon-
de con una voz severa; pero no me admiro
de ello, vuestras palabras pueden haber
dado márgen...

— También vos abrigais odiosas sos-
pechas! dice el magistrado indignado.

Pero se serena al instante.

— El porvenir me justificará, prosigue
con tono solemne; fiel servidor del Rey,
voy á obedecerle sin murmurar. Con to-
do, no seré traidor á la causa del pueblo,
y venga lo que viniere estoy pronto á pe-
recer por ella.

— Si es así, esclama Ambrosio con do-
lor, os predigo que perecereis.

— Enhorabuena, cúmplase mi destino.

— Pues qué! repone el abad de Cham-
peaux, luego no hay lecciones ni espe-
riencia en materia de fe política? segun
esto no mudaréis de pensar! Ah! conti-
nuad, adelantaos en la fatal carrera en la
que os habeis empeñado; partid! pero
tened entendido que es muy fácil preci-

pitarse á caer en la tierra sin remedio.

— El abogado general se vuelve fria-
mente al conde de Savoisy.

— Joven! hace tiempo que debia ha-
blaros de un importante negocio: el mo-
mento ha llegado ya. Cuando colocado al
frente de la magistratura de Francia ocu-
paba un lugar distinguido en Paris, con-
fieso mis deseos de que pudieseis llegar á
ser mi hijo: así lo queria vuestro padre,
y esta alianza me hubiera sido grata. Hoy
día se desvanece todo; tal vez ya he per-
dido poder, dignidades y riquezas; ya
no me encuentro en situacion de ofrece-
ros un porvenir dichoso. Esto debe mu-
dar nuestras resoluciones; ya no mas ma-
trimonio, Riperto; lejos de mí la idea de
asociaros á mi desgracia, á mi destierro,
á las desgracias tal vez terribles que me
amenazan; Ambrosio acaba de ver para
mí el cadalso. Savoisy! nuestros vinculos
están rotos, prosigue Desmaret con cal-
ma; os restituyo la libertad.

— Mi libertad! ya no la tengo, esclama con ardor el caballero; las palabras que acabais de pronunciar me encadenan á vos para siempre; os pido solemnemente la mano de vuestra hija. Ayer, cuando era feliz vuestra situacion y brillante vuestra existencia, podia temer, en la edad en que las pasiones ciegan, no ser digno de Inés, y me era permitida la irresolucion; pero hoy dia que la prosperidad os abandona, ya no es lícito titubear; mi vida os pertenece, os la ofrezco, disponed de ella.

— No, responde con emocion el magistrado; no, no acepto lo que un primer movimiento de generosidad acaba de dictar á vuestro noble corazon; antes esperaré que la reflexion haya reemplazado al entusiasmo, y los cálculos de la razon hayan sucedido en vos á las inspiraciones del sentimiento. Poco honroso seria para mi aprovechar un momento de exaltacion para sujetaros á mi destino para siempre.

Pensad que sobre mi cabeza pesa hoy dia una sentencia de destierro.

— Cabalmente es el destino que nos une á entrambos, interrumpe Riperto. ¿No es toy yo mismo amenazado de un destierro? Además me parece que oigo la voz de mi padre en el lecho de mi madre moribunda: *Si la desgracia persigue á Desmavets, sé su protector, sé su hijo.* Padre mio, bendiceme de lo alto de los cielos! te obedeceré.

Su actitud era sublime; ningun desorden ni fogoso arranque; su fisonomia tranquila y hermosa, estaba brillante de valor y piedad filial; su voz no tenia nada de exaltado; no se traslucia exageracion en su lenguaje; era sosegada su mirada, y tranquilo y fijo su aspecto. Ambrosio está lleno de admiracion.

— Bien, hijo mio, bien! dice el santo sacerdote; sigue adelantándote de este modo en la vida... Dios te bendecirá.

— Qué! interrumpe Savoisy, ¿aprobais

mi conducta condenando á Desmàrets.?

—Doquier condeno el error y aplaudo la virtud. Desmàrets toma una senda tortuosa, y Riperto sigue la récta.

Alejábase el abad de Champeaux.

—Un momento, ministro del cielo, dice deteniéndole el magistrado; necesito de vos, quedaos. No animeis á vuestro discípulo que se sacrifique por mí. Por favor, ayudadme á enseñarle sus verdaderos intereses. Se alucina, sigue mis pasos, y puede perderse.

—No tal; responde el Abad: Riperto puede deteneros; seguid los suyos y os salvará.

—¡Hombre inspirado de Dios, cuan dignas son vuestras palabras! esclama con transporte el paladin, vos ensanchais mi existencia, y me abris un mundo de gloria. Servir á mi pais y á mi Principe conservádoles un genio es una idea admirable. Oh! no lo refuseis, Desmàrets! os pido á Inés por esposa:

tended la mano á vuestro rendido hijo.

El Magistrado mira á su hija, y parece indeciso, como si hubiesen vencido ya su corazon.

• Inés! tú decidirás, ya que se trata de tu destino. Ven, pronuncia el fallo.

—Inés! añade Savoisy, unid vuestras instancias á las mías. Nuestra suerte está en vuestras manos.

Pero la jóven tiembla, pudiendo apenas sobrellevar la felicidad que la abruma y la espanta: ah! si el golpe hubiera sido mas fuerte era mortal.

Cuantas ideas á la vez. Riperto obedece al deber; al entusiasmo y al honor... pero, ¿en medio de estos arranques, se concede algo al amor? su voz no se ha dejado oír.

• Titubeais! repone Riperto; ¿me habria engañado? estará cerrado para mí vuestro corazon?

—No, responde la jóven con candorosa franqueza; no es el mio un obstáculo;

solo el vuestro me alarma. Mirais desde tan alto la vida, para que podais verme á mi, tan pequeña! Oh! no tengo yo el presuntuoso deseo de inspirar una pasion y de llenar vuestro corazon en la tierra: renunció á un amor decidido: pero moriría de dolor si no inspirará algo de ternura.

—Y porqué no inspirar mucha? dice Riperto, ¿qué os falta para hechizar?

—Ay de mí! no me lo preguntéis. Mi turbación no me permitiría escoger las palabras; algun nombre quizás asomaria en mis labios que resonaria sobrado pronto en vuestra alma.

Inés ha pronunciado estas palabras en voz baja, lentamente, y cual si la causasen dolor y fatiga.

Oh! habia tanta tristeza en su amor! y tanto amor en su tristeza!

Riperto ha comprendido su lenguaje. Ningun nombre ha pronunciado Inés, y sin embargo aquel ha oido el de Eloina.

Pero acercándose á la hija de Desmarets y penetrando esta alma angelical, era preciso tomar su naturaleza: era una atraccion divina: se sentia á su lado la necesidad de la virtud. El caballero levanta su mano.

—Inés! testigo el cielo! si me concedis vuestra mano, solo os perteneceré á vos, solo á vos, sobre la tierra.

—Dios mio! dice Inés, esto seria demasiada felicidad: ¿puedo esperarla? debo creerla?

—Luego me amais! esclama Riperto.

—Ayudadme, padre mio, ayudadme á vuestra vez: responde la jóven desechar en llanto. No tengo mas fuerza para luchar.

Harto habituado Desmarets á leer en los corazones para engañarse en su observacion, ha descubierto el amor de su hija, y cesa su indecision.

«Riperto! mi Inés os pertenece, pero con la condicion espresa de que antes

de conducirla al altar lo participaréis á vuestro rey. Pensad que la muerte de Trie-Chateau puede desterraros de Francia. Id á implorar vuestro perdon: Carlos VI os lo concederá. Por lo demas, como oficial del Príncipe regente, debeis obtener una autorizacion de matrimonio del poder supremo. En caso de negativa, os seria forzoso renunciar á los destinos de la corte. ¿Tendriais valor para ello?

—No era otra mi idea.

—En tal caso, abrazo desde ahora á mi hijo.



Capítulo IX.

RIPARTO ha solicitado una particular entrevista con Carlos VI; se le ha concedido, y el futuro esposo de Inés pasa al palacio de san Pablo.

Pedro Bourneseau, maestro de ceremonias, le ha hecho esperar algunos instantes en la grande galería de la mansión del Soborano. Veíase allí un enorme hogar donde podian estar sentadas cien personas calentándose cómodamente.

Carlos VI se encontraba en este momento en la retirada estancia regia. Pálido y enfermo, acababa de salir de un lecho donde no habia podido encontrar el sueño que buscaba. Cubierto de un ri-

quisimo ropaje, en el que brillaban piedras preciosas de las cuales una habia pertenecido al rey de Chipre, llevaba en el dedo un diamante que adornó la mano del rey Juan en la penosa jornada de Poitiers. Sobre una mesa brillaba una bajilla de oro preciosísima. Una copa del mismo metal, en la que habian bebido Dagoberto, Carlomagno, y san Luis, estaba al lado de la vajilla: dos espejos de pulido acero brillaban á la vista.

Riperto ha penetrado hasta la estancia de Carlos. Esperaba encontrarle solo, pero junto á él está el duque de Anjou. «Acércate, dice el soberano. Vienes sumiso y arrepentido á solicitar el perdón de nuestra clemencia Real. Cierto que no podremos olvidar que has sido el testigo y compañero de nuestros primeros años. Sin embargo, fuistes muy culpado; tu acero nos ha privado de uno de nuestros mas fieles súbditos y bravos guerreros.

La desgracia es irreparable; ¿como te justificarás á nuestros ojos? habla Riperto, te escuchamos.

Savoisy, en ademan sumiso, responde con voz conmovida.

—Señor! pronunciad mi sentencia: qué podré decir para defenderme? un paladin ha caído bajo mis golpes; me habia insultado públicamente; debia matar ó morir; maté. El honor me ha ordenado el combate: fué una lucha encarnizada, un duelo á muerte. El juicio de Dios me ha favorecido: aguardo tranquilo el del Rey.

—Riperto, Dios y el Rey te perdonan.

Savoisy se arrodilla.

—Gloria y reconocimiento á entrambos!.

—Levántate, responde el Monarca; olvido para lo pasado: pero prudencia y sabiduría para el porvenir. La union de nuestros bravos guerreros nos es mas necesaria que nunca, porque se adelanta

antorcha en mano una generacion de sofistas para derribar el trono y el estado. Si los escuchais es preciso esprimir la sociedad para sacar de ella un nuevo género humano. Riperto ! ¿puedo contar contigo?

—Señor, hasta la muerte. El arrepentimiento me trae á vuestros pies; os le ofrezco, y os probaré mi lealtad.

—Pues bien ! mañana te confiarémos una mision importante; estás dispuesto?

—Mañana !

—Pareces turbado. ¿Qué obstáculos te detienen ? fuera rodeos, habla.

—Si V. M. lo permite (desearia antes de partir obtener una gracia. He escogido una esposa y antes de conducirla al altar...

—Te casas ! interrumpé Cárlos ; luego deseas nuestro consentimiento ? No es cosa imposible ; ¿pero, cual has escogido ?

—Un modelo de virtud. La hija de Juan Desmarets.

Trasmúdase el rostro del Monarca.

—Riperto, conocemos á Inés; cuando niño jugábamos juntos, y haciendo justicia á sus admirables cualidades tomamos interés por ella; pero Desmarets es traidor á nuestra causa.

El duque de Anjou que hasta este momento parecia no prestar atencion, se acerca á Savoisy.

«Valor ! le dice el Regente con su tono de sarcasmo habitual: escoges á Desmarets por guia y por padre ? bravísimo; ya te veo detrás de él entre los regeneradores de la Sorbona, censores de la nobleza y aduladores del populacho. Casi los imitas ya protestando tu lealtad al rey, porque esos hijos de revolucion son tan melíficos en sus palabras como feroces en sus acciones; entregándose al asesinato profesan horror á la sangre y nuevos Judas se preparan á ser traidores á la monarquía, á la justicia y á la humanidad, besando primero la frente.

El Rey se levanta bruscamente.

— Basta de funestas querellas y sinietros presagios! Nuestro augusto padre al fin de su reinado ha visto tambien como nosotros legiones de novadores y ejércitos rebeldes, y los ha vencido y domado. ¿Porqué no podemos hacer lo mismo?»

Apoya su mano sobre su frente y repone con tono doloroso:

«Ay de mí! es que mi cabeza está débil. Las profecias y los sortilegios... los navarros y los venenos... las conspiraciones y las asonadas... todo perturba mi razon. Cuantos peligros al rededor de mí! allí, Riperto, sobre esta misma cama, mi padre murió envenenado.»

Los colores purpúrinos de la fiebre animan las mejillas del Monarca. Baja su frente y suspira.

— Señor dice el discípulo de Ambrosio la Francia está protegida por el cielo desterrad esos sombríos pensamientos; todos los nobles corazones os pertenecen;

todos los brazos poderosos os defienden. No lo dudeis, los herederos de Felipe Augusto y de san Luis; vivas transmisiones de glorias pasadas del pais, atravesarán como vencedores la época actual y las edades futuras. No creais en las calumnias esparcidas contra la juventud, porque es valiente, la inflama el honor y la entusiasmo lo hermoso y lo bueno. Un momento podrá deslumbrarla lo falso, pero lo verdadero la alumbrará tarde ó temprano. Señor fiaos en la Francia.

— El cielo te oiga, dice el Rey.»

Era penosa su sonrisa.

Pero el duque de Anjou, interponiendo su satirica ironía entre el desaliento del Monarca y la orgullosa indignacion del paladin, vuelve á tomar la palabra en estos términos:

«Riperto, tu lenguaje es entusiasta, bien sea natural ó ficticio. Si tienes razon en creerlo, triunfarémos, muy seguro estoy de ello. Que significa reinar? querer:

pues bien queremos. Sienta mal la lenidad y serémos enérgicos. Ved el rebaño que paca por los campos: le guian tal vez los corderos?... Pero volvamos á tí bello caballero: te prometes la felicidad del matrimonio que proyectas: nada mas natural, porque la esperanza y la vida confundidas en nosotros, como el calor y la luz en una antorcha, solo se estinguen juntas: pero tal vez ignoras que Desmarets está desterrado de Paris por orden del Rey.

— Parte esta noche, lo sé Señor. Algunas veces la severidad es justicia; sin embargo, ¿es el verdadero deber de un príncipe mirar la clemencia como un error, y la bondad como un crimen? apelo á todo corazon noble, perdonad, señor Regente! solo me dirijo al Rey.

— Juan Desmarets, repone Carlos, está acusado de ser el foco de las discordias civiles, y de encaminar al pueblo á la independencia por medio de la rebelion.

Ay de mí! sin embargo el pais era dichoso antes de imaginar que no era libre!

— Se calumnia á Juan Desmarets, responde Riperto con energia. He leído el fondo de sus pensamientos, y solo he visto amor á sus semejantes, abnegacion de sí mismo y lealtad para con la monarquía. Señor! no le juzgueis sin oirle.

— Conocida es su elocuencia interrumppe Luis de Anjou, y no le faltarán especiosos argumentos para probarnos la rectitud y pureza de sus intenciones. Tambien Satanás rebelado contra Dios tenia miras elevadas, queria emancipar á los ángeles. Por lo demas entre el populacho encontrará Desmarets menos obstáculos: no tendrá un cielo que corromper.

Gustánle poco á Carlos los sarcasmos, y volviendo la espalda al Regente solo contesta á Riperto:

«No odiamos ciertamente al abogado general de Paris, porque recordamos que

servió con lealtad á Felipe de Valois, al rey Juan, y á nuestro padre Carlos V. No te prohibimos casarte con su hija; pero te mandamos que no la conduzcas al altar hasta que hayas llenado tu mision. Si para entonces abjurando Desmarets sus falsas doctrinas, repara sus faltas, y se somete á nuestra voluntad soberana, le admitiremos á nuestra presencia, ratificaremos tu himeneo concediéndole su perdon. Pero que se ausente de Paris y no se meta en ninguna intriga. Repítele estas palabras.

— Permitid!... Interrumpe el Duque.

— Esta es nuestra voluntad, dice el Rey.

— Pero señor! yo, dice el Príncipe...

— Duque! repone Carlos indignado, si vos sois regente, *nos* somos monarca. Ha llegado nuestra mayor edad, y dentro poco acaban vuestros poderes. Por otra parte la Italia os llama, y Nápoles reclama á su rey.

— Todo el prestigio de la majestad sobe-

rana y el brillo de la grandeza suprema brillaban en este noble arranque. Carlos VI levantaba su frente, y era imperativo su ademan. Luis saluda y se retira.

Fugitivo rayo de sabiduría! efimero movimiento de energía! el vástago de Carlos el sabio, cayendo de nuevo en su languidez apática, ya no era el vigoroso heredero de Felipe Augusto, sino un débil niño.

«Mandad! donde debo dirigirme? dice Riperto con transporte; mi brazo, mi fortuna, mi vida, mi carrera, mi voluntad, todo lo que el corazon del hombre posee, todo os pertenece...

Carlos VI le clava una de aquellas miradas que solo denotan debilidad de los órganos y estincion de la vida. De este modo á una expansion ardorosa acostumbraban á suceder en él los sentimientos de la nada. Esta interrupcion de toda facultad moral era en verdad momentánea en esta época de su reinado; pero no

por esto dejaba de ser un continuo objeto de espanto para sus leales servidores. La supersticion lo atribuia á los maleficios. Ay de mí! el hijo de Carlos V, estremeciéndose delante del porvenir columbraba ya á lo lejos la demencia de Carlos VI.

« Señor! continua Savoisy despues de un largo silencio, qué mision me dais? Pronto estoy á llenarla. Espero las órdenes de mi Rey. »

Pero Carlos con la cabeza inclinada, estaba penosamente tranquilo: perdida su memoria, extraviada en los recuerdos, podia apenas formar una idea; su actitud era la del recogimiento: para poder contestar la voz esperaba al pensamiento.

Poco á poco se reanimau sus sentidos.

« Nuestras órdenes!... son estas, Riperito: mañana partirás para Ruan. »

— Pero, Señor!... ignoráis que la ciudad?...

— Se ha sublevado, lo sabemos. No

es la única: el espíritu de revolucion revolotea sobre nuestras provincias. Las principales ciudades del Poitou, Auberania y Langüedoc, relacionadas con Paris, se declaran independientes. Los doctores de la emancipacion trabajan del norte al sur, Suiza, Inglaterra y Flandes, han dado el grito de: *guerra á las monarquías!*... grito que ha encontrado eco. Desgracia!... desgracia al mundo entero y el trono es derribado en Francia!...

— No, señor, no lo será; cuenta con fuertes apoyos.

— Y tengo poder todavía, añade vivamente el Príncipe: mi mano puede blandir una espada. Nada me es difícil. No ignoro que para el reposo general solo es larga la noche de los gobernados cuando es corta la de los reyes. Tambien partiremos nosotros para Ruan.

— Guiaréis el ejército á los combates?

— Todavía mas: á la victoria. Tú, Ri-

perto, te adelantará. Toma algun disfraz, y logrando ser introducido secretamente á la capital de Normandía, procura reunir á nuestros defensores en lo interior, mientras atacamos nosotros las murallas. Procurémos por medio de la astucia evitar el horror del combate. Abre alguna puerta á nuestras tropas. Hoy dia se halla en Ruan una dama de elevada alcurnia, que por sus riquezas ejerce influjo sobre el pueblo; es enteramente adicta á nuestra causa: es menester que la veas, que te pongas de acuerdo con ella, y que unas tu valor á sus esfuerzos. Peligrosa es la empresa... por esto es mas digna de tí.

— Señor... el nombre de la dama?

— La vizcondesa Eloina de Meaux.

Trasmúdase Riperto. Está turbado y pálido. El noble caballero ha experimentado toda la gravedad del terrible peso de sus relaciones secretas con la encantadora, y ha sentido todos los peligros á

los que en breve iba á verse espuesto.

«Inés! Inés! murmura.»

Y su acento se dirigia en voz baja á la hija del abogado general como una queja contra su destino, ó como un suspiro. Hablaba en él el instinto del corazon.

No ha sido notada su secreta agitacion, y el Rey continua:

«Todavía mas, Riperto. Existe en Ruan otra muger mas poderosa todavía que Eloina. Esta se halla al frente de la rebelion, y sus encantos y elocuencia la han grangeado un imperio irresistible. Fascina al populacho: es la famosa Elisa. Sé muchas particularidades de su vida; es tu hermana de leche, y te ama. Fué la amiga de tu niñez; debes verla tambien y hablarla. El amor de la Verdulera para contigo puede servir al Rey y á la Francia. Vuélvenos á Elisa! Todo lo puedes sobre de ella, puesto que te ama.

Frunce Riperto las cejas.

— Me ama! repite. Solo el Regente

me lo ha dicho : pero nada me prueba este amor. Sin embargo, aun que fuese verdadero, quereis que con fingidas protestas haga uso de un sentimiento como de una arma, para burlarme en seguida de la víctima engañada? No, Señor, soy incapaz de esto.

— Pero la pérfida Elisa.

— Es culpable, lo confieso. Pero tambien delante de ella, y casi en sus brazos han asesinado á su anciano padre, diciendo lo manda el Rey. Señor, tenia una alma de fuego, y el grito de su sangre fué: *Venganza!* Ya la han precipitado al crimen, Príncipe. Hay pérfidos pilotos que por medio de imprudentes maniobras hacen naufragar la nave del Estado. Señor! escusad mi atrevimiento. Mi lenguaje es amargo, y mis ideas son desordenadas; ¡pero quiero á Elisa! Piedad por mí, clemencia por ella.

— Riperto! ve á ofrecerla el indulto.

— ¿En nombre de vos?

— En nombre de su Rey.

— ¡Bendito sea para siempre vuestro reinado.

— Tocante al padre de Elisa no podemos restituirle la vida. Parte, Riperto: valor y virtud. No te pedimos que vayas á fingir amor á la Verdulera para seducirla y engañarla: lejos de nosotros semejante designio. No; lo que eximos de tí es que uses noblemente de tu ascendiente sobre ella para apartarla del abismo á que quiere precipitarse. Abandone ella sus banderas, y aseguraré su existencia y velaré por su suerte. Con el tiempo cuando el transcurso de este que lima los sentimientos mas profundos habrá calmado su desesperacion filial, ya no le serémos odiosos. Tu mision es hermosa, Riperto. Perdon, olvido, paz y felicidad; he aquí mis ideas y tus instrucciones. El Rey te envia guíete el cielo!

El Monarca tendia su mano al paladin.

Riperto la lleva á sus labios.

Capítulo X.

Esta ya Savoisy en casa de Desmarets: le repite palabra por palabra lo que le ha dicho el Rey.

«Esta misma noche, añade, me dirijo á Ruan: concluida mi mision daré la mano á Inés.

— Mi jóven amigo, yo lo deseo, responde gravemente Desmarets.

Estas palabras parece que entrañan una duda.

— Savoisy! la vida entera no es mas que una larga incertidumbre.

— Tendriais intento, repite alarmado Riperto, de resistir á las órdenes del Rey? de conservar relaciones con los rebeldes?

Vuestra frialdad me admira y me hiela. Casi he garantido vuestra obediencia y fidelidad, casi he respondido de vuestra alma.

— No respondais jamás de otro, responde el anciano magistrado. Apenas está uno seguro de sí mismo; ¿y podrá ser fiador de los demás?

— ¿Deseais la felicidad de vuestra hija y la mia? amais á la Francia y al rey? aspirais á que se consolide la paz general?

— Tanto como vos, hijo mio, y quizás mas.

— ¿Porqué, pues, esas vanas alarmas?

— Riperto, los acontecimientos de la vida son mas poderosos que la voluntad del hombre; lo abaten, se burlan de los planes y los cálculos. Por esto no podemos disimular que se preparan grandes borrascas, que pueden igualmente ser víctimas el enano y el coloso. ¿Quien sabe donde nos dirigimos vos y yo!..

— Savoisy! la imprevista noticia de

vuestra mision á Ruan se ha clavado en mi corazon como un dardo. Lo confieso, el porvenir me inquieta, no para mí en particular sino para el pais y para todos nosotros. El alma tiene una lójica misteriosa, una conciencia conoecedora que nos instruye casi sin saberlo. Yo escucho esta voz secreta, que resuena como el tañido de una campana. Oigo esa palabra fúnebre: *desgracia...!*

—No creo en presentimientos, repone el enviado del Rey: ¿Salís de Paris, no es verdad?

—No lo dudeis: esta noche.

—Vivireis en la soledad?

—Es mi deber.

¿Y cuando vuelva de Ruan me dará Inés su mano?

—A menos que se interpongan obstáculos insuperables.

—Si se interponen, pueden vencerse. Voy á ver á vuestra hija.

—Dirigidla vuestro adios.

—Nuestra union no se retardará mas que unos dias: mi vuelta será pronta.

—Puede que sí.

Con esta palabra concluye la conversacion.

Educado Savoisy por el abad de Champeaux en los principios severos de la religion y de la virtud, se habia acostumbrado desde su infancia á combatir las pasiones. Dificilmente la impetuosidad del sentimiento triunfaba en él del lenguaje de la razon. Frecuentemente se decia á sí mismo: La fuerza de mi voluntad no se doblará jamás ante las exigencias de mi juventud; y si es preciso, aunque debiese morir, estinguiré en mí todos los ardores de los sentidos antes que faltar á las leyes del deber.

¡Ay de mí! vanas decisiones. Cuando Riperto se hacia estas reflexiones no habia visto todavía á la vizcondesa de Meaux. Mas ahora, ¿qué otro lenguaje se dirige! «¡Luego voy á ver á Eloina! ¿porque

me ha encargado el Rey una mision tan peligrosa? No he muerto al conde de Trie? al enviarme Cárlos á dos mugeres, ¿ me cree pues amado de entrambas! ¿Yo amado de la Vizcondesa?... Tal vez olvidará el duelo... Pero yo! qué podré decir, ó hacer? Admite el perdon que he obtenido: si constantemente á su lado respiro y vivo con ella, oigo su voz divina, respiro su aliento, y me enageno en sus miradas. Oh! que bueno es familiarizarse con una beldad que nos encanta, con un acento que nos penetra, y con una magia que nos hechiza. Ay de mí! mi razon, mi cabeza, mi corazon... No sé si podré responder de ellos. Ay! de antemano temo por Eloina, por mí mismo, y por Inés.

Pero habituado á combatirse, y persuadido que el deber le prescribia no solo olvidar á Eloina si que tambien casarse con Inés, se penetra fuertemente de la idea de que aquella cuyo rango y presti-

gios hacen necesaria una vida de adoraciones é inciensos, aquella que si bien sin quererlo le ha impelido al asesinato, no es ciertamente la compañera que Dios le destinaba. A sus ojos una muger tal cual era necesario para la felicidad del hombre debía vivir oculta en el mundo, sin pompas, sin orgullo, dedicada enteramente á su esposo: ¿ tal era la vizcondesa?

Riperto habia juzgado á Inés, descubriendo la sublimidad de su alma al través de las imperfecciones de su cuerpo. Se habia convencido secretamente que Dios y su padre le habian escogido esta muger. Y acogióndose al honor, como un naufrago á las tablas de un buque, se apresuraba á encadenarse á Inés por medio de solemnes empeños, para poner entre Eloina y él un imposible.

Inés, sola en su oratorio, percibe de golpe á Riperto. Acércase este á comunicarla las decisiones tomadas en el palacio

de San Pablo: la alegría brillaba en su semblante.

— Inés, concluida que sea mi misión, dice Savoisy con tono conmovido, volveré alegre y orgulloso á poner á vuestros pies mi destino. Renuncio á la corte, á las ilusiones de la grandeza y á las vanidades de la tierra. Viviremos solos, en paz, lejos del mundo, y no envidiarémos la suerte á nadie. La verdadera felicidad necesita muy poco espacio: huye del brillo y teme el ruido. Nada respondeis?

— Estoy llorando.

La jóven en este momento veía abrirse delante de ella un porvenir inaudito de felicidades. Sollozaba, se sentía desvanecer, y pedía lágrimas á su alegría, lágrimas que no le negó el sentimiento.

Nada se aleja mas pronto de un corazón amante que un pasado doloroso, cuando empieza á sonreirse el presente. Inés tenia los ojos bajos. A vista de su contemplacion suave y fija se hubiera di-

cho que miraba á su felicidad para gozar de toda su estension, para comprenderla.

— Porqué llorar? pregunta Riperto.

— No vais á partir? dice Inés.

— Si, la ausencia será corta, y pronto, puesto que me amais...

Interrúmpele admirada Inés.

— Puesto que os amo! repite con un candor ingenuo; luego lo sabeis!... como pues! yo que creia que este secreto estaba sepultado en el fondo de mi alma: Riperto! no abuseis de mi confianza.

Su pura y candorosa mirada tenia una espresion encantadora: parecia reflejar la de los ángeles. En este momento Inés era hermosa, sí, hermosa con todos los atractivos de la inocencia y con todas las gracias de la melancolía: además, Eloina no estaba presente.

— Quien, yo! repone el caballero, yo abusar de tal confesion!... hacerme indigno de vos! ah! como podeis creerlo?

Dejad que se explique sin temor vuestra alma! son tan dulces estas palabras con que los corazones se corresponden unos á otros! deslízase el sentimiento cuando se comprime demasiado: el amor se estingue cuando ratiocina.

— Ah! me espantais! dice Inés; un lenguaje tan peligroso!..... es demasiado: os he hablado con sobrada precipitacion. Dejadme permanecer pura y tranquila. Yo quisiera... Es preciso, Riperto, llamar-me vuestra al pie de los altares, pura, enteramente para.

— Inés! el amor no quita la pureza cuando permanece intacto, infeliz de la muger que no ha amado! Desposados en cierto modo nos pertenecemos ya uno á otro. Inés! Inés amadme sin temor.

— Y vos! responde la dulce jóven, y vos!... debo yo acaso amar sola?

En seguida añade:

— Pero no, hago mal en preguntaros: no me diriais la verdad desnuda, y os

haría culpable de una falta: esto sería una desgracia y no lo quiero. Es tan hermosa por otra parte la confianza! como poder amar sin creer? El amor es en cierto modo una fe religiosa: la fe de una alma en otra alma.

— Sí, Inés teneis razon: fiaos en mí y nada turbará vuestra existencia.

Pero la jóven se estremece; su mano colocada sobre su pecho acababa de encontrar una cinta que habia ocultado aquella mañana misma: trasmúdase sobre manera. Escápasele la cinta, y cae: Savoisy la ha reconocido; era la de Eloina.

Mil vagos y confusos sentimientos agitaban el corazon de Riperto: enmudece ante el mundo acusador. Inés se vuelve tristemente hácia un espejo que tiene al lado, se ofrece su rostro á sus miradas.

« Oh! suspira en voz baja, *ella y yo*, qué diferencia! »

Estas palabras tan cándidas y sencillas, pronunciadas sin odio ni amargura, eran

muy poderosas para Riperto; deseaba responder pero temiendo Inés mas la justificacion que el silencio continua:

— Ah! quanto suspiro, no ciertamente por aquella primera juventud en que se columbraban en mí algunas gracias; sino esos dias de paz, en que sin temor ni esperanza me adormecía al modo de las aves! entonces una antigua leyenda, las flores de un bordado, un paseo á la orilla de las aguas bastaban á mi existencia. Ay de mí! no quisiera sin embargo volver á esta época: cuando mas huirá de mí la existencia, tanto me adelantará sa- tifecha. Porqué ese ademan de quejas? ah! no hay queja ni siquiera amargura en mis palabras. Oh, Savoisy! muy ingrata sería para con la Providencia, para con el cielo y la tierra, si murmuraba todavía, porque al fin voy á ser feliz!

Cuan melancólico era el acento de la desposada de Savoisy! al tiempo que decía *voy á ser feliz* derramaba abundan-

tes lágrimas, que espresaban su pesar.

— Qué va á responder el guerrero? Su corazon está vivamente agitado, y su voz conmovida.

— Inés! quien os ha dado esa cinta?

— Ah! esclama la jóven, segura estaba de que volveriais á hablar de ella. Pues bien! cuando os transportaron á esta casa casi moribundo, la encontré sobre vuestro corazon. En los dias de fiebre y de delirio me la pediais sin cesar, pero no osaba entregárosla. Era temible toda emocion... tambien me deciais: *La amo!*... oh! y no era á la cinta.

— Creiais en las palabras del delirio?

— No, Riperto; por otra parte, qué importa? La muger solo ama una vez, y para su vida entera... pero el hombre!... A Dios! el deber os llama. Idos á vencer, que yo... voy á orar.

— Por mí, Inés... ¿no es verdad que por mí?

— Por todos... y aun por ella.

— La Vizcondesa!...

— Se encuentra en Ruan, y en bastante peligro de todas partes.

— Como?

— Sus enemigos son los esterminadores... y su apoyo seréis vos.

La jóven se ha levantado, y su gesto era un tierno adios.

Riperto, incapaz de proferir la menor mentira, no se sintió con fuerzas para asegurar el corazon de su futura, negando su primer cariño; pero su admiracion por Inés habia al escucharla tomado un carácter de ternura y de entusiasmo que se acercaba al amor.

— No os llevais la cinta? dice la jóven con acento tímido.

— No, responde el leal caballero; no quiero salir de esta casa con otro recuerdo que el de Inés: vos habeis hecho que mi alma tomase un magnánimo vuelo hácia la vuestra. Pocas palabras tengo para responderos; pero verdaderas... á lo

menos así me lo prometo: parto sin haberos merecido, y volveré digno de vos.



Capítulo XI.

El ejército francés ha marchado contra Ruan. Sus avanzadas se hallan ya á poca distancia de la ciudad rebelde, y el Rey seguido de sus tios, parte tambien para Normandía.

Riperto se habia adelantado á las tropas de Carlos VI. Llega á las puertas de aquella capital, vestido de monge, único traje que respetan todavía hasta cierto punto los foragidos. El sayo de las órdenes medicantes se desliza obscuramente entre la muchedumbre. El sacerdote, abandonado á sus funciones, es el único entre los hijos de la rebelion que no está obligado á marchar espada en mano.

Riperto ha penetrado en la ciudad. El populacho manda allí como soberano, y sus gefes trémulos delante de él, quisieran parecerle ferocísimos, puesto que el comun anhelo bajo pena de muerte es el triunfo de las ideas desorganizadoras, llamado con otro nombre el reinado de la libertad.

Nicolás Flamand, genio de las insurrecciones, habia salido precipitadamente de Paris para ponerse á la cabeza del movimiento revolucionario de Ruan. Dos pasiones igualmente desenfrenadas devoraban á la vez su alma: apasionado amante de Elisa, no podia vivir lejos de ella, y le devoraban á la vez los zelos y la sed de trastornos.

Abajo los nobles! guerra á los ricos! Tal era la tradnecion literal y el verdadero significado de los clamores de la rebelion, independencia y libertad. La turba inconsecuente y bárbara habia organizado el pillaje y proclamado á la vez el ór-

den público: iba á bañar sus manos con sangre y al mismo tiempo decretaba humanidad. Llenaba de víctimas los calabozos, y pronunciaba al mismo tiempo el sagrado nombre de emancipación.

Savoisy esperaba á favor de su traje llegar en breve á la morada de la vizcondesa de Meaux; pero un imprevisto obstáculo vino de improviso á destruir sus planes. La poderosa dama, objeto de las violencias de los esterminadores, se habia visto precisada á huir de su palacio; los rebeldes armados de antorchas y picas, le habian asaltado para incendiarle y destruirle; apenas tuvo tiempo Eloina de sustraerse á su furor. Si bien contaba con numerosos partidarios en la ciudad, aun entre el bajo pueblo, sin embargo ya no podia considerarse segura.... y habia desaparecido.

Qué contratiempo para Savoisy! en vano procuraba descubrir por todos los medios posibles su mansión oculta: nada

podia indagar, y se impacientaba.

Un brillante sol alumbraba la capital Normanda. Una multitud innumerable de artesanos y demas individuos del pueblo bajo llenaban la plaza del mercado, donde se preparaba un solemne espectáculo. El gentío conduce á él á Riperto.

Qué estraña solemnidad! La revolución de Ruan por una especie de consagración pública quiere entrar en posesión de sí misma é instalarse en sus funciones. Oyéanse músicas melodiosas, y es que se abre la escena.

Doscientos miserables alineados en falange se adelantan al través del gentío. Llevan en medio al elegido de la rebelión: el soberano improvisado de una república naciente, es Gros, el mercader de telas.

Habian echado grotescamente sobre sus espaldas un manto de púrpura al modo del de los monarcas; llevaba una especie de cetro en la mano; una corona

cívica adornaba sus cabellos, y el conjunto de esa amalgama de altas pretensiones, sobrecargado de seda, era el ridículo mas completo.

De pie á su lado, una jóven de extraordinaria beldad, levantaba un escudo al modo de una égida tutelar. Es elegante su talle, y representa la figura de la libertad. Ah! Riperto la ha reconocido... es la Verdulera del Chatelet.

Al atravesar la plaza del mercado, seguía la comitiva con paso lento y mesurado, resonando en derredor cánticos homicidas. Algunas jóvenes vestidas de blanco y entrelazadas con guirnaldas y coronas de pámpanos, echaban flores á su paso. Todo eran banderas, armaduras, penachos y palmas verduzcas, en medio de la glorificación de las asonadas, lo que unido á las arengas para seguir la virtud y á los llamamientos al desorden, daban á la ceremonia un aspecto lúgubre á la vez y ridículo. A la vez domina-

ba un espíritu de sangre y de farsas. El crimen se presentaba risueño y con máscara, el asesinato iba desnudo.

Savoisy compelido por las oleadas de la muchedumbre no habia podido acercarse al soberano Gros. Pintábase la indignacion en su semblante, y su mano apretaba con furor el puño de la daga oculta bajo sus vestidos.

Un trono verde, cubierto con un dosel encarnado y con franjas de oro habia sido levantado en medio de la plaza. Subiase á él por medio de escalones cubiertos de un tapiz. La falange de los descamisados que se daba un aire majestuoso de soberanía ciudadana, se detiene al pie del tablado; Gros baja del pavés, sube á la tribuna real y saluda al populacho. Al instante, á guisa del entusiasmo nacional, resuenan aplausos, himnos y una inmensa gritería: oyéanse trompetas, tambores, clarines y campanas, todo cuanto anima mas el tumulto. Entre-

tanto Gros se repanchigaba en su tronó.
 «Amigos! esclama el gefe popular desde lo alto de su cátedra que le acababan de erigir; bravos amigos! ya no mas monarquía. De hoy en adelante seamos todos iguales como lo quiso Guillermo Tell; todos ciudadanos como lo decidió Bruto: todos emancipados como lo está predicando en Inglaterra John Bull; todos hermanos como lo ha decretado Felipe Artevelle. Alemania, Italia, Flairdes é Inglaterra, quieren la república y la obtendrán. Pero antes debe la Francia dar el ejemplo á las naciones. Abramos la senda!.. Ya no mas cetros. Destruyamos y hagamos trizas sin piedad el viejo régimen y rancias leyes. De entre los sacudimientos populares sale la chispa que ilustra la inteligencia y enardece las opiniones. Abajo los palacios y las cortes, santuario de las tiranos! Desde ahora nada debe haber oculto. Una autoridad manifiesta, un gobierno con soberanos sa-

cados de entre el pueblo, heos aquí lo que se necesita en adelante para la prosperidad general. Descartemos á la antigua nobleza del peso de sus privilegios y de las superfluidades de su grandeza; vuélvannos su oro los que le tienen demasiado: las fortunas deben igualarse. Ay de los ricos que se resistan! el pillaje seria entonces justo. Si es necesario que corra sangre, sea en hora buena: algunas veces la humanidad quiere que se mate. Ruanenses! vuestras cadenas ya no existen. Ciudadanos de un pueblo libre, que me habeis escogido libremente para no tener dueño ni yugo: ya no obedeceréis mas... que á mí.

La conclusion era mas que original y sin embargo no ha hecho impresion á nadie. El discurso del mercader, preparado de antemano, y pronunciado con todo el énfasis prescrito por la circunstancia, ha parecido generalmente elocuentísimo. La figura rubicunda y el

enorme vientre del sublime ciudadano Gros, tal vez corrian en contraste con el carácter enérgico que la poesía pide al heroísmo; pero S. M. en cambio era ancho de espaldas, tenia una salud á toda prueba, unos pulmones formidables, y si bien era estúpido y grosero, imponia en cierto modo á la muchedumbre con cierta brutalidad que ejercia ascendiente sobre de ella: Gros era tenido por un hombre de chapa.

Su arenga ha obtenido aplausos. Sin embargo en medio de ellos se oyen algunas befas; porque la Francia fué en todos tiempos satírica. Trasladarémos algunos rumores del populacho:

— ¡Hola camaradas! que lenguaje tan chillón!

— Qué boca! parece un horno.

— Te parece si tiene discernimiento?

— Como la burra de Balaam cuando hablaba con su dueño.

— Me parece que hay una gran dife-

rencia: y es que el amo montaba el asno.

— Pues bien! Gros nos ha puesto la albarda. Cáspita! que viene á ser lo mismo.

— Compadre fuera chufletas: respetad al dueño!

— Al dueño! bomba! es una palabra que hemos sacado del nuevo alfabeto. Puesto que nos hemos sublevado para no obedecer á las cabezas coronadas, sería muy vergonzoso humillarse ante esta alteza de nuevo cuño y despilfarrada.

— Como despilfarrada! mira sobre sus hombros el armiño que le cae lindamente.

— Segun como se mire: algunas manchas he observado yo en su traje. Por lo demás sus carrillos son la única púrpura que lleva.

— Tanto mejor: la púrpura sienta bien sobre el trono.

— Al diablo con los tronos! son unos asnos nuestros camaradas?. Lo que desmantelaban ayer lo están componiendo

hoy, sin seguir ningun sistema.

—Mira que tienes razon. ¿Si fuese que hubiésemos sacado nuestra daga del estuche solo para pasar de una dominacion á otra, de un rey añejo á otro nuevo? ciertamente que nos hubiéramos lucido.

— Chito! ¿sabes que Gros es un hombre de escelente cabeza?

— Oh! tocante á esto nadie se lo puede negar: es ancha y robusta.

— Sus riñones son de elefante, y su voz es la de un toro.

— Sus muslos son de vaca, y sus pies de buey.

— Callaréis malditos!

Hubiera continuado la crítica, y tal vez en pos de ella hubieran tenido lugar reyertas, cuando Nicolás Flamand agitando con su mano la bandera de Ruan, en la que se veia bordado en relieve un carnero atravesado con una espada, viene á llamar la atencion general. A la cabeza de una cohorte armada de picas se

adelanta hácia el estrado en que estaba Gros.

—Grande ciudadano! esclama Nicolás; en nombre del pueblo de Ruan vengo á pedirte un acto solemne, una declaracion nacional, un decreto de alta justicia, la abolicion de todos los tributos.

El feroz acento del gefe, su actitud imperiosa, las salvajes figuras que le escoltaban, y su sangrienta espada levantada, aterran al nuevo soberano. Gros se estremece; pero no le es permitido permanecer irresoluto: se levanta y esclama con voz de trueno:

—Estan abolidos todos los tributos.

Todo el pueblo le aplaude.

—Todavía mas, repone Nicolás, no te sientes en el alto trono á que te ha elevado el grito universal sin haber descargado al pais del peso de todos sus gravámenes. Oye el voto de la Francia: ¡Abolicion de la nobleza!

Gros se levanta con pesadez.

—Venimos en abolir la nobleza.

Nuevos traspórtés, sonatas y repique de campanas.

— ¡Ilustre ciudadano, consume tu obra! añade el héroe popular. Confiscación de los ricos señoríos!

Gros esclama con voz terrible.

—Confiscamos todos los ricos señoríos.

—Síguese el mayor entusiasmo; tiranse sombreros al aire, se dan palmadas y sueñan bocinas.

—Concluye! repone Nicolás. ¡Mueran los enemigos del pueblo!

Aterrado Gros, esclama:

— ¡Mueran los enemigos del pueblo!

Un rugido general mezclado de risa sardónica y del inarmónico sonido de los instrumentos de cobre, responde al decreto de sangre concedido por el temor á la ferocidad. La Verdulera del Chatelet lleva la mano á su frente: una nube som-

bria ha pasado por delante de su rostro, lívido es su semblante, sus rodillas tiemblan. ¿Era efecto de temor ó de horror? O tal vez ha percibido á Riperto errante entre el gentío?

A las últimas palabras de la máquina revolucionaria promovida á la soberanía nacional, un enjambre de fieras se había lanzado de todas partes hácia las casas de los empleados y magistrados de Cárlos VI. Conocidas son las habitaciones de los ricos, y en ejecución de los decretos de la libertad, va á tener lugar un degüello general.

Nicolás Flamand, entronizado en el estrado republicano, se dirige en este momento al pueblo.

—A las armas! bravos Ruanenses! No basta que os hayais elevado á la altura de las águilas, antes es necesario que os sostengais en los espacios como un firmamento de estrellas. Os amenazan grandes peligros; los enemigos se hallan al pie de

vuestras murallas, y con ellos viene Carlos VI.

—Mueran los tiranos esclama la muchedumbre.

—A las armas, ciudadanos!

—A las armas!

Los clarines anuncian la victoria, y Nicolás Flamand continua:

—Amigos! son de temer traiciones: tengo pruebas seguras de que se han introducido entre nosotros bastantes espías y emisarios del campo real. Estos viles agentes de corrupcion, trabajan aquí secretamente para entregar la ciudad al Duque de Anjou, y establecer pérfidas inteligencias entre la ciudad y el enemigo. Camaradas! fuera toda desunion; tened abiertos dia y noche los ojos: sea tenido por sospechoso todo extranjero... y muera todo sospechoso!... Asi lo quiere la libertad.

La mirada de Elisa, despedia chispas de indignacion y de encono: hubiera

querido interrumpir las arengas de Nicolás, pero la voz poderosa del gefe, hubiera sofocado sus débiles acentos.

—Ruanenses! prosigue el bandido, acabo de prohibir que de hoy en adelante entre nadie en nuestras murallas sitiadas; he prescrito además una pesquisa general en todas las casas particulares y las de huéspedes: así nos apoderaremos de los desconocidos. Mas tarde serán ya respetados los domicilios. Hoy dia no será por demas una vigilancia en extremo activa. No reine una piedad mal entendida: fuerza es destruir ó ser destruido; la virtud consiste en vencer, y el crimen en ser vencido. En tiempos de revueltas y de guerra, preciso es adelantarse siempre: si uno retrocede está perdido. Además... ¿quereis vivir?... matad.

Peró la Verdulera del Chatelet, para destruir la impresion producida por tan horroroso lenguaje, procura mudar el curso de las ideas: coge el estandarte de

la ciudad, y agitándole en los aires, habla á su vez al pueblo.

« Normandos! esta es vuestra bandera: defendedla, pero como héroes, combatid, mas no asesineis; ¡ gloria á la espada, ignominia al puñal! por mas que digan los impíos, Dios existe y nos está mirando; levantada está la balanza en que pesa á los reyes y á los pueblos: no llamemos sobre nuestras cabezas su venganza. Marchemos noblemente por las santas sendas de la independencia y de la justicia. No está hecho el cielo para los tiranos: todos allí somos hermanos. Descartarnos de las cadenas de la servidumbre es entrar en las miras de la Providencia. Bravos Normandos! no demos cabida á las infamias, y Dios bendecirá nuestra causa.

Jamás se había presentado mas hermosa Elisa. Veíase sobre su frente un casco dorado con hermoso penacho. Brillaba á los rayos del sol, y parecia coronarla de

luz. La blancura de su desnudo brazo resplandecia bajo el escudo que acababa de levantar. Los vientos que agitaban su estandarte, habian doblado sus pliegues al rededor de su cintura: todo era marcial y radiante en ella.

— Si, Dios bendecirá nuestra causa! repiten muchas voces.

El augusto Gros, que despues de la aparicion de Nicolás Flamand, se indignaba de hacer un papel pasivo, aprovecha la coyuntura para volver á entrar dignamente en escena.

— Bendígame el estandarte! esclama con tono teatral.

Seguramente que nadie esperaba semejante mocion; Gros no tenia fe ni piedad; su idea religiosa, bruscamente lanzada despues de su decreto sanguinario, era cuando menos una cosa singular: no por esto ha dejado de hacer impresion, porque lo imprevisito es lo que encanta al vulgo.

« Sí, sí, bendigan el estandarte.
— Bendíganle! un sacerdote! un sacerdote!»

Tal era el grito general. ¡Estraña movilidad del populacho! inconcebible ligereza de sus opiniones! Los mismos hombres que poco antes respondían con rugidos de triunfo á las provocaciones del asesinato, aplaudían ahora con manifestaciones de júbilo á los llamamientos de piedad.

La muchedumbre busca un sacerdote; y se dirige precipitadamente á los templos; en un ángulo de la plaza está Savoisy vestido de monje: le ven, le cogen, y á pesar de su viva resistencia le conducen hácia Elisa.

Como resistir al torrente! El fingido eclesiástico es arrastrado hasta el pie del tablado donde aparecía el elegido nacional. Riperto sube algunos escalones, y se encuentra delante de Elisa.

« ¡Ministro santo! le dice el privilegia-

do del desorden con un tono que procuraba hacer solemne y que solo era hinchado; ¡benedicid este poderoso estandarte, estandarte de los ciudadanos y de los hombres libres.»

El momento no era propio para la risa, y sin embargo el disfrazado caballero no ha podido guardar su serio continente ante la ancha y torpe figura que aparecía allí repanchigada como gefe soberano. El presidentísimo Gros, de pie y en ademán de quien manda le enseñaba su puño con toda la majestad de un tendero, señalándole el estandarte de los libres y ciudadanos. Savoisy no puede contener una carcajada.

« ¿Quién? yo bendecir! no por vida: bendecidlo vos mismo.»

Los gestos, el acento las palabras y el ademán de Riperto no tenían ciertamente nada de apostólico. Sus maneras eran las de un guerrero en el campo, y no las de un ministro en la iglesia. El populacho

se irrita al ver semejante resistencia.

— ¡Vamos, Frater! á la obra!... oyes?

— ¡A la obra! ó te despachurramos!

— Ya te hemos dicho que lo queríamos.

— Pues yo digo que no lo quiero, responde el intrépido jóven.

Y su mirada desafiaba á la muchedumbre.

— ¡Atrevidillo es el hombre! esclama admirada una de las cantarinas.

— ¡Qué tormento para Elisa!... Ella, ella misma con su estandarte acaba de atraer esta borrasca!... En vano procura ocultar su turbacion, pues se lo impide la agitacion de sus movimientos y el terror pintado en sus facciones. No habia perdido un momento de vista á Riperto desde que entró en la plaza: solo él ocupaba enteramente su imaginacion.

Baja unos escalones, se acerca á él, y mientras amenaza al monge el populacho, inclínase hácia él y pronuncia á su oído estas palabras:

— ¡Una señal de la cruz!... un mal latin!... una fingida bendicion!...

Savoisy responde en voz baja:

— ¡Una mentira!... y por miedo!... jamás.

— Vais á instigarlos al crimen.

— Y vos los impeleis al sacrilegio.

Habia vuelto la cabeza, y los espectadores pudieron ver en la espresion de su rostro y en la energia de su ademan, que acaba de negarse á las instancias de la herbolaria. Apodérase un ciego furor de la muchedumbre y resuenan numerosos gritos.

— La bendicion ó la muerte!

— ¡Agua bendita para el estandarte, ó una onza de plomo para el sacerdote!

— ¡Oremus: ó de profundis!

— ¡Tres dedos en el aire, ó la cabeza al suelo!

— ¡El hisopo ó el cadalso!

Insultantes risotadas se mezclan á las sangrientas amenazas: la risa iba á ser

preludio del asesinato. Mil brazos levantados dirigian del lado de Savoisy puntas de espadas y picas. El peligro iba á ser inminente; muchas masas furibundas se precipitaban al pie del tablado para hacer pedazos al monge: iba á resonar una campana fúnebre.

Pero la Verdulera del Chatelet, conservando toda su presencia de espíritu, estiende su escudo sobre Riperto.

«No le toqueis... que está bajo mi guarda.»

Retrocede el pueblo á su voz.

Sin embargo, al oponerse al asesinato, Elisa parecia lanzar indignadas miradas al sacerdote. Al observarla cual dirigia sus miradas de indignacion contra él, se dirá que corria en armonía su cólera con la del pueblo. Hace una señal de silencio; se bajan los aceros homicidas; se suspende el asesinato... todos escuchan.

«Ruauenses! dejad por mi cuenta este hombre: guardaos de tocarle. Yo veo un

plan en su conducta: aun mas, un misterio... y seria una imprudencia imperdonable despreciar los medios de descubrirle. Dice ser monge... ¿de donde viene?... cual es su convento? á donde se dirige? Heos aqui lo que es forzoso descubrir. Voy á interrogarle sola en el templo. El audaz callaria delante de testigos: ¿quien sabe si viéndome á mi sola se decidirá á hacer importantes revelaciones?... quien sabe si está en manos de este traidor la salvacion de todos nosotros?... Aquí cerca está la catedral, lugar favorable para confesiones. Condúzcanle allá, que luego voy.

Pero, por mas idólatra que el pueblo sea de Elisa, esta vez no le arrebató su voluntad. Nadie se mueve; todos titubean, se consultan mutuamente... y nada deciden.

De improviso tomó Gros la palabra. Despechado aun el voluminoso potentado porque no le permitian hacer un pa-

pel brillante en los nuevos debates, quiere hacer un acto de príncipe: y pavoneándose como juez supremo, pronuncia en nombre del estado:

« Oida la nación, consentimos en ello, jóvenes. Interrogad á este ciudadano! que os siga á la catedral!»

Y como el representante del país debe evidentemente ser la espresion del voto nacional, ha sido obedecido sin murmurar: sus palabras tienen fuerza de ley. El pueblo se ha creído consultado: precisamente debe ser él quien manda. A pesar pues de Nicolás Flamand, único que amenaza aun á Savoisy, la bella Verdulera triunfa.

En un ángulo de la plaza estallaba en este momento un tumulto horroroso. Eran los tigres de la rebelion, una de las hordas de Nicolás, que despues de haber allanado las casas de los magistrados, de los colectores, de los nobles y de los ricos de la ciudad, volvian fieros y triun-

fantes, arrastrando en pos de sí sus víctimas. Van á degollarlas en la misma plaza.

Elisa se aprovecha del desórden que este nuevo incidente motiva en el teatro revolucionario para apresurar su marcha hácia la catedral. Se colocan en dos hileras á su paso, y la saludan con respeto. Nicolás, cuya atencion acaban de llamar sus reciénvenidos bandidos, ya no detiene á Elisa, de manera que esta con la cabeza erguida y la mirada tranquila atraviesa un largo espacio. Aparta con su escudo cuanto detiene sus pasos. Gran parte del pueblo se precipitaba hácia donde se trataba de degollar á los cautivos. Savoisy seguia á la Verdulera: nadie le insulta... y los dos jóvenes llegan al templo.

Elisa penetra en la morada del Señor, y su corazón, hasta entonces comprimido, parece que se abre á la vida. Atraviesa rápidamente la vasta nave, y su

mirada recorre con religioso reconocimiento las bóvedas del asilo sagrado. Allí hay un altar, un Dios; hay socorro y salvacion; allí no se oye el ruido del mundo, y entre santas tinieblas, lejos de las funestas pasiones humanas, solo la piedad humilde y candorosa halla un trono.

Está desierta la Basílica; los sacerdotes aterrados con el sacudimiento de las masas se habian dispersado hácia todos lados. Detiénese Elisa debajo la enorme lámpara de plata que alumbraba el santuario, y se echa de rodillas. El amor y el valor han tenido necesidad de un auxiliar, y este es la oracion. Levántase la Verdulera, Riperto está á su lado: ambos se hallan solos.

Hay momentos en que las palabras del sentimiento son tan imposibles como recoger las ideas. Solo respiraba con esfuerzo el oprimido pecho de Elisa; su mirada vaga despedia chispas fantásticas, pero ningun acento, ninguna palabra

salía de sus labios: permanecía inmóvil. Mirábala Riperto con una admiracion que iba en aumento. Al rededor de ella vagaba una atmósfera á parte, un mundo, una existencia, un cielo que no era posible encontrar en otro punto: ninguna muger sobre la tierra se parecia á Elisa. Su vestido extraordinario, su casco de oro con plumas blancas, sus negros y rizados cabellos agitados por el soplo de los vientos, sus hermosos ojos, el brillo de su tez, su agitacion y su desórden, todo en ella parecia distintivo de las hadas. Conmovido el caballero á pesar suyo, la miraba con una espresion desconocida, con una turbacion lenta y triste; hubiera querido permanecer helado, pero su interior ardía.

Ya no dudaba de lo que le habia manifestado el duque de Anjou: Savoisy era amado. La conducta y la agitacion de Elisa se lo decían claramente, puesto que en su fisonomía espresiva se podia leer el

ardoroso secreto de su existencia. Allí, junto á él se desarrollaba en su irresistible fuerza este sentimiento contagioso, ese fuego insinuante, la rápida electricidad que pasa de corazón á corazón sin que sea posible á nadie defenderse: y él! ingrato! callaba. Sin embargo, ¡qué emoción violenta y concentrada recibía del contacto de aquel amor inmenso y solemne que todo lo desafiaba por él en la tierra!... A pesar de esto ni una sonrisa salía de sus labios.

—Y bien, Riperto! dice Elisa. Y la pobre jóven, que no ha podido encontrar mas que estas dos palabras; las pronuncia como al azar con un acento plañidero.

—Qué habia sido de su valor? De improviso parecia haberse desvanecido. La aparente insensibilidad del Conde habia paralizado hasta su pensamiento. Su frente está oscurecida por el dolor. Su cuerpo lleva impresos los sentimientos del corazón, y aterrada á vista del silencio á

Savoisy repite maquinalmente estas tristes palabras.

—Y bien! Riperto.

La tierna melancolía de su acento saca al paladin de la especie de entorpecimiento en que estaba abismado.

—Elisa! le responde, mi presencia en Ruan y mi hábito de monge ha debido con razon admirarte. No debes interrogarme por el interés de la rebelion?... Habla, que estoy en tu poder.

—En mi poder! tu Savoisy! añade la jóven con una amarga tristeza y una desesperacion desalentada; ay de mí! aquí como en todas partes, hoy día como siempre, soy yo quien estoy en tu poder. Ignoras pues tu imperio, tu soberano imperio sobre de mí?... Permíteme que por un momento vuelva cerca de tí á la intimidad de nuestra niñez, á nuestro antiguo lenguaje, á nuestras confidencias del sentimiento. Paréceme que es ya tiempo de que dé fin al misterioso dolor que me

devora. Aquí nos hallamos delante de Dios: aquí se borran las distancias... ignoro si el extravío de mi razón es un castigo del Ser Supremo, pero mi corazón quiere abrirse á tí, aunque me cueste el envilecimiento: ¿debo hacerlo, Riperto? quieres que lo haga?

—Tu corazón!... interrumpe Savoisy; acaso no está enteramente entregado á la venganza?

—Ah! es verdad, vos me lo recordais, responde la Verdulera levantando su cabeza con toda la altivez de un orgullo herido en lo mas vivo; es verdad yo me apartaba del sendero. Tambien vos teneis uno! y sin duda aquí se han cruzado los caminos de entrambos. No es verdad que hay un complot?... Negadlo!

—Jamás mentir.

—Pues bien que anhelaís?

—Ver á una muger.

—Como se llama.

—Elisa.

—Venís aquí por mí! vos, Riperto!

Y el torrente de su cólera que iba á salir violentamente de madre, se apacigua de improvísio; su oprimido pecho vuelve á respirar para sobrellevar de nuevo el peso del sentimiento.

—Habeis venido por mí! repite; ah! no me engaños, Riperto: sobrado sé que tu destino no debe contar por nada conmigo. Serias capaz de hablarme de este modo para adormecerme en el seno de las ilusiones á fin de que abandone la senda de las venganzas? Oh! esto seria indigno de tí; seria una crueldad cobarde. Mi alma se aviene poco á poco con su fatal aislamiento; por piedad! no me hagas dar cabida á la esperanza, á esa antorcha de júbilo que el viento de la desgracia apaga tan pronto, esta chispa incendiaria que no alienta y consume. Por favor no me engaños: la verdad desnuda, Riperto!

—Hela aquí, responde el guerrero:

enviado de Carlos VI, vengo á hablarte en su nombre.

— A mí, en nombre de Carlos VI! interrumpe con ironía la Verdulera; un embajador! qué gloria! según esto hice bien en pensar que no os traía aquí ningún sentimiento del corazón. Enhorabuena. ¿Qué me ofrece el Rey para ser traidora á los Ruanenses?.. Porque, sin duda será esta la alta misión que os habrá confiado. Me ofrece oro, no es verdad, una renta: oro por sangre; y á vos os encargan la negociación. Está decidido pues que mi vida ha de ser una llama continuamente atizada por el soplo de las tempestades! Huye, pérfido mensajero! entre vuestros príncipes y yo se halla una barrera inmensa... el ensangrentado cuerpo de mi anciano padre!

Una sonrisa de sarcasmo y de indignación surcaba sus pálidos labios. Su pensamiento al modo de un puñal que sale de una herida, se retiraba sangriento,

fria y desnuda. Riperto se estremece ante la dignidad sombría y desdenosa de su lenguaje. No osa oponerse de frente á una alma tan fuerte y á la vez tan tierna, antes busca un rodeo y responde con voz conmovida:

— Hermana, yo he llorado á tu anciano padre. No acuses de su muerte al Rey: él no la mandó, antes se ha mostrado indignado por ella. Sabes bien, Elisa, que horroriza á mis labios la mentira: pues bien! lo juro por el honor que Carlos VI ha llorado tu infortunio, y que quisiera restituirte á la felicidad. El mismo me ha hablado en estos términos: Usa de tu imperio sobre de ella para sacarla del abismo á que se ha precipitado: vuélvonos á Elisa!

— Basta! interrumpele la Verdulera. Usa de tu imperio sobre de ella! luego también sabe el Rey?.. No importa! se puede publicar por toda la tierra: nos amábamos desde la niñez; ó mas bien, Ri-

perto, yo te amaba. Este afecto antes tan tranquilo era un dulce sueño de flores. Hoy día que ya hemos despertado, esta ternura aumentada con la edad, y herida de las largas impresiones, de los pesares y dolores que se identifican con la vida, ya no es mas que una tempestad eterna. Es un suplicio... y sin embargo, suplicio necesario: pereceria sin él. Sé que la suerte nos separa, pero me he resignado á ello, y me he trazado un sendero. Creo que hay en la vida otras cosas que el amor, y si bien estoy por condición lejana de las grandezas, no por esto lo estoy de las virtudes. El espíritu puede errar pero el alma ama la rectitud. Riperto! desearia serte útil; es acaso preciso que muera por tí? dispuesta estoy á ello. Porque siento que no puedo curarme del amor que te tengo ni pasarme sin él. Yo misma no comprendo como soy osada á decirte semejantes cosas, y como puedes tú escucharlas, ¿pero será que la

muerte nos rodea, ¿que este recinto piadoso santifica los votos del alma, y que Dios oye aquí todos los días las confesiones de los padecimientos... Ay de mí! y del arrepentimiento?. Ah! no: jamás me arrepentiré de haberte preferido á toda la tierra, porque tú me has salvado de esos hombres de voz brutal, de obscuro rango, de groseros modales, que me estaban destinados por mi posición, pero cuyo aliento de hielo y cuyo lenguaje me irrita, á quienes miro con desprecio, y de quienes me aparto: tú me has elevado, si bien que no hasta á tí, pero si hasta la nobleza de tu corazón. Mi amor que entre los hombres me ha valido para siempre el ser desechada me deja al menos grande y pura. Ah! mi lenguaje es muy desordenado!... tantos pensamientos!.. tan poco raciocinio! interrúmpeme, Savoisy! tu silencio casi es aquí ternura: haz por manera que no me engañe!

Oh! cuan difícil es en la edad de las pasiones resistir á la dulce mirada de la beldad y á los plañideros acentos del amor!.... Riperto, bajo la frialdad con que encubria su fiereza, ocultaba una naturaleza ardiente. Si bien que no era expansiva su alma, sin embargo era capaz de impresiones en el mas alto grado: cuanto mas las comprimía mas fuerza tomaban en él. No amaba al modo que los demas; pero amaba tanto, mas, y mejor.

Al escuchar á Elisa se habia apoderado de Riperto una emoción tierna y reconocida, que no llegaba á ser amor, pero que pasaba los límites de la amistad. Tenia tantos encantos la Verdulera! Educada en los salones dorados donde sus primeros hábitos llevaban un sello de nobleza, y restituida despues bajo el techo paternal donde la adversidad la habia reducido á la condición mas humilde, tomó de paso á ambas clases de la sociedad lo que las dos tenian de mas poético. Ve

ahí su gracia en el lenguaje y la franqueza de sus pensamientos; su tedio por los artesanos que la rendian homenajes, y su furor contra los nobles que la despreciaban: la elegancia de sus modales y la energía de sus acciones.

—Yo interrumpirte! dice Riperto. Puedes creer que sea tan insensible que no encuentre ningun encanto en oírte? Oh dulce amiga de mi infancia! tu vida no será ciertamente entre mis manos un instrumento que uno puede romper. No, no podria olvidar nuestros primeros años: tú eres mi hermana, mi querida hermana; tú permanecerás hermana mia adoptiva. Tu suerte estará colocada junto á la mia: tú serás feliz, Elisa. Pero no deseches los ruegos de tu hermano, de tu amigo, del que quisiera poder restituirte en beneficios, lo que tú le das en ternura. Oh! que la opinion política y el espíritu de partido no vengán á levantar más barreras entre nuestros destinos!....

bastantes los separan. Abandona un camino funesto; y uno junto al otro, si me amas, marchemos juntos.

—Detente! exclamó la Verdulera; detente! mis fuerzas me faltan. Acabas de dirigirme palabras muy tiernas, palabras indefinibles; pero por mas tiernas que me parezcan, me abruman: no son las que yo hubiera escogido. No importa! las accepto tales cuales son, con reconocimiento con efusion: no podias ofrecer mas. Con qué derecho te hubiera podido decir: *¿no son bastantes?* nosotros, marchar juntos, Savoisy! muy bien sabes que es imposible. Tú tienes necesidad de grandezas, de fortuna, de porvenir, de gloria: como podria marchar contigo yo, tan distante de tu posicion, un átomo acá en la tierra! sin embargo, cuando el corazon está poseido de un amor inmenso, se creeria con fuerzas para emprenderlo todo, para crear y rehacer un mundo, para decir *esto quiero, y esto se ha-*

ga. Engaños! pobre jóven, ay de mí, vivir y morir por amarte, he aqui toda mi carrera: no será muy larga. Tanto mejor; solo me habrás conocido en la flor de la juventud con la beldad de la primavera, con el lenguaje del amor. ... te habré dejado recuerdos, sin haber desvanecido la ilusion.

Su energía de heroina se habia desvanecido ante las ilusiones de la amante. Una lánguida melancolía se pintaba en su semblante al modo de un vapor, y su tierna mirada fija sobre Riperto parecia bañarle de luz y de amor. El noble caballero estaba turbado, seducido y fascinado; escuchábala fuera de sí, olvidando su mision y peligros, al Rey y á la ciudad rebelde, á Inés y á la misma Eloina.

—Siguese un largo silencio.

—Savoisy! repone la Verdulera: tú, que eres la franqueza y el honor mismo, no abuses de mi credulidad: ¿es por mi,

verdaderamente por mí que has espuesto tu vida introduciéndote en Ruan? ¿responde!

Riperto vacila y calla.
—Enumudeces! répone la jóven; ¿no temes que yo lo diga?... Ah! trasluzco la verdad. Dentro de estos muros se halla una dama de noble alcurnia... por la que uno tirá de su espada... por la que uno mata á su semejante. Feliz y poderosa en Ruan, se habia formado una especie de corte: hoy dia proscrita y oculta, es el foco de las conspiraciones. Sin duda necesitaba un auxiliar... Atrévete á negarlo... te esperan.

—Negar la verdad! jamás, dice Riperto con frialdad: dos mugeres me llamaban á Ruan: ¿á qué ocultarlo?... la primera eres tú.

—Pero la otra, esclama Elisa con el acento de los zelos irritados, la otra es la vizcondesa de Meaux, la seductora Eloina, la que os hizo cruzar vuestra espada

con la del desgraciado conde de Trie, la que por dos veces habia comprometido vuestra existencia, aquella cuyos hechizos, rango y fortuna alucinan, por quien empezó á latir vuestro corazon delante de mí, la que puede ser vuestra esposa y que tal vez os ama!... Adios. Riperto.

Ha pronunciado estas últimas palabras con tono brusco. Los lejanos gritos del populacho resonaban en este momento hasta en el fondo del santuario: Elisa se ha estremecido.

—Oigo la voz de los míos que me llaman: cumpla cada cual su deber, Savoisy. Yo, ya sé donde dirigir mis pasos.

—Pues yo no; nadie me llama en Ruan ni nadie me espera. Solo el puñal me persigue y me busca.

—¡Nadie te espera! mentira! ¿Y la vizcondesa de Meaux?...

—No sabe ni mi partida, ni mis planes, ni mi llegada. Todavía ignoro don-

de para mí que ha podido ser de ella.

— Como pues! siendo tu esposa futura...

— Esposa futura! otro error; te lo juró, Elisa, jamás Eloina recibirá mi mano y mi fe ante el altar.

Una inconcebible mudanza se deja ver en las facciones de la Verdulera. Se ha disipado su palidez: su tristeza solemne de amante y heroína ha dado lugar á la cándida alegría de una virgen y de un niño, lo que era cedro se ha convertido en rosal. Una sorpresa encantadora, una esperanza yaga, la destruccion completa del edificio de la desgracia levantado por los zelos, un rayo delicioso echado al azar sobre el porvenir, mil sensaciones de felicidad y de imágenes imprevistas, reaniman el corazon de Elisa.

« Ah! Savoisy! repítelo jamás serás su esposo? »

— Jamás.

— Creo en tus palabras.

— Pues bien! pruébamelo, hermana mía!

— Tu hermana! no importa, prosigue: qué pretendes de mí?

— Que seas mi guía: que me procures los medios de llegar hasta la vizcondesa de Meaux, que me digas lo que ha sido de ella y cual es su morada.

— Su morada!... Todos la ignoran en la ciudad: Sin embargo yo he podido descubrirla.

— Donde vive?

— En la calle del puente, casa Garnier, en el fondo de un patio sombrío y desierto.

— Voy allá. Elisa; es fuerza sustraer á Eloina á los peligros que la amenazan: bien sabes que van á ser visitadas todas las casas de la ciudad: perdida está la vizcondesa si Nicolas Flamand la descubre; salvémosla!

— Yo me encargo de ello, Riperto.

— Me respondes de su vida?

— Solo tiemblo por tí. Esta noche saldrás de Ruan.

— Y qué diré de tu parte al Rey?

— Que no puedo ser traidora para con mis hermanos, pero que aquí apoyando la desgracia, puedo impedir un derramamiento de sangre. Al menos haré para ello todos mis esfuerzos. Dile que horrorizada del crimen he querido permanecer dentro los muros de esta ciudad emancipada para oponer un dique al torrente furioso de las venganzas populares, y para servir, no su causa sino la de la humanidad. No puedo hacer mas: nadie obtendrá otra cosa de mí.»

Interrúmpenla feroces clamores. Un frío mortal recorre las venas del caballero. El pueblo está nadando en las alegrías del asesinato: en este momento, á algunos pasos de la catedral, está degollando á los partidarios de Carlos VI. Oye el grito de las víctimas unido á los clamores de los verdugos y á la zambra de

los bandidos. Se le erizan á Savoisy los cabellos, no puede volar al socorro de sus desgraciados hermanos cuyos acentos de desesperación llegan á sus oídos... y sin embargo tiene una espada!...

Crece el tumulto, se acerca, todo son asesinatos: en cada playa hay un holocausto, en cada calle una hoguera: las trompetas y clarines saludan á los trofeos de la muerte. Los espacios bastan apenas para abarcar las monstruosas y salvajes palabras de la impiedad y de la furia revolucionaria.

«Dios todo poderoso! esclama Riperto centelleando de furor su mirada, como no te dejas ver y lanzas el rayo sobre los verdugos!...»

Estas palabras casi lanzadas contra Elisa y que parecian compararla á los bandidos de la rebelion, indignan á la jóven, y vuelven su atencion á la venganza y á su anciano padre.

«El todo poderoso! repite, ah! no

lanza rayos contra los verdugos!... nuestro Regente vive y gobierna.

Pero el Conde está exasperado.

— Apártate de mi vista!... calla. Hacé poco hablabas de tu horror al crimen y el apoyo que prestarías á la desgracia: hija de la rebelion! ve á detener el torrente impetuoso de las venganzas populares! Eres tú quien hablabas de virtud, de humanidad y de amor... oye!

Elisa está fuera de sí.

— Pues bien! esclama á su vez; cuando bajo los azotes ensangrentados de los soldados de tu Rey espiraba mi padre mutilado, tambien estaba yo allí... y oía!... y tal vez tu Regente no muy lejos de allí hablaba tambien de amor y de virtud. Ignoras que los estravíos del odio y de la ferocidad, pertenecen á todos los partidos, á todos los rangos y á todos los nombres? acaso no hay escusa para los crímenes de un pueblo sublevado contra la injusticia? acaso compete únicamente

á los grandes el derecho de las venganzas y el privilegio de las tropelías? Cuando en un foso, en mitad de la noche y en un tiempo frio, mi pobre padre exhalaba su postrer suspiro en mis brazos; esclamando: venganza! venganza!... entonces tambien oia yo. Oh! porqué no te encontrabas entonces á mi lado? tambien te hubiera dicho: calla! escucha!

Y levantada su frente, sublime con el amor filial, con la amargura de los recuerdos, la energía de sus quejas, y la justicia de su indignacion; era una figura imponente la Verdulera.

Riperto fuera de sí la rechaza.

«No pronuncies ninguna palabra mas, Elisa! ó mis labios, cuando ruge el asesinato, al pie de los altares, y delante de Dios, pronunciarán estas palabras: te aborrezco!»

Acercábanse en esto mas terribles los clamores del populacho. La muchedumbre homicida está al derredor de la Igle-

sia... Se abre con estrépito la puerta sagrada, y se presenta Nicolás Flamand.

— Ven! sígueme!... exclama la Verdulera.

Y cogiendo de la mano á Savoisy le conduce con la rapidez de la flecha; van á una pequeña puerta lateral que da á una calle solitaria, y señalándole un pasadizo estrecho y obscuro, añade concisamente:

— Allí á la derecha, ocúltate! entretanto detendré á los que te buscan. Esta tarde iré á buscarte á la calle del puente, allí donde sabes. En seguida, en medio de la noche haré que los dos salgais de Ruan á favor de una poterna. Ah! por toda recompensa, decidme despues entrambos: os aborrezco!

— Oh Elisa!

— Silencio! Savoisy.

— Una palabra!

— Nada escucho.

Le rechaza á su vez la jóven, cierra

precipitadamente tras de sí la puerta lateral de la Iglesia, entra de nuevo en el recinto sagrado, y se adelanta con paso tranquilo hácia los hijos de la rebelion. La ve Nicolás Flamand, corre á ella, y la dice con voz de trueno:

« Donde está este sacerdote?

— Ha salido.

— Con qué derecho salvais á ese hombre?

— Con qué derecho le quereis matar?

— Quien os dice que quiera yo su sangre?

— Vuestra daga ensangrentada con los asesinatos.

Admirado del acento enérgico y decidido de la jóven, el bandido permanece indeciso algunos momentos tocante á la resolucion que va á tomar. Violentamente perdido por Elisa, no queria irritarla: la venganza no estingue en él á la voluptuosidad. Estas dos pasiones no eran en él dos armas opuestas, sino dos llamas

que le consumian y devoraban á la vez.

No habia reconocido á Riperto, pero el repentino interés que habia tomado por él Elisa atizó sus sospechas y sus zelos. Ha jurado la muerte del desconocido.

«Este monge, añade, es un espía del acampamento real, un noble disfrazado, un falso sacerdote.

— Sé mejor que vos quien es, responde friamente la Verdulera; le he interrogado, y no encontrándole culpable le he puesto en libertad.

— Quien os lo habia permitido?

— Nadie me lo habia prohibido.

— Porqué este equívoco eclesiástico ha rehusado bendecir nuestro estandarte?

— Porque sus superiores no le habian autorizado para ello. Los monges tienen sus reglas al modo que los soldados su disciplina. El hombre á quien acabo de interrogar cumple con su deber, y sigue su camino.

— Mas porque lo habeis despedido de

vuestra propia autoridad, sin consultar á nadie?

— He consultado á mi conciencia.

— Y á nadie mas?

— Sí, á Dios.

— Este no tiene ojos ni lenguaje.

— Para vos, Nicolás, tal vez. Tocante á mí, me habla y me mira.

— Desde cuando tanta piedad? interrumpe el gefe sardónico; ¡buena es la coyuntura para ello!

— Quizás que sí.

— Por donde ha salido este hombre? repone Nicolás furioso.

— Por una de las puertas de la iglesia.

— Cual?

— No lo sabréis.

Nicolás no puede contenerse; sus labios despiden espuma de rabia, y murmura sordamente:

— Necesito la vida de ese hombre!

— Seguidme! le dice la Verdulera con tono de autoridad suprema; salgamos de

este recinto de paz : aquí no pueden permanecer hombres de sangre. Nicolás Flamañd!... seguidme.

—No quiero.

—Os lo mando.

Y la profunda mirada de Elisa le imponía obediencia bajo pena de enemistad. Dan uno contra otro los dientes del gefe ; conoce que se le escapa su presa : no importa , es preciso conformarse. Le ha sido forzoso al tigre retirar por un momento sus garras.



Capítulo XII.

Ex lo mas retirado de un patio solitario , en una casa de triste apariencia , á la estremidad de la calle del Puente , un monge y una muger hablaban á media voz. Apenas una débil claridad alumbraba la humilde habitacion en que se encontraban. El sol habia desaparecido del horizonte , y los dos desconocidos , felices uno al lado del otro , no pensaban en separarse. El lugar no tenia sin embargo nada de atractivo. Era una especie de subterráneo , de desnudas murallas , sin aire , sin hogar y sin luz. Habíase colocado una cama donde se veian cortinas despedazadas una mesa , un baul , y tres si-

llas componian todos los muebles. Quien habitaba tan pobre recinto?... La bella Vizcondesa, Eloina.

La noble dama habia encontrado allí un refugio cubriendo sus delicadas formas con el hábito grosero de las lavanderas de Ruan. Juan Garnier, dueño de la casa, y adicto al rey, habia jurado salvarla con peligro de su vida. Velaba por ella noche y día, y Riperto en hábito de monge, no sin mucho trabajo logró llegar hasta su morada, manifestándose antes con franqueza al cerbero.

Al entrar el caballero habia hecho voto de no dar cabida á ninguna muestra de ternura, ocupándose solo á su lado en los medios de servir á su príncipe: pero la vizcondesa de Meaux era una de esas mugeres hechiceras junto á las cuales no es posible permanecer tranquilo. Riperto empezó por comunicarla la mision que le habia encargado el rey. Al principio la conversacion fué ceremoniosa,

compasada, difusa, y solemne; pero á poco se deslizaron por grados palabras que sin decir nada hablan mucho. Eteos aquí que entre las deliberaciones sobre la guerra, á pesar de los dos interlocutores, se establece otra sobre el amor. Además el acento independiente de sus palabras animaba entre ellos una especie de conversacion invisible é íntima en que se comprendia lo que no se habia articulado, y se dejaba oír lo que se queria callar. Ah! muchas veces nada denota mas los sentimientos ardorosos como las frases cortas y frias.

La vizcondesa de Meaux, habituada siempre á las grandezas y jamás fatigada de sus pompas, no podia avenirse con la necesidad de sacrificar las vanidades de la tierra para que descansase su existencia en la sencillez del sentimiento: le parecia que podia aliarse el orgullo con el amor. Era incapaz de exaltacion sublime y de abnegacion entusiasta: sin embar-

go amaba á Riperto. Al verle hubiera querido atrincherar su pasión naciente tras la dignidad de su infortunio y la relación de sus peligros: pero en punto á amor no hay detenciones; si uno no retrocede, adelanta.

La Vizcondesa, llamada para dar lugar á acciones de heroísmo, se asociaba con júbilo á Savoisy. Hacer un papel brillante era una gloria, y esta era toda su ambición: brillar era para ella ser feliz. Tenía secretas inteligencias con las familias mas elevadas de Ruan; el dueño de su habitación le servía de mensajero y de intermediario, teniéndola al corriente de los acontecimientos: aun entre los bandidos tenía espías pagados, y entre los servidores adictos, se reunían muchos secretamente en distintos puntos, preparándose á tomar las armas á la primera señal. ¿Podía la vizcondesa de Meaux ejercer algun predominio desde el fondo de su obscura morada, derramando á

manos llenas el oro? Sin duda que si: se encontraba en posición de lograr una alta celebridad, pero necesitaba la energía del valor, la tenacidad de la voluntad y los arranques del entusiasmo, virtudes que le faltaban: su carácter era la inconstancia, y sus amores la frivolidad. Ay de mí! La encantadora Eloina en medio de las revueltas, de las intrigas y de los asesinatos no tenía por todas armas mas que las gracias de la coquetería, los prestigios de la grandeza, y los caprichos de la beldad.

El duelo del prado de Clercs no pudo quedar sin recuerdo en la larga entrevista de Eloina y Riperto: este fatal acontecimiento estaba acompañado de crueles recuerdos. ¿Pero cual es la muger que no perdona á su amante haber sacado por ella su espada, y aun haber dado la muerte á su rival?

La Vizcondesa habia hablado al principio con indignación tocante á la que-

rella y al combate; mas recordando la grave herida y la larga enfermedad del vencedor se habia ido suavizando, y la cólera habia perecido ante las lágrimas.

Dos nombres, entre otros muchos, asomaron distintas veces en los labios de Eloina; su altivez se negaba á pronunciarlos; eran los nombres de Inés y de Elisa. La noble dama recordaba todavía la terrible noche de la asonada, cuando la célebre hermana de leche de Riperto la desafiaba á que la olvidase. Tambien tenia muy presentes los sarcasmos del duque de Anjou, cuando públicamente en el palacio de San Pablo dirigia á Riperto estas palabras: *Qué de aventuras arrostra de frente! aquí Inés, mas allá Elisa.* Todavía resonaban en sus oídos estas palabras, y de repente dice con tono frío á Savoisy.

—Junto á estas habitaciones he visto desfilar las cohortes de la rebelion; he visto su bandera, su gefe y aun su heroína,

la Verdulera del Chatelet, Riperto! ciertamente que es muy hermosa.

Se habia empeñado demasiado la Vizcondesa para que Savoisy pudiese evadirse fácilmente. Así es que responde con voz tranquila.

—Oh sí! muy bella y muy peligrosa.

—Por cierto que lo sabia, señor Conde; pero vos podiais dejar de confesarlo. El acento de Eloina era el del despecho; sin embargo no se ha conmovido Riperto.

—Porqué negar la evidencia? responde friamente. Elisa, ayudada del poder de sus hechizos é impelida de la sed de las venganzas es una enemiga terrible.

—Una enemiga! caballero, esta palabra me admira en vuestros labios.

—Y sin embargo nada hay en ello de extraño. Acabo de verla esta mañana.

—Tan pronto! ya la habeis visto esta mañana!

—El Rey me lo habia mandado.

—Comprendo, responde la Vizconde-

sa con estraña sonrisa ; pasa por terrible, sin embargo, lo probaremos todo para vencerla. Forzoso será hablarla, seducirla : hay muchos medios de triunfo... La mision era importante y os convenia á maravilla.

—Sin embargo, me he llevado chasco.

Las palabras y el acento del Condé llevaban impreso tal sello de sinceridad, que se han disipado en parte las zelosas sospechas de la Vizcondesa. Llaman... y se presenta Garnier.

—Grande noticia ! noble dama: El rey Carlos VI, se halla bajo las murallas de Ruan. Se ha establecido ya una correspondencia secreta, entre él y nuestros gefes. Esta misma noche se entrega la ciudad.

—Es posible ! esclama Savoisy.

—Chito, hablad mas bajo, dice Garnier : las paredes oyen.

—Como se entrega Ruan.

—Por medio de la astucia.

—Dadme noticia de vuestros planes.

—Nuestros gefes, responde Garnier, me envian á este fin. Escuchad con atencion. En una parte de las murallas que rodean la ciudad hácia el lado de la montaña de santa Catalina, se halla una poterna bastante mal guardada...

—Y bien !

—La abriremos al Rey.

—¿ No temeis ningun obstáculo ?

—Tal vez que sí, pero con valor se vencen.

—Quiéralo el cielo ! dice Savoisy ; ¿ pero como podréis abrir la poterna sin ser vistos ?

—Esta situada de un modo singular, en una antigua fortificacion, al remate de un jardin solitario, donde no hay nada de faccion ni centinelas.

—¿ A quien pertenece este jardin ?

—A una anciana muger del pueblo que tiene junto á él una casita aislada y sin defensa.

—Decidme el nombre de esa muger anciana?

—Magdalena Bernabó, hermana del difunto Pablo Morand.

—Que decís! ¿La tia de Elisa? inter-rúmpele Riperto.

—Sí, caballero.

—¿Y es allá donde se debe ir esta noche?

—Sí; los realistas armados se apoderarán de la poterna, y están tomadas todas las medidas para el buen éxito de la empresa. El Rey está avisado, y el golpe se dará á media noche.

Estraña complicacion de acontecimientos!... He aquí que unos van á cruzarse con otros! ¿como salir de este laberinto? Seguir á Elisa cuando va á venir para ejecutar su proyecto de evasion, seria necedad y cobardía. Desechar su socorro y sus cuidados, permaneciendo á pesar de ella en Ruan, seria imprudencia y locura; se atizarian las sospechas, y po-

drian ser comprometidos los mejores planes. En todas partes peligros! Savoisy queda abismado en profundas meditaciones.

—Y la Verdulera! repone, la Verdulera que queria hacerme salir esta noche de Ruan para no caer en manos de los rebeldes!... ah! tal vez seré yo quien deba sustraerla á ella de las violencias del Regente!

—Os habeis llevado chasco con ella, dice la Vizcondesa de Meaux, ¿y quisierais defenderla?

—Le debo la existencia, responde el caballero; sin su apoyo estaba yo perdido: pensad que desea salvarnos á los dos...; á vos y á mí!

—Error! ella á jurado mi pérdida.

—No: le era conocida vuestra morada, y ella misma me la ha indicado. En su mano estaba entregaros á los asesinos: mas no lo ha querido. Aun mas; ella es quien debe venir esta noche en secreto

á buscarnos para que quedemos libres de todo peligro y para que podamos huir.

—Elisa venir aquí! dice la Vizcondesa: Ah! su proyecto da al traste con los nuestros; su auxilio va á sernos fatal. No podemos partir ni seguirla.

—Silencio! interrumpe Garnier; oigo que alguien llama.

—Sin duda es Elisa, murmura entre dientes Savoisy. Esta es la hora señalada... Al anoecer. Lo ha prometido, y cumple su palabra.

—Forzoso es abrir y escuchar. Luego despues verémos el partido que se puede tomar.

—Riperto! dice Eloina, estoy temblando.

Al cabo de pocos momentos tendiale el guerrero su mano á Elisa. Garnier permanece á cierta distancia.

La hija de la rebelion viene cubierta de un manto pardo. Ya no aparece sobre su frente el casco ni el penacho; sus ves-

tidos sobremanera sencillos. Eloina, al resplandor de una lámpara que acaba de alumbrar el dueño de la habitacion, la examina atenta y dolorosamente. Elisa tenia movimientos bruscos y precipitados. Latia con desigualdad su corazon, como si estuviese devorado por la fiebre. Sus miradas despedian vagos resplandores, y sin embargo al través de ese desórden moral resaltaba mas brillante que nunca la beldad de su persona.

«Caballero de Savoisy! dice, todo lo he arreglado para vuestra fuga: antes que asome la aurora podeis estar ya fuera de peligro.

—¿Segun esto, responde Eloina en los dias de peligro habeis venido á ofrecerme dos veces vuestro brazo!

—Sí, responde la Verdulera, acercándose á su rival con una especie de interés penoso y lleno de curiosidad; sí, dos veces habré venido á ofreceros mi brazo. ¿No es verdad que no habeis olvidado la

primera noche que nos encontramos? Recordais mis palabras? *Quiera el cielo que la fatalidad no vuelva á ponernos una frente de otra.*

Su voz era sombría, y en su ademán como en su mirada, se columbraba la triste revelacion de una alma destrozada sin esperanza y sin recursos... Eloina se muestra turbada.

«No lo dudeis repone la Vizcondesa; mi profundo reconocimiento....»

—No aspiro á él: le desecho, responde vivamente Elisa; no sabría merecerlo. Riperto que guía á vos: por él solo os salvo: á él debeis dar las gracias.

—Oh! dice la Vizcondesa, arrebatada de un involuntario movimiento de sorpresa y casi de admiracion, qué lenguaje! es decir que le amais!

Riperto se apresura á contestar.

—Elisa! los momentos son preciosos... cual es vuestro plan de evasion?

—Etelo aquí: nada mas fácil. Ma-

lena Bernabó, hermana de mi padre, habita al extremo de la ciudad una aislada casa cuyo jardin es á propósito para nuestro proyecto. Vosotros iréis allá al momento; y allí, cerca la media noche, en el mismo disfraz en que os hallais os haré salir de Ruan por cierto lugar secreto y oculto.

—Será tal vez por una poterna?

—Sí, tengo la llave en mi poder.»

Pintase la consternacion en el semblante del Paladin. ¡Qué embarazos sobre embarazos!... Qué singular mezcla de coincidencias en un mismo momento y lugar. Ah! el dedo de la Providencia está visiblemente marcado en esta concentracion imprevista de intrigas opuestas. Pero, donde encontrar el hilo de salvacion para este peligroso laberinto? Cnal podrá ser el resultado? Qué confuso caos! ¿las distintas pasiones que van á combatirse de frente dando encontrados empujes, no pueden tal vez destruirse mutuamente?

—No : dice bruscamente Savoisy. Seria comprometeros demasiado. Por otra parte vuestra anciana tia podria oponerse á vuestra conducta y á vuestros planes.

—No tal, nada hay que temer de Magdalena. Soy su hija adoptiva, y ella es para mí una amiga y una madre.»

Savoisy medita unos momentos. Acaba de notar en el rostro de Elisa una sorpresa motivada por las sospechas á vista de su indecision. No osa resistir mas tiempo, y repone con aire decidido.

«Luego debemos encontrarnos esta noche en casa de vuestra tia? Convengo en ello : irémos.»

—Os esperaré á eso de las diez : vendréis á encontrarme juntos. Para poder llegar rápidamente y sin ruido hasta la habitacion de Magdalena, os indicaré el camino.»

Elisa sigue indicándoles con los detalles mas minuciosos los caminos que deben seguir y los que han de evitar para

alcanzar el deseado término sin tropiezos ni peligro.

«Fiaos en mí, prosigue, y mañana estaréis en salvo. Tal vez espongo mi vida, porque... Si vosotros me fueseis traidores!... Si comprometiese á los míos!... jamás me perdonarian los Ruanenses. Rísperto! pensad que pongo toda mi confianza en vuestra lealtad : ¿no es verdad que no abusaréis de la confianza que he puesto en vos? no es verdad que no tramaréis ninguna conspiracion?»

—Contra vos?... ah! nada temais.

—Contra mí, ni contra la ciudad, repone vivamente Elisa.

—Lo último no puedo prometéroslo, responde el leal caballero. Al contrario, no quiero ocultarlo, si se me ofrecia esta misma noche una ocasion favorable, una coyuntura feliz, un medio seguro para apresurar el triunfo del Rey, con transporte echaria mano de él : seria un deber para mí.

— Estas palabras son de hielo para el corazón de Elisa.

— Porqué me habláis de este modo? quereis acaso impelerme á que os pierda?

— Y porqué me pedís vos un imposible? esto equivale á decirme que perezca.

— Una sola palabra vuestra me hubiera tranquilizado.

— Esta no saldrá de mis labios.

— Esto equivale á la confesion de un complot. Es como si dijeseis estoy conspirando.

— Si lo temeis, entregadnos.

— Pereceriais en el mismo acto. Nicolás Flamand os busca y tiene sobre vos su hacha levantada: al momento os conduciría al suplicio.

— Si lo temeis, salvadnos.

— Hombre singular! esclama Elisa, Dios mio! como se complace en torturarme! qué corazón de tigre es el syo!

Da algunos pasos entregada á la irresolucion del terror y de la desesperacion.

Hubiera querido ocultar su agitacion, pero sus facciones la manifestaban claramente. Vuélvese á Savoisy.

«Seais ó no conspirador, partid: me es imposible abandonaros. Ella y vos, aunque seais traidores, seréis arrancados á la muerte, aunque deba abrir yo bajo mis pies un abismo. Tienen puñales vuestros conjurados? pues decidles que primero me traspasen á mí. Tal vez está escrito que todo aquel que salva debe ser víctima: cúmplase mi destino. Pero, cuenta con ello, caballero! cuando yo ya no exista, podrá levantarse delante de vos una figura de venganza, un espectro eterno... el remordimiento.»

Elisa al proferir estas palabras se retira.

Garnier lo habia escuchado todo desde el cercano aposento, y sale con aire de triunfo.

«Muy bien va todo! el cielo nos secunda.»

— No, dice la Vizecondesa alarmada:

antes se multiplican los embarazos; cruzáuse los planes adoptados; es una confusión horrible. Qué deberémos hacer?

— Es preciso partir noble dama. Elisa sin saberlo favorece grandemente nuestros designios. Vos y el caballero de Savoisy seréis introducidos sin obstáculo en la habitacion de Magdalena, quien os dará la llave de la famosa poterna. Allí, merced al mismo enemigo, seréis dueños de la ciudad: ¿pueden á uno servirle mas á pedir de boca? Heos aquí que venceis sin disparar un tiro. Voy á prevenir al ejército real. Carlos VI se encontrará al pie de las murallas de la ciudad, allí mismo donde vos os habréis abierto paso. En el momento mismo en que vos llegaréis de una parte, llegará de otra el Monarca con sus cohortes. Procurad que esto acontezca á la media noche.

— Y vos Garnier? dice Eloina.

— Yo con los míos rodearé durante este tiempo la morada de la vinda Bernabó,

y vigilarémos por aquellos alrededores. Al menor grito acudirémos al momento: y cuando se abra la poterna, cuando el Rey penetrará en la ciudad, nos precipitarémos á su encuentro para guiarle y defenderle. El triunfo me parece seguro.

— Conde! repone la Vizcondesa; ¿porque no nos dais vuestro parecer? Muy singular es este silencio.

Riperto abismado en profundos recuerdos, coge del brazo á Garnier.

— Si se apoderan de dos mugeres, respeten al menos su existencia! No mancillemos la justa causa con crueldades y con el crimen. El Rey protegerá á Elisa, porque tiene derechos á su clemencia... y porque es mi hermana adoptiva.

— Vuestra hermana! basta, caballero.

— Apresuraos, que es tarde ya.»

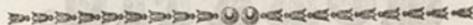
Apresúrase Juan Garnier, adicto y activo servidor, á salir en busca de los conjurados. Parte al momento un mensajero fiel y seguro para el acampamento real.

Reúnense, se arman precipitadamente...
 cercano está el momento decisivo. Cuan-
 tos corazones están deseando que llegue
 la media noche!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Nuevas publicaciones.

(ENCUADERNADAS A LA RUSTICA).



DIARIO COMPLETO

DE LA

Isla de Santa Helena.

POR

Las-Casas, O'Meara,

Y

Antommarchi.

9 tomos 8º mayor, láminas : 108 rs.

OBRAS
DE
MORATIN.

EDICION SIN ESPURGAR.
6 tomos 8º, láminas : 84 rs. vn.

HISTORIA CRITICA
De la Inquisicion.

POR
D. Juan Antonio Llorente.

8 tomos 8º, láminas : 90 rs.

COJULIA, CO
DE ANATOMIA
La Nueva Heloisa,

OR
POR
J. J. Rousseau.

1 tomo 8 mayor, láminas : 24 rs. rústica.

EMANCIPACION
DICCIONARIO HISTORICO
DE
HOMBRES CÉLEBRES.

13 tomos 4º, con 160 retratos : 900 rs.

COMPENDIO

DE ANATOMIA,

PARA LOS QUE DEBEN SER EXAMINADOS, CON-
FORME A LA OBRA DE LACABA.

Por Reines.

1 tomo 8°: 14 rs.

EMANCIPACION

LITERARIA.

Lecciones de Poesia.

Por Ribot.

1 tomo 16°: 8 reales vellon.

